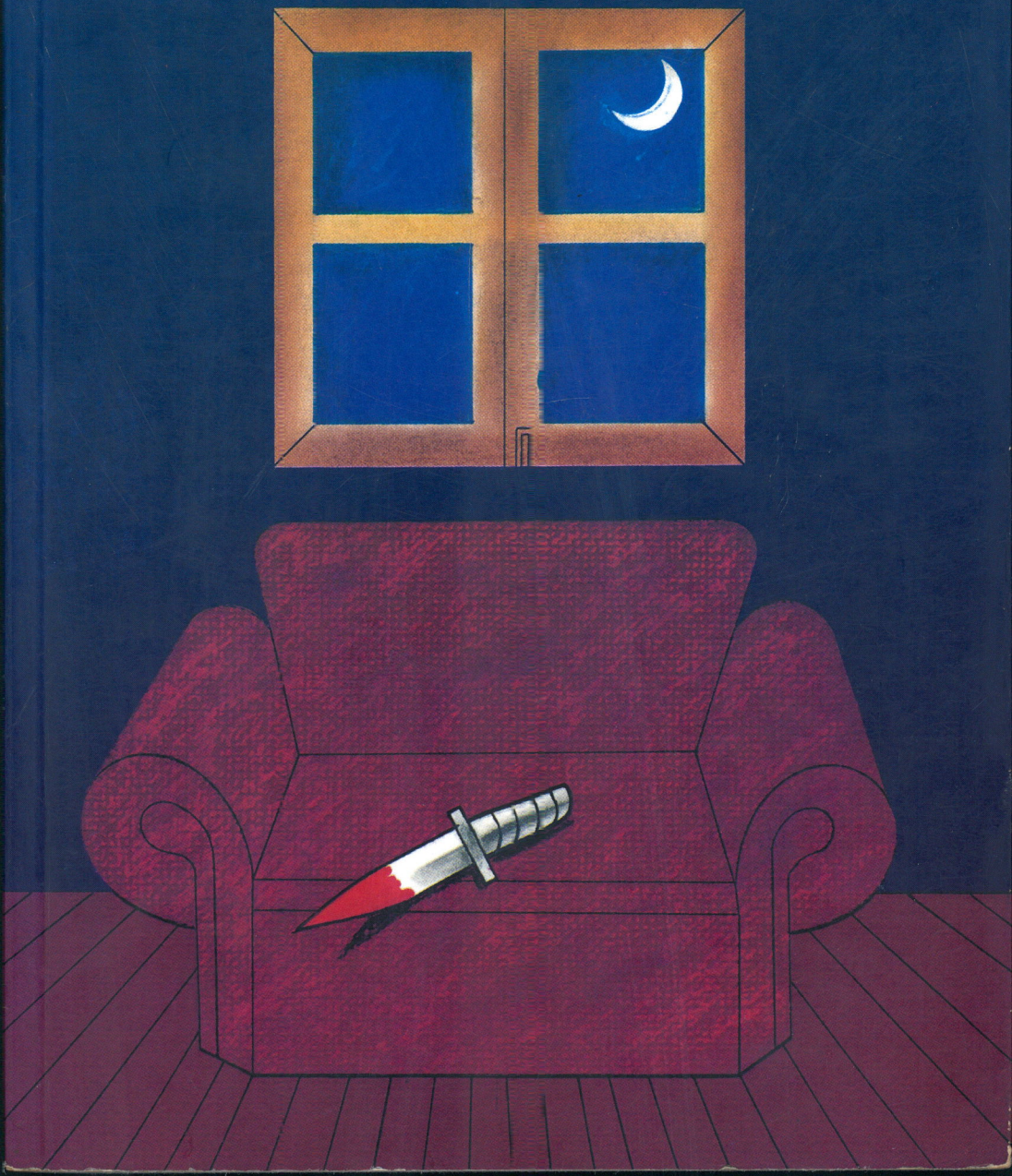
PILAR DUGHI

AVE DE LA NOCHE

APJP / PEISA





DANIEL GIANNONI

Pilar Dughi (Lima, 1956), psiquiatra egresada de la Universidad de San Marcos, ha realizado su posgrado en la Universidad de París. También estudió Humanidades en la Universidad Católica y actualmente prepara su tesis de Maestría en Literatura Peruana e Hispanoamericana en la UNMSM.

En 1989 publicó su primer libro de relatos, *La premeditación y el azar*. En 1987 y 1988 había obtenido menciones honrosas en el concurso de cuento breve organizado por la revista *Caretas*. En 1995 ganó el premio del III Concurso de Cuento de la Asociación Peruano Japonesa con *Palabra errante*, título provisional del libro que ahora da a conocer. Ese mismo año fue finalista en el afamado concurso «Juan Rulfo» que convoca Radio Francia Internacional.

Por su calidad y versatilidad, los relatos de Pilar Dughi han merecido el reconocimiento de los lectores y la crítica y han sido incluidos en diversas antologías.

PILAR DUGHI

AVE DE LA NOCHE

ASOCIACION PERUANO JAPONESA DEL PERU

PEISA

Lima, Perú

El III Concurso Nacional de Cuento 1995
Premio Asociación Peruano Japonesa del Perú,
ha contado con el auspicio de NORBANK Banco Regional.

Ave de la noche

© 1996, Pilar Dughi
© 1996, Asociación Peruano Japonesa del Perú
© 1996, PEISA

Promoción Editorial Inca S.A.
Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro
Lima 27, Perú

ISBN: 9972-40-045-X

Prohibida la reproducción parcial o total de las características gráficas de este libro. Ningún párrafo de esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa de los editores.
Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de Propiedad Intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al D.L. 822 (Ley sobre el Derecho de Autor).

Diseño de carátula:
Carlos A. González R.

Composición y diagramación:
PEISA

Impresión:
Editorial Escuela Nueva S.A.
R.I. 15-10985-G
Lima, Perú

Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo, sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

Nota de los editores

Los cuentos que integran *Ave de la noche* merecieron el Premio Asociación Peruano Japonesa del Perú, del Concurso Nacional de Cuento 1995. Esta distinción que otorga bienalmente dicha institución alcanzó en ese año su tercera versión.

El jurado que otorgó el premio a Pilar Dughi, mediante votación unánime, estuvo integrado por Mario Bellatín, Washington Delgado, José del Giudice, Abelardo Oquendo y Oswaldo Reynoso.

Lima, diciembre de 1996

A Juan, mi padre.

Te hemos visto morir sonriente y ciego.
Nada esperabas ver del otro lado,
Pero tu sombra acaso ha divisado
Los arquetipos que Platón el Griego
Soñó y que me explicabas. Nadie sabe
De qué mañana el mármol es la llave.

Jorge Luis Borges

Lector in fabula

En la conferencia de despedida de la docencia universitaria dictada por el profesor Hans Robert Jauss en Konstanz en 1987, y cuyo título fue "Die Theorie der Rezeption-Rückschau auf ihre inerkannte Vorgeschichte", el público estuvo demasiado concentrado para inquietarse por la súbita desaparición de uno de los asistentes, en el momento culminante en que el profesor se disponía a responder a uno de los principales críticos de su controvertida producción científica. El personaje, sentado en la penúltima fila, tosió repetidas veces y tuvo una pequeña contorsión que podía indicar un vómito. Se levantó bruscamente y salió haciendo aparatoso ruido sin lograr despertar curiosidad de quienes lo rodeaban. El ujier le abrió la puerta de salida, y el hombre se dirigió hacia un parque cercano.

Por la noche todavía estaba sentado en una banca, y así continuó hasta la madrugada, en que lo encontraron muerto. La policía llevó el cadáver y se procedió a hacer la autopsia. El empleado encargado de desnudar el cuerpo guardó cuidadosamente cada una de las prendas de vestir en una bolsa de plástico con su respectiva nominación. En un bolsillo derecho del abrigo que llevaba el difunto, halló un pequeño paquete que deslizó con cuidado en su propia chaqueta blanca. Lo revisó ligeramente y vio, decepcionado, que no se trataba de dinero. Siendo la hora del refrigerio, nadie más permanecía en la sala de la morgue, así que tuvo la tranquilidad suficiente para sospechar que no había sido visto.

Al atardecer, el empleado se dirigió a su domicilio, llevando el paquete en el portafolios que usaba diariamente. Durante el trayecto recordó que tenía una cita con el psiquiatra con quien se medicaba desde hacía dos años. Aunque era de mente olvidadiza, procuraba ser puntual y ordenado con el médico, a quien le tenía una cierta simpatía. El oficio que desarrollaba desde muchos años atrás en la morgue no era grato. Siendo hijo de migrantes, su lengua torpe y carente de fluidez le impidió acabar satisfactoriamente el bachillerato. Sus estudios rudimentarios lo colocaban en una posición desventajosa en el mercado laboral, y la ocupación que ejercía le producía incomodidad y tristeza. Con el transcurso de los años, desarrolló una gran depresión, pero también algunos mecanismos compensatorios. Descubrió la soledad de los muertos en el espacio frío y abandonado del mortuorio, y hallaba cierta complacencia en hablarles mientras procedía a realizar su trabajo. Sabía que el hecho era inusual y que hasta podría considerarse anómalo. Pero tampoco hacía mal a nadie, y no pocas veces escuchaba o leía historias acerca de la catalepsia, súbito sopor de causas inexplicables que presentan algunas personas y que induce a diagnósticos falsos de muerte corporal. Tenía la esperanza de descubrir alguna víctima de la catalepsia, y en la creencia de encontrarse frente a ella trataba a los cuerpos exánimes con profunda delicadeza. El hastío y la rutina del oficio lo llevaron a consideraciones más prácticas. No tardó en sustraer objetos de cadáveres de gente fallecida por causas accidentales en la vía pública, o de aquellos muertos por homicidio. La experiencia le demostraba que los deudos, si es que aparecían, no solían ser muy exigentes en estos casos, respecto a las pertenencias del difunto. Llegado ya al consultorio del médico, y viendo que era tarde para la cita, resolvió esperar entreteniéndose con el paquete. Este era cuadrangular y estaba envuelto en un sobre amplio con los bordes sucios de grasa como si hubiese sido constantemente manipulado. En el interior encontró un cuaderno de

unas doscientas páginas, con solapas de cartón, al estilo antiguo. Notó que era un texto impreso con una letra fina y alta, ilustrado con grabados clásicos de sutil belleza. Lo poco que leyó le indicaba que la persona que lo había escrito parecía de mentalidad enredada. Dejó el texto sobre sus piernas y se quedó dormitando a la espera de que la secretaria lo llamase una vez que el doctor se desocupara. Luego de un buen rato, la voz áspera de la mujer le indicó que el doctor no lo recibiría y que la cita se pospondría hasta la semana siguiente. Disgustado se retiró bruscamente del consultorio. Ya en el metro, notó que se había olvidado el paquete, pero no le dio demasiada importancia al asunto puesto que lo hallado no le interesaba verdaderamente.

La empleada de limpieza del consultorio, de origen antillano, detestaba a los alemanes. Ahorraba todos los meses hasta la última moneda con la esperanza de juntar la pequeña fortuna que le permitiría abrir un pequeño comercio de confección en La Martinica. Atribuía al racismo germano la frialdad característica con que la recibían cada tarde cuando iniciaba su labor. Se había acostumbrado a utilizar las palabras estrictamente necesarias para relacionarse con cada uno de los inquilinos de los numerosos consultorios que poblaban el pequeño edificio de dos plantas. Reparaba, no sin demasiada sorpresa, en la desconfianza extrema con que la miraban los empleados y secretarias cuando husmeaba debajo de los sillones y los escritorios. Sabiendo que cumplía cabalmente su oficio, revisaba hasta los últimos rincones de las alfombras y los muebles en busca del pedacito de papel y las briznas de polvo que justificaban el sustento diario. Sin dificultad encontró el cuaderno debajo de la mesa de la salita de espera del doctor Sigfried Lenz. Tenía el color de la vejez de los libros que poseían las personas de mucho estudio. El sobre estaba un poco más retirado, por lo que supuso que era alguna basura de uno de los pacientes y lo arrojó al saco de desperdicios.

Al día siguiente, la secretaria del doctor Lenz encontró el cua-

derno sobre la pila de historias clínicas que tenía que ordenar para la consulta y movió negativamente la cabeza. Le disgustaba que la mujer de limpieza se tomase atribuciones que no le correspondían, puesto que notaba constantemente algún detalle que no pertenecía a la ubicación espacial, que su memoria fotográfica retrataba, de cada uno de los objetos que dejaba dispuestos sobre el despacho al terminar el horario. Apartando el cuaderno, procedió a la tarea urgente de ordenar las historias, ya que aquella tarde, como rara vez sucedía, por una llamada telefónica sabía que el doctor llegaría justo una hora antes a la consulta. Siendo de carácter algo irritable, habituaba ser muy puntilloso con sus exigencias. La secretaria que lo conocía desde hacía diez años, cumplía minuciosamente cada una de sus órdenes. Y la situación que molestaba más al doctor Lenz era no encontrar las historias en el lugar correspondiente. Alguna sorpresiva emergencia solía ser la causa de la alteración súbita de los horarios rígidos a los cuales el médico estaba acostumbrado. Por lo que la secretaria revisó con preocupación la lista de los pacientes que serían atendidos en el día, separó los que tenían la anotación de urgente en una esquina superior de la hoja, buscó las historias, las distribuyó en el panel, las juntó de nuevo y las llevó al consultorio depositándolas sobre el escritorio del médico.

El doctor Lenz no pasaba de cincuenta y cinco años, pero un estudiado aire de respetabilidad y paciencia le hacía tener movimientos reposados que le aumentaban la edad. Cuando llegaba al consultorio dirigía algunas palabras amables a la secretaria, para quien tenía no sólo una gran consideración sino una profunda atracción despertada a través del hábito diario. No se había atrevido nunca a invitarle ni siquiera un café, pero una noticia recibida hacía una semana lo tenía conmovido. Un cáncer de próstata amenazaba, inexorable, su cómoda existencia. Deseoso de una emoción intensa que alegrara el futuro miserable que le esperaba, hacía un escrutinio detallado de las mujeres que lo acompañaban en las diferentes esferas de su vida social. Una y otra vez la imagen de la mujer que silenciosamente lo atendía durante interminables y agotadoras jornadas en el consultorio, invadía sus pensamientos. En las últimas horas se había deleitado con el espartano y colegial atuendo de la secretaria, siempre vestida de ropas oscuras y con aquella mirada de reverencia y probable admiración con la que lo contemplaba incansablemente. Estaba decidido a dar pasos importantes y, no siendo un hombre de cavilaciones lentas, diseñó una pequeña estrategia. Adelantó el horario de su consulta de tal manera que podía tener tiempo para invitarla a cenar antes de que se acabara la jornada. Conocía superficialmente la vida cotidiana de la candidata, sabía que era soltera y vivía con una sobrina casada. No evidenciaba tener novio alguno, y en todo caso, la duda se despejaría aquella misma noche. Atento a lo que seguiría después de la consulta, apenas reparó en las historias referidas por sus pacientes. Más aún, al contrario de lo que era siempre su práctica, los atendió precipitadamente. El tercero, un abogado de veinticinco años, que consultaba por segunda vez, con un cuadro no muy definido pero que él atribuía a una crisis existencial muy propia del estrés del trabajo, había dejado, al parecer, un cuaderno que encontró sobre su historia clínica. No recordaba exactamente lo que había pasado. Si es que el hombre le había dado el manuscrito por alguna razón particular, tal vez era un diario o un testimonio, como a veces le entregaban algunos de sus pacientes, pero consideró imperdonable no haberlo leído. Peor aún, no rememorar claramente el origen de la entrega. Como lo halló en el momento en que se entrevistaba con el hombre, y juzgando que sería impertinente hacer referencias al texto sin haber reflexionado sobre él, hizo una alusión velada, pero obtuvo una respuesta confusa. Tampoco tendría tiempo, en aquellas semanas cruciales que tenía por delante, de leer un material tan extenso. Así que se lo devolvió cuando se despedía, explicándole que se lo entregase en la siguiente consul-

ta, dentro de un mes, puesto que la palabra hablada en el momento revestía más importancia que la palabra escrita, sin desdeñar —e hizo hincapié en ello— el valiosísimo material que consideraba era aquel cuaderno.

Hans Magnus recibió el texto desconcertado, pero no tuvo ni siquiera tiempo para preguntarse qué significaba aquello. Desde que entró a la consulta encontró a la secretaria distraída y revoloteando entre pilas de papeles, y lejos de la sonrisa amable con la que lo recibió el día anterior, ahora estaba atareada y apenas le dirigió la palabra. El doctor Lenz lo contemplaba con una mirada ausente y respondía con vaguedades a sus interrogantes. En la consulta previa, habían fijado el horario y los términos contractuales de las entrevistas. Sin embargo, aun a pesar de que la consulta inicial había revestido un carácter operativo, le parecía más cálida y humana que aquella, en la cual el doctor lo miraba como a un ser extraño a quien se contempla por primera vez. Lo había despedido rápidamente, casi sin escucharle, y antes de que él pudiera expresarse había abierto la puerta y, estrechándole la mano, sin mirarle, llamó al siguiente paciente. El detalle le pareció desconsiderado y meditó rápidamente en ello, todavía de pie ante la puerta del consultorio y con el cuaderno en la mano. Tal vez él resultaba un paciente antipático o estúpido, o quejumbroso, o quizás así eran las consultas clínicas. No comprendía qué pasaba y no se sentía satisfecho. No creía que un psiquiatra pudiera ser un amigo, pero por lo menos era alguien que podía ayudarle a ordenar su vida. Sin embargo, el médico parecía bastante caótico, o él había tenido una primera impresión equivocada. Había demorado mucho tiempo en decidirse a tener una consulta clínica. Primero fue tomar la determinación, luego recorrer un itinerario de referencias sobre algunos psiquiatras. Por fin había optado por el doctor Lenz, pero ahora, contemplando el cuaderno, se preguntaba si esa había sido la alternativa correcta.

Salió del edificio y se dirigió hacia una cafetería cercana. Pi-

dió un vino y procedió a revisar el manuscrito. Era posible que se tratase de una táctica particular. De algún método de tratamiento dirigido a algunos pacientes. El doctor había dicho que le devolviese el cuaderno dentro de un mes, y que la palabra hablada era más importante que la escrita, por lo que dedujo que debía leer el texto y comentárselo. Pasando rápidamente las hojas, pensó que era muy difícil que lo hubiese escrito el médico. No podía tener tiempo para hacerlo. Los grabados le parecieron oscuros y sobrecogedores. Supuso entonces que sería de algún otro paciente, alguien cuya vida o cuyas meditaciones tuvieran que hacer con la historia que él mismo estaba atravesando. El vino le resultó reconfortante y decidió leer con tranquilidad el cuaderno en su domicilio.

Caminó largo trecho sintiéndose extrañamente ligero, como le acontecía desde algunas semanas atrás, cuando la sensación de vacuidad le invadía. Cada vez que se levantaba por las mañanas, sentía una gran desazón. Al principio aquello no le había preocupado, pues en otros momentos de su vida lo había padecido, pero llegó a convertirse en un sentimiento permanente que lo acompañaba a todas horas. Si no hubiera sido porque cada vez se hallaba con menos fuerzas para cumplir con las tareas cotidianas del trabajo, el asunto hubiera sido intrascendente. Pero llegó un momento en que ya no soportaba el tintineo de la computadora en la oficina, y la conversación de sus compañeras de labores llegó a convertirse en un cotorreo inaguantable. La falta de paciencia y el malhumor constante le hicieron tomar conciencia que su vida estaba cambiando. Cuando perdió el sueño, comenzó a preocuparse. Al cuarto día de dormir entrecortadamente, llegó a pensar que podía arribar al desborde y a la locura. Tal vez estaba padeciendo los primeros indicios, así que aquella misma tarde resolvió consultar con un psiquiatra. Ahora pensaba que no tenía por qué esperar conductas adecuadas en la gente. Hasta el psiquiatra se comportaba de manera extraña.

Al llegar al edificio de apartamentos donde vivía, caviló sobre el sentido de acudir a un tratamiento y hablar de su vida a un hombre insensible o, en todo caso, a cualquier hombre. El mundo era hostil, y los seres humanos ya no estaban preparados para escuchar. Y menos para arreglarle la vida a otra persona. Además el psiquiatra era caro, y el dinero a él no le sobraba. Más feliz sería si gastaba sus ingresos en invitar a una amiga y tener una buena compañía de vez en cuando. Dicho esto, decidió no regresar nunca más a la consulta y mucho menos leer ese cuaderno ridículo. Lo que él buscaba era comprensión, empatía, una conversación amable y reparadora. Y lo que había recibido era un libro para aprender de la vida, como si el psiquiatra fuese un maestro y él su alumno. Aquello era verdaderamente absurdo. Ya en su departamento, depositó el cuaderno en su biblioteca, pensando que se lo enviaría por correo cualquier día próximo. Se olvidó de él en las semanas siguientes, tal vez por alguna necesidad inconsciente, pero una mañana que leía el periódico descubrió en la página necrológica el nombre del psiquiatra, fallecido de una enfermedad incurable. Entregó el cuaderno, junto con un lote de libros, a una de las bibliotecas del barrio a las que usualmente hacía donaciones de publicaciones viejas o inservibles.

La bibliotecaria, una mujer bastante joven, recién egresada de un curso de archivadora en la universidad, recibió con mucha alegría la donación del abogado. Aunque era natural recibirlas cada cierto tiempo, le parecía sorprendente que todavía hubiese gente generosa que quisiera desprenderse de los libros. Revisó detalladamente la entrega, y encontró el cuaderno. Lo cogió con curiosidad y luego de recorrer sus páginas lo puso a un lado. Había desarrollado cierta habilidad para descubrir aquellos ejemplares que merecían otro destino.

Ella amaba los libros, los quería como si fuesen sus hijos, y ninguno le resultaba inútil. Cuando estaban deteriorados, los forraba y los pegaba, y aquellos que creía eran especiales se los llevaba discretamente a su casa, donde en poco tiempo estaba formando una pequeña pero selecta biblioteca. Aquel día colocó el cuaderno, con gran regocijo, en el espacio de la casa donde atesoraba sus libros. Ya que eran demasiado caros, y puesto que ella no tenía la culpa de haber nacido pobre y, mucho menos, de ser integrante de un sistema social tan injusto como el que vivía, consideraba que no sólo era lógico, sino casi indispensable restituirse de la suerte que le había dado el azar. Elegía los libros que podían ser costosos, enciclopedias o textos de colección, aquellos que ya no circulaban en el mercado, o bien cualquiera que por alguna razón le llamase la atención. Esperaba hacerse de un capital con ellos, y en el momento en que hubiese conseguido una cantidad respetable, los vendería a un librero a un precio justo. La directora del establecimiento, una mujer mayor bastante displicente, aficionada a la bebida y que pasaba largas horas encerrada en su despacho, le dejaba prácticamente toda la responsabilidad administrativa. Ello le dio a la bibliotecaria libertad para pasearse entre los anaqueles del local y hacer una lista detallada de las obras que podían enriquecer su propia biblioteca. Al principio sólo se apoderaba de uno o dos libros por semana, pero luego aumentó la cantidad a uno por día. Una mañana en que llegó al trabajo fue detenida por la policía. La directora había revisado sus pertenencias el día anterior y descubierto la magnitud del robo. Con gran escándalo del vecindario, la policía allanó su vivienda y requisó los libros. Estos fueron empaquetados en cajas y llevados a la dependencia policial para de ser devueltos a la biblioteca.

El día en que los libros fueron sacados de la casa, granizó y una lluvia intensa se desató sobre las calles de la ciudad. El automóvil de la policía resbaló en la ruta y debido a la mala visibilidad se estrelló contra las barras de un puente que cruzaba al río. En el estrépito del accidente, numerosas cajas cayeron a las aguas y fueron arrastradas por la corriente. Los gendarmes consiguieron rescatar algunas de ellas, que fueron recogidas días después por la di-

rectora de la biblioteca. El agente que la atendió le ayudó a reparar varias cajas maltratadas durante el accidente, pero otras tuvieron que ser eliminadas y los libros fueron colocados en sacos. El hombre que colaboraba esmeradamente en la tarea revisaba distraído las tapas de los libros hasta que se fijó en el cuaderno. Lo abrió y pasó las carillas con lentitud, deteniéndose en una de ellas. Leyó con atención el texto. Solicitó entonces a la bibliotecóloga que se lo prestase. La mujer se mostró reticente, afirmando que sólo se hacían préstamos a quienes estaban inscritos en la biblioteca. El policía insistió encarecidamente, por lo que ella, a regañadientes, le hizo la concesión, remarcando que era muy estricta con las devoluciones.

Al terminar el día el hombre caminó hacia su departamento, que quedaba a corta distancia de la jefatura de policía. Se había casado por segunda vez, y su mujer tenía dos hijos pequeños de un anterior compromiso, de conducta rebelde y conflictiva. Él quería mostrarse paciente e intentar ser una persona afectuosa para los chicos, puesto que el padre apenas se ocupaba de ellos. Al llegar, los muchachos ya estaban acostados, pero leían alumbrados por la lámpara de la mesa de noche. Se quitó la chaqueta, y aunque estaba tenso y cansado porque le había tocado un patrullaje prolongado en el lugar más violento del barrio, hizo un esfuerzo pensando en su esposa y saludó cariñosamente a los niños. Sabía que les gustaba leer antes de dormir, así que se sentó en el sofá del dormitorio. Sonriente, su mujer lo contemplaba debajo del marco de la puerta. Procedió a abrir el cuaderno. Luego, con voz clara y sonora, inició la lectura.

Orbe novo

Cuentan que Cristóbal Colón después de haber sido rechazado por el monarca portugués para encabezar una expedición hacia el Oeste, quedó reducido a la miseria. Su hijo Diego era todavía pequeño, y su hermano Bartolomeo no estaba dispuesto a solventar sus gastos eternamente. Andaba Colón muy deprimido por ello, y se dedicó a hacer mapas y venderlos, porque desde chico le había gustado mucho dibujar, y aunque no era muy amigo de las lecturas, el haber viajado por el mundo conocido y el hablar varias lenguas, le favorecía el entendimiento de los clásicos. Convirtióse además en refinado copista, viviendo fascinado por Ptolomeo; a quien reproducía fielmente. Pero siendo ambicioso, no se resignaba a vivir de cartógrafo. Soñaba con la fortuna que le facilitaría la gloria que legaría a su hijo, y así tendría en cierta forma, la inmortalidad, bien tan codiciado en aquella época como hoy día. Pero era también hombre práctico, y si pretendía la fortuna, era porque creía merecerla. Años atrás, había presenciado la llegada al puerto de Madeira, de unos náufragos a quienes dio alojamiento en su casa. Entre ellos había un piloto que al poco tiempo falleció, no sin antes entregarle unas cartas de navegación, jurando que había encontrado tierra firme al otro lado del Mar Tenebroso. A raíz de este suceso, Colón tenía la seguridad de que podría alcanzar renombre y celebridad si es que conseguía quién le financiara el viaje. Aquella expectativa durante años le consumió la vida esperando encontrar el medio para realizar el proyecto. Los mercaderes y mercenarios que pululaban por las tabernas del

puerto, nada más verlo le rehuían porque estaban cansados de escucharle la misma historia que a todos contaba con lujo de detalles, y tantas veces habló de ella que ya no se sabía cuánto de cierto o falso había en aquel sujeto tan curioso. Hasta que se armó la expedición del capitán Ferdinand Dulmo, de la isla de Terceira, con dos carabelas y más de ochenta hombres rumbo al Oeste en busca de las Islas de las Siete Ciudades. Colón para entonces, se había dedicado a la bebida y estaba tan desesperado y aburrido recorriendo los muelles, que había llegado a tomar la decisión de partir en cualquier navío aunque fuese de ayudante o capitán de segunda. Incluso, se había resignado en proporcionar la información que había cultivado con tanto celo, a quien le asegurara un porcentaje de la gloria que se pudiera conseguir abandonando toda ilusión de tener el rol protagónico. Ya tenía cuarenta años, y la esperanza de vida en aquellos tiempos no llegaba ni siquiera a los cincuenta. Sin pensarlo demasiado, llegó hasta Dulmo y le ofreció sus servicios. Le prometió entregarle su secreto más preciado: las cartas de navegación hacia el Oeste. Pero el capitán Dulmo que era un poco autosuficiente, desconfió del hombre al que veía obsesionado por intereses muy dispersos para su gusto: la gloria, la cristiandad, el rescate del Santo Sepulcro de manos de los infieles y por supuesto, la búsqueda de oro. Si algo no soportaba Dulmo era a un tipo tan heterogéneo, y Colón era precisamente, un ejemplar de una era que ya comenzaba a declinar. El capitán, en cambio, era joven y moderno. Sin mucho detenimiento, rechazó cortésmente al extranjero. El resto de la historia ya se sabe. El pobre Dulmo no regresó nunca, tampoco sus ochenta hombres, quienes fueron tragados en las profundidades del mar. Cristóbal Colón continuó su vida muy desalentado y perdiendo toda credibilidad pública. Pensando que estaba acabado, tuvo ideas suicidas, por lo que su hermano temiendo por él, le aconsejó un remedio muy común que se estilaba entonces, que era el cambiar de aires. Así que Cristóbal Colón se marchó

de la ciudad y se fue a Castilla, donde pudo comenzar una nueva vida ofreciendo su fuerza de trabajo como cartógrafo y capitán de navío. Siendo ya mayor y reposado, no tenía los ánimos y el ímpetu de la mocedad, por lo que se resignó a esperar durante siete años antes de tomar la decisión definitiva de arrojarse de cabeza al Tajo. Como era un desconocido, pudo volver a contar sus viejas historias. Esta vez tuvo mejor suerte porque le creyeron, descubrió América y se hizo famoso.

Conciliación

La jueza se arrellanó en la incómoda butaca del despacho, y después de escuchar el último descargo del abogado de una de las partes, dio por terminada la audiencia.

—El matrimonio es una institución civil protegida por el Estado —dijo automáticamente, como estaba acostumbrada a hacerlo—. Terminado el vínculo, nos corresponde velar por el bienestar del niño.

Dicho esto, se despidió de los abogados y la fiscal, y mientras éstos se retiraban, pidió que le cerraran la puerta de la oficina. Sentada en su escritorio contempló con curiosidad el legajo que tenía sobre la mesa. Cuando era estudiante universitaria, sus padres solían hablar de unos ancianos que habían vivido en la casa de al lado. La hija de aquel matrimonio se había dedicado a vender nichos en un cementerio, y luego se marchó del hogar paterno. Los ancianos murieron y la casa fue demolida. Nunca más volvió a saber de la hija, hasta aquella mañana, en que revisó el expediente Pellegrini. Era un caso delicado, porque se trataba de decidir cuál de los padres se haría cargo de las hijas de un matrimonio en proceso de divorcio. Inicialmente, la tenencia, por mutuo acuerdo había sido entregada a la madre. Ahora el padre la reclamaba para sí, aduciendo que las niñas habían sido severamente maltratadas por la mujer. Esta negaba los cargos y declaraba que el maltratador había sido el padre, y que lo único que éste deseaba era retirarle la pensión de alimentos. La señora Pellegrini era la vecina del barrio de su infancia.

En los últimos años, el trabajo se incrementaba y acumulaba. Su rutina en el juzgado era tan sólida como las reglas de los procedimientos que se encargaba de ejecutar. Regularmente llegaba muy temprano y se pasaba despachando y observando las diligencias hasta muy avanzada la tarde. Apenas tenía tiempo para almorzar algo muy cerca del Palacio de Justicia. Miró el reloj y vio que se había pasado de la hora acostumbrada. Cogió su cartera y salió. En la antesala, el secretario escribía frenéticamente en una gigantesca máquina de escribir de modelo muy antiguo. Le dio algunas indicaciones y se marchó hacia su domicilio. En el camino reflexionó sobre el informe psicológico del caso Pellegrini. Los resultados revelaban que el padre tenía una personalidad autoritaria y rígida. La madre, en cambio, era mas bien pasiva, con baja autoestima y con manifestaciones de comportamiento inadecuado, pero en ninguno de los dos ex cónyuges se constataban antecedentes de violencia. La magistrada trató de hacer memoria y recordó a la muchacha, entonces de su edad, caminando apresuradamente por una calle del barrio. Las imágenes eran vagas, y en ellas algo oscuro y sórdido envolvía la casa de al lado. Quizás era el hecho de que la chica se hubiera dedicado a la venta de nichos en un cementerio. Era una ocupación extraña.

La jueza vivía en un barrio de casas pequeñas y construcción moderna. Se había mudado numerosas veces en los últimos años, siempre huyendo del alza de los alquileres, hasta que por fin había encontrado una casera de modestas pretensiones y un contrato de alquiler bastante estable. Cuando llegó a su casa, se percató con satisfacción de que la empleada ya había lustrado y limpiado. Las ventanas de la sala estaban abiertas y en el ambiente se respiraba un ventilado aire fresco. El orden y la limpieza que descubría en el hogar cada vez que regresaba del trabajo era como el orden

en su vida. Para llegar a jueza, había tenido que someterse a numerosas evaluaciones. Uno de los requisitos para una Jueza del Niño y el Adolescente era que la candidata fuera casada. No se aceptaban ni divorciadas ni solteras. Ella cumplía con las condiciones y tenía un puntaje aceptable, pero los postulantes sobrepasaban el número de vacantes. Cuando finalmente obtuvo el cargo, sintió que había ganado un premio que se merecía. Bordeaba los cincuenta años, tenía una familia legalmente constituida, cuatro hijos, ingresos económicos aceptables. Su marido, un contador que se dedicaba a los negocios, todavía continuaba pensando que podría consolidar su empresa de importaciones. Sin embargo, ninguna de las mercaderías ensayadas había podido colocarse en el mercado. Medicamentos para perros, confecciones de ropa, papel, productos enlatados, ya no recordaba cuántas veces había empezado de nuevo, y siempre trabajando a pérdida con ingresos fluctuantes y escasos. En la práctica, ella y sus tres hijos se mantenían de su sueldo como jueza del Ministerio de Justicia. No pocas veces había tenido que prestarse dinero para pagar la mensualidad escolar de los chicos. En los primeros tiempos de matrimonio, las discusiones a causa de ello fueron continuas. Pero su marido se negaba a postular a trabajos dependientes. No le gustaban los horarios de oficina, detestaba marcar tarjeta y despreciaba toda organización de su actividad laboral. Su claro sentido de independencia y autonomía, que habían sido motivo de admiración para ella, cuando todavía eran jóvenes, al pasar los años le despertaron sospechas. Muchas veces se había preguntado si en realidad lo que ocurría con él era que tenía una verdadera incapacidad para trabajar como lo hacía la gente común y corriente. A medida que avanzaba en su carrera de magistrada, sus intereses laborales fueron ocupando un lugar central en su vida. Se resignaba pensando que no podía tenerse hijos, marido, una casa, un buen trabajo y, encima, la felicidad. Terminó aceptando que evitar los conflictos era la máxima medida de tranquilidad a la que

podía aspirarse. Quizás, por un sesgo profesional atribuido a su trabajo, siempre enfocado a la conciliación de intereses contrapuestos, había llegado a un punto de equilibrio del cual se asía con la misma convicción con que elaboraba los dictámenes de sentencias. Se sentó en la mesa del comedor y comenzó a leer los materiales que había traído del juzgado.

El informe del médico legista en el caso Pellegrini consignaba que la niña mayor mostraba fracturas antiguas en diferentes grados de consolidación. Aquella podría ser considerada una prueba induciaria de maltrato, pero la fiscal había opinado que no era suficiente. En todo caso, todavía no se podía demostrar quién era el maltratador.

Escuchó música en el segundo piso y llamó a la empleada.

—¿Quién está arriba? —le preguntó.

—El señor —contestó la muchacha.

La jueza continuó leyendo hasta que las sombras de la tarde oscurecieron la estancia. El juicio que revisaba era uno más de tantos motivado por diferentes intereses económicos. El señor Pellegrini tenía otro compromiso, otros hijos, y le resultaba caro mantener dos hogares simultáneamente. La madre declaró que había llevado a la niña mayor a la emergencia hospitalaria en dos oportunidades debido al maltrato ocasionado por el padre.

Cansada, cerró el legajo y se dirigió al segundo piso. Los domingos, cuando la empleada tenía asueto, las ventanas de la sala permanecían cerradas, los cojines desvaídos se deslizaban sobre los muebles, la mesa del comedor acumulaba los platos y las tazas con restos de comida y miles de migajas quedaban regadas por los pisos. Los fines de semana, ella recogía la ropa que sus hijos arrojaban en los pasadizos, calentaba el almuerzo y la comida, limpiaba medianamente los baños y la cocina, y rogaba internamente

para que a su marido no se le ocurriera hacer ninguna comida con sus amigos. Se había cansado de dar indicaciones para que su familia dejase limpios los utensilios de comida, y fuesen un poco menos perezosos con la limpieza. Lo hacían a regañadientes, pero luego se olvidaban, o fingían olvidarse. Pensaba que así era la conveniencia de los seres humanos. Cuando las reglas estaban establecidas alguien debía velar para que se cumplieran.

La empleada de servicio había llegado de la sierra meses atrás. Era pulcra y minuciosa en cumplir con sus responsabilidades, y aunque al principio no sabía manejar los artefactos eléctricos, aprendió rápidamente. Ella le enseñó a usar algunos libros de cocina, y los domingos por la tarde se dedicaba a redactar los menúes de cada día para evitar tener que pensar durante la semana en los divorcios, violaciones y asaltos que tenía que atender en su trabajo, y en la ensalada, pastel de espinaca o el guiso de pollo que tenía que preparar la fámula para las comidas de la jornada. La muchacha era diligente y bastaba con que le dejara la lista de víveres por comprar para que ella pudiese ir con tranquilidad al juzgado.

Su marido, vestido con pijama, fumaba un cigarrillo mientras veía televisión.

—¿No has ido a trabajar hoy? —le preguntó.

—Preferí quedarme en la casa, estaba muy cansado —contestó él.

—¿Has almorzado? —continuó ella.

—Aquí en el dormitorio. Tú llegaste temprano.

—Sí —dijo ella, sentándose en el borde de la cama—, el día estuvo tranquilo.

Mientras se desvestía, pensó que su marido no estaba asistiendo al trabajo con regularidad.

—¿Cómo va el negocio? —le preguntó con inquietud.

—Puede ser que consiga un par de buenos clientes la próxima semana —respondió él sin dejar de ver la televisión.

Se desnudó por completo e ingresó al baño. Una buena ducha la aliviaba de la tensión del día. Mientras el vapor la envolvía, recordó la visión que había tenido hacía unos días en la antesala de su despacho. Vio a las dos niñas Pellegrini, una al lado de otra, cogidas de la mano y sentadas en un extremo de la banca, como si trataran de protegerse de algo. La niña pequeña tenía las rodillas y las medias sucias.

Salió de la ducha y se enfundó en una bata de felpa. Su marido continuaba viendo televisión, así que ella regresó al comedor.

Leyó la entrevista que la asistenta social había hecho a la señora Pellegrini. La mujer afirmaba, llorando, que el esposo las había abandonado y, cada vez que ella había tenido la necesidad de verlo, la insultaba y la amenazaba con quitarle la pensión. Declaraba que el marido había sido violento cuando vivían juntos, les había pegado a ella y a sus hijas. No existían, sin embargo, testigos ni partes policiales. La señora agregaba que amaba a sus hijas y procuraba no castigarlas. Sólo cuando se portaban mal las resondraba o las recluía en su cuarto.

Lágrimas de cocodrilo, pensó súbitamente la jueza, y luego se desconcertó de sí misma. Recordó a un gato y a unas niñas jugando con él. Se vio de pequeña corriendo por un parque. Una siempre recuerda algunos episodios de la infancia, sin saber por qué, reflexionó. De niña le habían gustado los animales, pero su madre no le dejaba tenerlos. No tenemos jardín, le decía.

La empleada había preparado la cena y la subía en una bandeja al segundo piso.

—Dile al señor que no me gusta que coma en el dormitorio —dijo.

Lo repetía incesantemente, pero su demanda era estéril. Aquel

era un detalle que se había convertido en una seria desavenencia entre ambos, pues ya era un hábito familiar. Los chicos también comían los fines de semana en los dormitorios. Ella se resistía a aceptarlo y era como una pequeña lucha permanente y solitaria que tenía que librar para no dejarse vencer. Sospechaba que el día que se abandonara al peso de la costumbre, la casa sería ingobernable.

Esperó unos minutos contemplando el reloj. Al ver que pasaba el tiempo, subió las escaleras en el preciso momento que la empleada salía del dormitorio. Su esposo la miró ingenuamente.

—Te he rogado que comamos en el comedor.

—Oh, otra vez.

—¿Cómo puedes estar así todo el día?

—He estado trabajando en la casa —protestó.

—No es lo mismo que salir a la calle.

—Por favor —continuó él molesto—, no estés dando órdenes. Estoy harto de que fiscalices mi conducta. No tienes por qué enseñarme permanentemente cuál es la mejor forma de comportarse.

Sintió que el tono de voz de su marido era desproporcionadamente agresivo.

—¿Te parece bien comer en la cama?

—Sí.

—Está bien —respondió ella y salió de la habitación.

Mientras bajaba las escaleras una sensación de hastío le oprimió el pecho. Trató de concentrarse en los papeles que tenía delante, pero no pudo.

La empleada apareció en el comedor.

—¿Va a comer? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. Se le había ido el apetito. Apenas saludó a sus hijos cuando llegaron de la calle. Aquella noche se acostó temprano y se durmió inmediatamente. Su marido continuaba viendo televisión.

La entrevista personal con las niñas Pellegrini se realizaría aquella mañana. Una tenía once y la otra nueve años. Las hizo pasar al despacho. Ambas estaban temerosas y tristes. Después de revisar el expediente, había discutido con la fiscal, quien parecía haber tomado claro partido por la madre, señalando que el padre no aportaba pruebas. La jueza observó distraída a la hija mayor.

—¿Con quién vives? —le preguntó.

—Con mi mamá.

—¿Ella te da de comer?

—Sí.

—¿Te acuesta por la noche?

—Sí.

—¿Cómo te llevas con ella?

—Bien.

—¿Y con tu papá?

—Mal —la niña tenía una voz inaudible y a la magistrada le costaba trabajo entenderla.

—¿Por qué?

—Mi papá no nos quiere.

La magistrada hizo una pausa.

—¿Te has disgustado alguna vez con tu mamá?

—A veces.

—¿Cómo te castiga?

—Me resondra.

—Es importante que trates de recordar, linda —le dijo suavemente—. Algunas veces has ido al hospital. ¿Por qué?

—No sé.

—¿Te han enyesado el brazo?

—Cuando era más chica.

—¿Qué te pasó?

—Me caí de la escalera.
—¿Cuál escalera?
—La de mi casa.
—¿Dónde estaba tu mamá en ese momento?
La niña dudó.
—No sé —contestó.
—¿Y tu papá?
—No vivía con nosotros.
—¿Y la siguiente vez que te enyesaron?
—No me acuerdo.
—¿Qué edad tenías?
La chica parecía no entender.
—¿Qué edad tenías? —repitió la jueza.
—No sé.
—¿Cómo te castigaba tu papá?
—Me pegaba.
—¿Dónde?
—En las piernas.
—¿Cómo?
Los ojos de la niña se humedecieron.
—Es triste hablar de esto y sé cómo te sientes, pero es importante. Por favor, ¿cómo te pegaba tu papá?
—Con una correa.
—¿Y tu mamá?
—No —exclamó la niña en voz baja—, ella no.

La jueza dio un largo suspiro. Miró a la muchacha y ésta bajó la cara. Estaba con las mejillas encendidas y visiblemente incómoda. La magistrada hizo una señal a la fiscal y terminó la entrevista insatisfecha.

Cuando las luces de la calle se encendieron y la circulación de gente comenzó a disminuir en los corredores del Palacio de Justicia, ordenó los papeles del despacho y se dirigió hacia su domicilio.

En el camino compró algunas frutas y se detuvo observando los puestos ambulantes periféricos que ya se retiraban de los alrededores de la Plaza Grau.

Imaginó a la señora Pellegrini arrojando a la niña de lo alto de una escalera. Esas fracturas en los huesos de la tibia y el peroné parecían originarse en una caída desde lo alto. Y luego las otras en el brazo. Los niños solían recordar vívidamente los accidentes, y más aún si éstos habían dejado secuela e implicaban rehabilitación. Era extraño que la chica a la edad que tenía no aportara mayores datos. Si el señor Pellegrini presentaba un testigo de parte antes de la audiencia, todavía podría tener alguna oportunidad. Aunque ella prefería cerrar de una vez el caso, sentía una gran desazón. Le parecía que estaba escarbando en la arena de un desierto, tratando de encontrar un pozo de agua que no existía.

¿Por qué se resistía a aceptar las evidencias? El acusador podría terminar convirtiéndose en acusado. Si el señor Pellegrini no probaba los cargos contra su esposa, la fiscal no dejaría que la sospecha de maltrato pasara sin evidencias. Y hasta el momento, paradójicamente, la sospecha se había vuelto hacia el padre. El asunto se volvía turbio. Sin embargo, un sentimiento extraño la invadía cuando evocaba la vieja casita que estaba al lado de la de sus padres. Recordaba que de pequeña se escondía en la azotea y saltaba hacia la casa de al lado. Podía ver la sala de los vecinos a través de un tragaluz de vidrio. Y aquella casa siempre estaba a oscuras.

Ya en su domicilio subió al dormitorio y se recostó. A veces le gustaba dormir un rato para despertarse luego más despejada y leer hasta altas horas de la noche. Al poco tiempo, llegó su marido. La habitación estaba con las cortinas bajas y en penumbra. Él también se desvistió.

—Voy a descansar un poco porque tengo que salir dentro de un par de horas —le dijo mientras se desabotonaba la camisa.

—¿Vienes de la fábrica?

Él asintió con la cabeza.

De pronto, ella reparó que el calzoncillo de su marido no era de los que tenían borde elástico con rayas azules, que conocía tan bien porque ella misma se los compraba. El calzoncillo era totalmente blanco y tenía un pequeño sesgo que parecía de encaje a nivel de la cintura. No se atrevió a decir nada, su marido ya había entrado al baño y dejado el resto de la ropa en el lugar acostumbrado. Pero ahí no estaba el calzoncillo. Se levantó inmediatamente de la cama y abrió la puerta del baño. Él se estaba duchando. Recorrió con la mirada el espacio y no encontró la prenda. ¿Dónde lo había puesto? Sintió que el corazón le palpitaba intensamente. Sin hacer ruido repitió los movimientos que él había hecho antes de comenzar a bañarse, pero el calzoncillo no estaba ni debajo de los muebles ni en otro lugar visible. Ella no recordaba que él hubiera abierto cajones o la puerta del ropero. Se sentó en el sofá del dormitorio, perpleja. Un calzón de mujer. Eran los únicos que tenían encaje en los bordes elásticos. ¿Qué hacía él con un calzón de mujer? Recordó que una clienta suya había descubierto la infidelidad de su esposo encontrando un arete ajeno en la cama conyugal. La mujer estaba muy dolida, pero lo que más le había impactado era que se trataba del lecho matrimonial.

—¿Se imagina usted? En mi propia cama, eso no se lo perdonaré jamás. Quiere decir que ha traído a su amante a nuestra casa. Se han revolcado juntos sobre mi alfombra. Sobre mis sábanas.

La mujer hablaba con rabia y amargura.

—¿Por qué tenía que haberla traído a la casa? Eso es morboso, morboso.

Pero el arete no era una prueba. Ella sabía que en las leyes las palabras o los objetos sólo tenían valor en la medida en que estuvieran organizados en el discurso de los procedimientos legales.

Quienes conocían los secretos de su lógica eran los únicos capaces de darles significado. Había sido difícil convencer a la mujer, explicarle que para la ley eso no servía para nada.

Fingió estar dormida cuando su marido salió del baño. Ya estaba vestido con pijama. Esperó largos minutos hasta que la respiración de él se hizo intermitente y comenzó a roncar. Nunca había esperado con tantas ansias sus incómodos ronquidos. Se levantó lentamente y se dirigió al baño. Buscó, pero no encontró la ropa interior. Ni siquiera estaba en el basurero. ¿Lo había escondido? O tal vez se lo había puesto debajo del pijama. Él no había salido de la habitación, así que la prenda debía continuar en algún sitio. Se volvió a sentar en el sofá tratando de serenarse. No tenía sentimientos violentos. La embargaba una extraña inquietud, como si de pronto estuviera ante una verdad que ya había esperado desde hacía tiempo.

Cuando anocheció, puso el reloj despertador y la campanilla sonó insistentemente. Ella encendió la luz del velador.

—¿Qué hora es? —preguntó él despertándose.

—Las siete.

—Tengo que salir inmediatamente.

Ella observó sigilosa cada uno de los movimientos de su esposo mientras leía distraídamente una revista. Él se desvistió delante de ella, pero no llevaba puesta ninguna ropa interior.

—No regresaré a cenar —exclamó él.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Bueno, tengo una reunión de negocios —respondió él desconcertado.

—No me habías dicho nada.

—No ha habido oportunidad, otras veces ha pasado así, son cosas que yo no decido, dependen de los clientes.

—Pero no es normal. ¿Cómo tienes tantas reuniones por la noche? ¿Siempre son clientes?

Él estaba perplejo.

—¿Tantas? ¿Qué te pasa? En todo el mes no he salido por la noche.

Ella ya no recordaba cómo era habitualmente. De pronto tenía un vacío en la memoria. Se quedó callada.

Él se despidió y salió dejando una estela de colonia en el dormitorio. Ella esperó escuchar el ruido de la puerta principal al cerrarse. Se levantó y se dirigió hacia la ventana principal. Lo vio ingresar al automóvil y marcharse.

Volvió a buscar atropelladamente por toda la habitación. Debajo de la cama, de la alfombra, entre las revistas. Revisó cajones, sacudió el colchón y las almohadas. Pero no halló la prenda. Tenía la sensación de estar viviendo en un castillo de naipes que en cualquier momento se desmoronaría. Treinta años de matrimonio, pensó atribulada, y la relación no estaba bien. Esa irritabilidad constante, ese malhumor de siempre que se había convertido en la característica esencial de la personalidad de su esposo. ¿Era realmente así? Sólo lo veía alegre con los chicos. Pensó con horror que él apenas la miraba. ¿Estaba enamorado de otra mujer? Se imaginó rápidamente el siguiente procedimiento. El divorcio. ¿Sería capaz de pedirle a ella el divorcio? ¿Y la tenencia de los chicos? El mayor tenía quince años. A él le convenía dejárselos porque no podría mantenerlos. Le saldría más caro mudarse de la casa. Entonces podría solicitar la tenencia y pedirle a ella que se fuera. No era lo tradicional, pero en aquellos casos tenía que anticiparse a cualquier situación. Pero ella no podría permitir el divorcio. Si no, perdería el cargo. Tendría que dejar el juzgado ¿Qué pasaría con su carrera judicial?

Cuando sus hijos llegaron, ella estaba preparando unos panes con jamón en la cocina. El mayor tenía hambre, y se calentó un poco de leche con café. Era su engreído.

—¿Qué tal las clases? —le preguntó esforzándose por parecer cariñosa.

—Bien, bastante bien.

—Yo he tenido un día terrible —exclamó ella con fingida pesadumbre.

El muchacho parecía estar más interesado en los pedazos de jamón y queso.

—¿Sabes? —continuó la madre—. Ahora, con el nuevo código, en los procesos de divorcio se pide la opinión de los hijos. Es un punto de vista que se tiene en cuenta.

—Ah, es mejor —dijo él.

—Pero siempre resulta complicado. Imagínate, elegir vivir con papá o a mamá. Qué dudas. Por ejemplo, te hago una pregunta difícil. ¿Tú qué decidirías?

El joven rió mientras terminaba el pan de un gran bocado.

—Uf, con mi papá, claro.

Ella sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ay, mamá, no exageres. Es una broma. ¿Por qué? ¿Acaso ustedes se van a divorciar?

—Oh, no, claro que no. Te lo pregunto por razones de trabajo. Me interesa conocer la opinión de los jóvenes.

—Mira, tú tienes mucho trabajo —agregó él con indiferencia, mientras se servía otro emparedado—, estás más tiempo en la calle, tu responsabilidad es mayor ¿no? Objetivamente, ¿no tiene él más tiempo para estar con nosotros?

—Nunca me has dicho eso.

—¿Para qué? Mamá, es una opinión, no tienes por qué tomártela en serio —le dio una palmadita en el hombro—. Me voy a estudiar.

Mientras el muchacho subía las escaleras, ella pensó que la situación no sería fácil. Tendría que iniciar una estrategia silenciosa antes de que su marido se percatara del asunto. Por lo menos, asegurarse de que los chicos fueran aliados y no enemigos. Claro que ella tenía amigos en el poder judicial que le podrían facilitar las cosas si fuera necesario.

Aquella noche no tuvo sueño. Estuvo inquieta, con sobresaltos. Sentía que la calma se le había terminado. Cuando llegó su esposo, se acostó al lado de ella sin encender la luz. Al poco tiempo se quedó profundamente dormido.

En la madrugada ella se levantó, se vistió y se puso a regar las plantas del balcón. Sacó la mala hierba y abonó algunas macetas. El reloj despertador del cuarto de los chicos repicó como siempre. Pero a ella no le parecía una mañana como otras. Tampoco le pareció normal ver a su marido desnudo meterse a la ducha. Ni la ropa de cama replegada en una esquina de la habitación. Los ruidos de la casa iban aumentando a medida que pasaba el tiempo. Escuchó también a la empleada abrir las puertas del primer piso, y el tintineo de platos y cucharas en la cocina. Con pesar, se vistió y se marchó al juzgado. Aquella mañana era la entrevista final con las niñas Pellegrini. La jueza trató de sonreír, pero su estado de ánimo no se lo permitió. La menor de las chicas, sentada frente a ella, recorría la estancia con ojos vivaces. Parecía más tranquila y segura que la primera vez. La magistrada, a pedido de la fiscal, había accedido a una segunda cita con la niña. Tenía deseos de acabar cuanto antes con todas aquella entrevistas y audiencias.

Hizo una venia a la fiscal para que iniciara las preguntas.

—Qué bonita estás —exclamó la fiscal—, ¿quién te ha peinado hoy?

—Mi hermana —contestó la niña con voz aguda.

—¿Has visto a tu papá últimamente?

—Sí.

—¿Quisieras verlo más seguido?

—Mejor no.

—¿Por qué?

—No quiero verlo.

—¿Te ha hecho algo?

—No, no es eso.

La jueza no tenía paciencia aquella mañana. Eran los momentos en que se preguntaba cómo podía arreglar la vida de otras personas si no podía hacerlo con la suya.

—Mira, hijita —continuaba la fiscal con voz seductora—. Yo estoy aquí sólo para ayudarte. Te doy permiso para que me lo cuentes todo —le dijo persuasiva—. Te prometo que nadie te va a hacer ningún mal.

La niña denegó con la cabeza.

—Quiero irme a mi casa —contestó la pequeña y comenzó a lloriquear.

Era posible, pensó la jueza, como usualmente ocurría, que las niñas Pellegrini estuvieran manipuladas por cualquiera de los padres. La jueza resolvió esperar el último informe psicológico que completaba el expediente; después de conversar con la fiscal, cerraría el procedimiento. El caso parecía claro y el alegato del padre no se sustentaba. La magistrada ya había tomado una decisión.

Al atardecer, cuando salía del despacho, sintió frío y se cubrió con el abrigo. Había mucha humedad en el Palacio de Justicia. Al caminar por el pasillo, tropezó con una mujer que marchaba apurada. Cuando le vio el rostro, la reconoció inmediatamente. Era la señora Pellegrini. La mujer siguió caminando sin detenerse hasta que se perdió en la salida. La jueza sintió que la piel se le erizaba. Era ella. La misma, pero ahora tenía la piel ajada y el ca-

bello liso. Habían pasado más de cuarenta años desde entonces. Caminó rápidamente hacia la puerta principal y tomó un taxi para ir a su casa. El gato, las imágenes se agolpaban en su mente, incontenibles. Ha matado a los gatitos, mamá. La niña lloraba. Mamá, ella lo ha hecho. Su madre la tranquilizaba, es una niña muy mala, muy mala hijita, no quiero que te acerques a ella. Luego el cuchicheo de sus padres. Es una chica muy rara, su pobre madre no sabe qué hacer con ella. ¿Cómo pudo meter a los gatitos en la lavadora? Su madre había gritado en el patio. El horror estaba dibujado en su rostro. No te acerques, le habían dicho, no mires. Ella no llegó a mirar nunca. Pero la tapa de la lavadora estaba empapada en sangre. Desde entonces, la vecina no volvió a su casa y ella nunca más tuvo animales. La niña que había colocado a los gatitos en la lavadora era la señora Pellegrini.

En las horas siguientes, la imagen de la mujer no la abandonó. Aparecía ahora envuelta en una bruma perversa. ¿Habría maltratado ella a las niñas? Las dudas la sumergían en una profunda cavilación. Cuando llegó a su casa pensó que le esperaba otra batalla. Su marido llegó temprano y bromeó con los chicos como si no pasara nada. Yo nunca me enteré, doctora, decían las mujeres. ¿Cómo una se va a imaginar después de tantos años de matrimonio? Por la noche la magistrada se arropó con la frazada y estuvo despierta varias horas escuchando el compás calmado de la respiración de su esposo. ¿Quién era ella? Una mujer más joven, una secretaria, una antigua amiga, una desconocida. Lo miró y pensó que sería más fácil estrangularlo que dejarlo vivo.

Cuando los rayos de luz iluminaron el dormitorio, se levantó. No tenía deseos de bañarse. Ni de vestirse. Vio los recibos del alquiler sobre la cómoda del dormitorio. Ni siquiera es capaz de preocuparse de pagarlos, se dijo. No recordaba desde hacía cuánto

tiempo era ella quien se encargaba de calcular el presupuesto. En esos casos, lo que se aconsejaba era cerrar el caño, es decir, demandarle mayor dinero y hacer más gastos. Así es más difícil mantener a una amante, pensó. Cuando él se despertó, dio un largo bostezo y ni siquiera la saludó al ingresar al baño. Ella no existía para él. ¿Cómo no se había dado cuenta?

La casa todavía estaba en silencio cuando su esposo descendió a tomar desayuno. Desde lo alto de la escalera escuchó risas que venían del primer piso. Sus hijos aún no habían bajado. Descendió los escalones sobre el mullido tapiz de la alfombra. Tuvo un presentimiento. Entró a la cocina y no vio a nadie. Las risas se habían acallado súbitamente. Entonces se sentó en el comedor. Sobre la mesa estaban los panes y la mermelada. Al poco tiempo apareció él. Se había estado riendo con la empleada.

—Buenos días —dijo ella secamente.

—¿Cómo estás? —contestó él amable.

Tomaron el desayuno en silencio. Ella llamó a la empleada y se quejó de la leche. Estaba tibia. En otro momento la hubiera tomado así, pero ahora le parecía que no podía permitir que la leche no estuviera caliente. La empleada recogió la jarra sin decir palabra. Ella no la miró. Casi no podía comer. Pero tampoco quería hacer evidente su malestar. Terminó de tomar el café y subió a las habitaciones de los chicos. Los ayudó a preparar las cosas para el colegio, y se despidió de ellos antes de que se fueran. ¿Cómo estar segura? ¿Se había metido con la empleada de la casa? Sintió que la ira la invadía. Se imaginó los comentarios, las miradas burlonas, las envidias y los cuchicheos de los colegas, siempre a la expectativa de descubrir debilidades en el prójimo. Recordó que varias veces al llegar del trabajo las únicas personas que estaban en la casa eran la empleada y su esposo. Pasaban muchas horas juntos. Un día, hacía no mucho tiempo, ella y él estaban almorzando. Contemplaba distraída el plato humeante de sopa, cuando levantó la cabeza y creyó sorprender un cruce de miradas ex-

traño entre su marido y la criada. Fueron unos segundos, pero creyó ver que la chica se ruborizaba y sonreía. No le había dado importancia al asunto. Pero ahora los gestos, las miradas y las palabras cobraban otra dimensión. Las piezas de un rompecabezas iban colocándose en el lugar adecuado. Las imágenes se sucedían una tras otra. Él era hogareño. Tampoco necesitaba salir porque tenía a la amante en la casa. La echaré de aquí, se dijo. Se puso a observar a través de la ventana del dormitorio el jardín de entrada a la casa. Esperó que sus hijos y su marido se marcharan.

Para distraerse, hizo algo de limpieza en el segundo piso. Las manos le temblaban y su respiración se había acelerado. Se contempló en el espejo y observó que la vigilia nocturna había hecho estragos en su rostro. Bajó entonces y le pidió fríamente a la empleada que se fuera a hacer las compras al mercado. Tenía un rostro agradable, sin ser bonita. Se percató, además, que sus pantorrillas eran hermosas. Cuando la muchacha hubo salido, se dirigió resuelta hacia el dormitorio de la chica. Tenía un olfato que no la engañaba. La experiencia judicial le había enseñado que algunas profecías solían cumplirse. La habitación estaba detrás del jardín donde se tendía la ropa, al lado de la cocina. Era pequeña y apenas tenía un catre, una mesita y una silla. Había un olor penetrante a jabón barato. En la pared colgaban algunos recortes de revistas. Una toalla pendía de un clavo. La ropa de la mujer estaba guardada en cajas debajo de la cama. Revisó cada una de ellas. Los calzones de la muchacha eran de colores y con encaje en la cintura. Había algunos blancos y otros que con el uso, se habían dilatado y eran tan grandes que muy bien le podrían haber quedado a su marido. En un momento de apuro, pensó. Vistiéndose rápidamente, en la habitación de un hotel a oscuras. La chica iba a la escuela nocturna, y sus libros y cuadernos estaban sobre la mesa. Buscó con detenimiento en cada uno de ellos. Una carta, una foto, pensó. Sacudió la ropa de cama. Encontró una billetera debajo de la almohada. La abrió. En ella la mujer tenía una foto pequeña, tipo carnet, en blanco y negro de su marido. Estaba dedicada. La guardó en su bolsillo y salió de la habitación.

Una extraña mezcla de amargura y disgusto la invadió. Enseguida subió al dormitorio, se bañó, y se vistió con el mejor sastre que tenía. Se maquilló un poco más de lo habitual, tratando de borrar las huellas del desvelo del día anterior. La empleada llegó a la media hora. Ella ya la esperaba en la sala.

Sin preámbulos le dijo que recogiera sus cosas y que se fuera.

—¿Por qué, señora? —preguntó ella sorprendida.

—Más vale que ni preguntes —contestó con violencia contenida.

La mujer le dirigió una mirada penetrante.

—No me puedo ir así no más, señora.

—¿Qué dices?

—Me tiene que pagar mis beneficios sociales.

—¡Sinvergüenza! ¡Cómo te atreves!

—Si usted no me paga, me voy a quejar.

—¡Quéjate donde quieras! ¡Vete ahora mismo! —gritó ella.

La muchacha pareció comprender. Sin decir más se retiró. Encima se atrevía a pedirle beneficios sociales. Tenía ganas de agredirla, pero se tragó la rabia que la desbordaba. Al poco tiempo apareció la chica con una maleta.

—Me llevo la mitad de mis cosas. Voy a decirle a mi primo que regrese por el resto.

—¡Lárgate antes que te arranque las mechas! —le dijo abriendo la puerta de la casa.

Cerró de un portazo. La vio partir por la calle. Sintió de pronto un agotamiento súbito, como si hubiera acabado de terminar una larga y penosa diligencia. Cogió su maletín y se dirigió hacia el juzgado.

Por la noche había llovido y los charcos de agua cubrían las aceras y las pistas. Las calles parecían grises y sucias. El pasillo del Palacio de Justicia estaba abarrotado de personas que tenían rostros infelices. Al entrar en la oficina, el secretario tutelar en lo civil estaba tipeando en su máquina de escribir. Notó que el cuello de la camisa del hombre estaba gastado y las solapas del terno antiguo lucían unas manchas de grasa. La audiencia con los Pellegrini era al día siguiente. Vio el legajo sobre una ruma de papeles amarillentos. Recordó la imagen desamparada de las dos niñas sentadas en el extremo de la banca. Llamó a la fiscal e hizo algunas observaciones al expediente.

—Vicios procesales —exclamó fríamente señalando el folder del caso Pellegrini—. Volvemos a fojas cero.

—Tenemos la audiencia mañana —exclamó la fiscal, perpleja.

—Es lamentable, pero tendremos que empezar de nuevo —contestó con firmeza.

Aquella decisión la animó durante el resto del día y avanzó con renovadas fuerzas los expedientes de la jornada. Cuando atardeció, sintió de nuevo una cierta desazón. El camino de regreso a su casa le pareció más largo que nunca. Al llegar vio las habitaciones vacías y las luces apagadas.

El ambiente cerrado olía a humedad. Pronto el polvo cubriría la superficie de los muebles y la ropa sucia formaría una montaña sobre el lavabo. Pensó en el menú del día siguiente. Peló papas, sacó la carne del estofado, la descongeló, preparó un guiso de cebollas y tomates, hirvió unos huesos e hizo una sopa. ¿Y ahora qué voy a hacer?, pensó. ¿Cómo voy a cocinar todos los días para cinco personas? Cuando salió de la cocina recogió los periódicos que estaban sobre los muebles de la sala. Limpió los restos del desayuno en el comedor. Sacó la basura a la calle. Subió al segundo

piso, hizo las camas de los chicos, abrió las ventanas de los dormitorios y secó el piso del baño. El aceite del guiso le había salpicado la blusa del traje. Se vistió con un buzo deportivo y se ató el cabello en la nuca. Cuando sus hijos llegaron les sirvió la comida. Luego lavó los platos y barrió la cocina. Al anochecer, metió la ropa en la lavadora y la enjuagó. Las camisas de sus hijos no estaban planchadas para el día siguiente. Ellos tendrían que hacerlo hasta que ella consiguiese otra empleada.

Cuando llegó su esposo ella todavía cocinaba la comida del día siguiente.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está la chica? —preguntó él.

—Se fue —dijo ella sin dejar de cocinar.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Su mamá estaba enferma. Vinieron a buscarla y se marchó.

—Qué raro —dijo él. Se veía confundido.

Ella tuvo ganas de gritarle, pero continuó cortando unos tomates para la ensalada.

—¿No dijo nada más? —preguntó él.

—¿Qué tendría que decir? —dijo ella de pronto, volviéndose hacia él.

—No sé, es raro —insistió él—. ¡Es una chica que trabaja en nuestra casa, es lógico que uno se preocupe!

—Es mejor que tú no lo hagas —dijo ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que la sirvienta —exclamó con desprecio— se fue, eso es todo. Ya bastante tengo que hacer con cocinar y limpiar. Por lo menos podrías ayudar ¿no? Hasta que consiga otra.

—Yo estoy rendido. No puedo —dijo él—. Tú tampoco necesitas hacerlo. Deja las cosas como están. Que los chicos coman mañana en el colegio.

—¿Y así va a ser todos los días?

—Mira —le dijo él—, si tú y yo trabajamos y no tenemos empleada, lo lógico es que ellos se adapten a la situación. Pero bue-

no —exclamó retador—, no estaría mal que te ocupes un poco más de la casa.

Ella no contestó, pero lo miró con odio.

Aquella noche él salió. Regresó en la madrugada. Ella no dormía. Tampoco pudo dormir en las noches siguientes.

Parábola de Cervantes y Lope

Cuando él regresó de la gran guerra, destruida la Armada que los soberbios llamaron la Invencible, era joven y exitoso. El otro, hombre maduro, de espalda encorvada, estaba ya sin dientes y vivía cargado de deudas. A Lope de Vega lo disputaban los empresarios de teatro. A Cervantes lo perseguían sus acreedores. Replegado y ensimismado, el verso seco y escaso, no pretendió erguirse frente al torrente de comedias, que llegarían a mil quinientas, del gran dramaturgo, pero no ahorró suave y cauteloso desprecio hacia su diálogo fácil y llano. Vio cómo su novela *La Galatea* era desplazada sin piedad por *La Arcadia* de Lope, vio también a las muchedumbres que el laureado comediante convocaba a su paso por las calles de Madrid, rememoró entonces, desde sus lejanos recuerdos del cautiverio de Argel siendo un esclavo, que la gloria del Parnaso no le había sido reservada. Cuando llegado a los cincuenta años, Cervantes dio rienda suelta a su melancolía y enfado, Lope escribía : De poetas no digo, buen siglo es éste; pero ninguno tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a don Quijote.

Cuando murió Cervantes, fue enterrado en la calle llamada hoy Lope de Vega. La antigua calle de Francos, donde vivió y murió Lope, se llama, inevitablemente, Cervantes. Dicen entonces que cuando Cervantes se encontró con Lope en el comienzo de la infinita noche, el primero le repitió el canto de Aboul Saïd, el célebre poeta persa: Antes de que los dioses hubieran construido la bóveda de cristal del firmamento, cuando todavía reposaba

yo en la nada, ya los dioses habían escrito nuestros nombres uno al lado del otro. A lo que Lope, volviendo su mirada hacia la profunda quietud, evocó con bondad a Roudaghi, el poeta ciego: Si, como el fuego, el dolor echara humo, el mundo estaría eternamente en la noche.

Ambos, descendieron juntos a las últimas sombras.

Futuro prometido

—¿No va a haber aumento? —preguntó la mujer.

—No sabemos nada de eso —contestó el hombre.

La mujer dobló cuidadosamente el talón del pago y firmó en la lista que le extendió el secretario de la oficina. Todos los años, por la misma época, recibían en la escuela una donación de leche, arroz, harina y menestras. Los maestros se consideraban afortunados porque sabían que se trataba de un donativo especial que un antiguo exalumno hacía a sus viejos profesores. Decían que era un muchacho muy pobre que había logrado hacer fortuna y le estaba agradecido a un maestro que lo había animado a proseguir sus estudios. Desde varios años atrás, todos los docentes de la escuela se beneficiaban periódicamente del obsequio. La mujer no sabía si la historia era cierta o falsa, pero se sentía agradecida de que así ocurriera. A la salida de la oficina se encontró con un colega que caminaba presuroso.

—¿Has sabido algo del aumento? —alcanzó a decirle.

—No —dijo él— ¿Dónde te has enterado?

—Alguien me ha dicho.

—Debe ser mentira —respondió—, tú sabes que todos los meses dicen lo mismo.

La mujer asintió y dejó que el hombre se marchara. No recordaba dónde lo había escuchado, pero siempre a fines de mes alguna persona decía que había leído la noticia en el periódico o que otro colega lo había asegurado. Al final, el cheque de pago permanecía inalterable. Aunque se consideraba muy pobre, ahora se

sentía verdaderamente desdichada. El dueño de la casa donde vivía le había pedido que la abandonara porque iban a venderla. Durante diez años había habitado la pequeña casita y la tenía bien cuidada. Aunque era alquilada, pensaba que, mientras fuera cumplida en los pagos, el casero no la molestaría. En todos aquellos años había sido puntual. El dueño había ido subiendo el alquiler poco a poco y ella pagaba sin protestar. Por momentos le asaltaba la angustia de pensar en el futuro. ¿Y si algún día vendían la casa? Se lo había preguntado infinidad de veces. ¿Dónde iría? Pensaba en sus familiares más cercanos, pero sólo le quedaba un primo lejano que vivía con cuatro hijos y su mujer en un par de cuartos. Jamás le daría alojamiento. Además le humillaba tener que recurrir a él. Su primo era chofer de un autobús, pero ganaba más que ella como maestra de escuela. Era un hombre torpe y de modales groseros. Insultaba a su esposa y a sus hijos. Barajando posibilidades, encontró la alternativa de irse a casa de una colega, soltera, que vivía sola en un pequeño departamentito. Habían sido bastante amigas en una época, cuando ambas trabajaban en las oficinas administrativas de la Unidad de Servicios Educativos. Luego se dejaron de ver con frecuencia cuando a ella la trasladaron a la escuela del barrio. A veces se encontraban y la amiga era bastante cordial. Recordaba que se quejaba mucho de lo sola que estaba, sufría de presión alta y nadie la atendía. Tenía miedo de caer enferma. El departamento donde vivía era propio, lo había comprado con una pequeña herencia. Pensaba en esa alternativa, pero luego la descartaba porque la amiga tenía muchas manías y era avara. Rememoró que alguna vez se había quejado de la luz que tenía que dejar encendida todas las noches para poder subir por la escalera cuando salía a la calle. Había llegado al extremo de acostarse muy temprano para no gastar en luz eléctrica. ¿Cómo podría vivir con una persona así? La única esperanza que le quedaba era su hija.

Victoria ya había cumplido diecisiete años. Sin ser guapa, era

bastante atractiva y la madre veía como los chicos se volteaban en la calle para mirarla. Cuando era pequeña, su padre, que era agente viajero, un día se fue a Arequipa y nunca más regresó. Le escribió una carta diciéndole que le enviaría dinero, pero no lo hizo. Tampoco se volvió a comunicar y, como bebía mucho y la madre pensaba que podía llegar a ser alcohólico, ella no sufrió demasiado. Él nunca se había ocupado de la casa porque desde que se casaron había viajado constantemente, y ella se acostumbró a criar sola a la niña. Al principio, el sueldo le alcanzaba, y además conseguía algunas clases particulares como profesora de matemáticas, que le permitían tener algunos ingresos extras. Pero cuando Victoria ingresó a la secundaria y comenzó a demandar ropa nueva todos los meses, su madre sintió que no podría seguir con el mismo presupuesto. Entonces fue pensando que si la educaba bien y lograba que estudiase, algún día Victoria podría trabajar y ayudar en la manutención de la casa. Pero la muchacha no era amante del estudio y con mucho esfuerzo lograba pasar los cursos. Pensó que una solución sería que su hija se casara con algún buen candidato. Victoria acostumbraba a sentarse toda la tarde a ver televisión y los fines de semana quería ir al cine y salir a pasear. Los muchachos del barrio eran pobres o vagos, y la mayoría eran estudiantes que vivían del dinero de sus padres. ¿Dónde podría conseguir un marido adecuado? Cada vez que a fin de mes el dinero se iba agotando, ella reflexionaba sobre el futuro esposo de su hija. Y lo peor de todo era que Victoria parecía no darse cuenta de la situación.

—¿Qué va a ser de tu vida? —le preguntaba algún sábado por la tarde—. Si no quieres estudiar, tendrás que casarte.

Pero su hija era arisca y tenía sus propios planes.

—Voy a estudiar secretariado.

Victoria ya estaba terminando el colegio y no se había preocupado en buscar una academia de secretariado. La madre tuvo que pedir un préstamo en una cooperativa para costear los gastos de

la fiesta de graduación del colegio. Compró un vestido que le pareció muy caro y pagó una cuota que se suponía no era obligatoria, pero al final terminó siendo indispensable porque Victoria lloró y lloró amenazando que no iría a la fiesta si su madre no pagaba. Los jóvenes no se daban cuenta del sacrificio de los padres. Cuando ella vio las fotos de la fiesta de promoción, se imaginó inmediatamente la cantidad de dinero que había invertido y que pudo destinar a gastos menos superfluos. Durante las últimas semanas apenas podía conciliar el sueño y poco a poco perdió el apetito.

—Hija, no podemos seguir así —le había dicho a Victoria.

—Mamá, no te preocupes, todavía no nos van a echar de la casa. Además, el juicio de desahucio dura muchos meses. Mientras tanto ya conseguiremos algo.

Victoria seguía siendo una niña que creía que mamá lo resolvería todo. ¿Acaso ella cuando era joven era así de irresponsable? Claro que a esa edad no se pensaba en el futuro ni en el alquiler de la casa.

Una tarde madre e hija fueron a comprar velas a la tienda de la esquina. El dueño era un provinciano de Huancayo, de unos sesenta años, rollizo, que siempre andaba con la camisa remangada en los brazos y solía beber cerveza con los vecinos en un costado del mostrador.

—Que guapa está su hija, señora Herminia —había dicho. Y Victoria se había reído del halago.

El hombre permitía que los clientes tuvieran cuenta con él. Durante el mes Herminia sacaba provisiones y firmaba en un cuadernito. A fin de mes pagaba. No pocas veces él le había ampliado el plazo del pago. En general, era bastante considerado con los vecinos.

Cuando al día siguiente ella se acercó a comprar un poco de provisiones y quiso firmar el cuaderno, el hombre se opuso.

—Esto es un obsequio, señora Herminia, en honor a su hija.

—¿Cómo?

—Tómelo como un regalo para Victoria.

A Herminia le pareció una grosería aceptar e insistió en firmar el cuaderno. Como el hombre se negó, ella se retiró sin llevarse la mercadería. A medida que caminaba se iba poniendo furiosa. ¿Cómo se atrevía? Si era un viejo, cuarenta años mayor que su hija. Era un pervertido. Victoria, tan joven, tan muchacha y cortejada por un hombre que tenía cara de fauno. Al llegar a la casa le rogó a Victoria que no fuera a comprar a la bodega.

—Los hombres beben cerveza y pueden ser malcriados con las muchachas —le dijo—. No quiero escándalos.

—Pero si nunca ha pasado, mamá.

—No quiero que vayas. Eso es todo —dijo ella.

Esa noche comieron una sopa de fideos y una taza de té. Ya no tenía más provisiones. Al día siguiente, muy temprano, fue a visitar a una colega que vivía cerca del barrio. Sin preámbulos le pidió dinero prestado.

—No tengo, Herminia. De veras, mi padre está hospitalizado y estoy gastando mucho.

—Estoy desesperada. ¿Sabes a quién puedo pedirle?

—Parece que este mes nos van a dar un aumento. Sólo por única vez. Lo ha dicho el ministro.

—¿Dónde lo has leído?

—Me lo dijo una colega.

—Pero puede ser mentira.

—No creo, lo he escuchado antes.

—¿Pero dónde? ¿Quién?

—No lo sé. No me acuerdo.

Herminia se despidió y salió a la calle. Con decisión regresó a la casa y se dirigió hacia la tienda de la esquina. El hombre la atendió amablemente. Ella pidió provisiones y luego firmó el cuaderno como si nada hubiese pasado. Respirando hondo regresó a su casa. Se alegró de haber vencido al orgullo. El bodeguero no ha-

bía hecho alusión alguna a sus pretensiones malévolas. Cuando empezó a sacar los alimentos de la caja donde el bodeguero los había depositado, vio que había una lata de sardinas, aceite y huevos que ella no había pedido. ¿Se habría equivocado? No, ella no recordaba haberlos solicitado. Entonces comprendió. Se los había obsequiado. Era la única explicación. Estuvo tentada de regresar y devolvérselos, pero pensó que tal vez se trataba de un error afortunado. Dudando, decidió olvidar el asunto. Desde entonces, cada vez que recogía la lista de los pedidos, aparecían cosas extras. Una caja de chocolates, una botella de vino, queso de la mejor calidad. Herminia seguía desconcertada, pero saboreaba con placer por las noches una tajada de queso mientras bebía café. Le parecía delicioso que fuera gratis y ya no protestaba.

—Discúlpeme usted por mi atrevimiento de la vez pasada —le dijo un día el huancaíno cuando no había nadie en la tienda—, pero soy un hombre viudo, sin hijos, que vivo sólo en ésta casa, y he pensado que tal vez usted comprendería mis deseos de cuidar a su hija.

Como ella puso una cara de desagrado, el hombre se apresuró en explicarle.

—Sólo quiero dejarle a alguien mi dinero, señora Herminia. No tengo malas costumbres, soy de provincia, criado sanamente.

—Ud. es muy mayor —dijo ella.

—Pero, ¿a qué joven quiere usted entregar a su hija? No sabe cómo va a evolucionar un muchacho. En cambio usted me ve a mí, maduro, es cierto, pero ya estoy crecido, ya no voy a tener vicios.

Herminia no dijo palabra y pidió el cuaderno de la cuenta.

—Señora, acepte esta vez, por favor. Aunque usted no esté de acuerdo con lo que le he dicho, lleve éste regalo. No significa nada para mí, vea toda la tienda, está llena de productos. Para mí esto no es nada.

Herminia vio las estanterías y tuvo que reconocer que la bodega estaba bien abastecida. Sin contestar cogió la caja con la mercadería y marchó a su casa. El hombre tenía razón. No parecía una persona deshonesta. Aquella noche estuvo pensando en el asunto y llegó a la conclusión de que no convenía despreciar la generosidad del bodeguero. Tal vez pudieran llegar a cultivar una buena amistad, que no significara necesariamente el enamoramiento.

A los pocos días, el hombre apareció en la casa con muchos regalos. Herminia lo recibió amablemente y Victoria compartió con ellos la mesa. Conversaron de la vida que había llevado él en la provincia, de los sacrificios que hizo para montar el negocio y lo bien que le había ido en los últimos años. Sus ahorros eran cuantiosos y se había hecho querer por los vecinos. La gente lo respetaba y tenía amigos. Después de algunas horas de charla, el hombre se despidió. Cuando se fue, Herminia le preguntó a Victoria.

—¿Qué te parece don Héctor?

—Buena gente —dijo Victoria y se sentó a ver televisión.

Las visitas de Don Héctor se hicieron periódicas. Herminia notaba que él hacía esfuerzos por interesar a su hija, pero ella no le hacía el menor caso.

—¿Por qué viene tanto don Héctor a la casa? —le preguntó Victoria una noche.

—Se siente solo —contestó ella sin darle importancia al asunto.

A los pocos días llegó la orden de desahucio.

—Tendré que contratar a un abogado —dijo ella en el desayuno— ¿De dónde voy a sacar dinero?

Victoria se alzó de hombros.

—¿No dicen siempre que te van a dar un aumento? A lo mejor ahora es verdad.

—Eso nunca ocurre.

—Pídele prestado a alguien.

—¿A quién?

—Pues a don Héctor.

Herminia sintió de pronto un nudo en la garganta. Estaba avergonzada.

—No me parece.

—Mamá, a él le encanta decir que tiene dinero.

Aquella noche Herminia no pudo dormir. Seguro que don Héctor le prestaba el dinero, pero tenía miedo de lo que podría pasar después. Aunque, mirándolo bien, no tenía por qué pasar nada. Ella le devolvería el dinero poco a poco. Tal vez ahora que Victoria terminaba el colegio podría conseguir un empleo. Cada vez que el apremio llegaba a un extremo, pensaba en atender el problema sin preocuparse del futuro. Era la única manera en que habitualmente lograba afrontar las cosas. Así lo hizo en el pasado y había tenido suerte.

En la mañana siguiente se levantó de madrugada y fue a primera hora a la bodega. No se sentía nerviosa porque no le parecía humillante hacer el pedido. Después de todo el hombre tenía dinero y seguro solía prestar a sus amigos. Don Héctor se acercó amablemente a ella. Herminia le explicó lo del abogado. Tal vez él tuviera algún conocido, alguien que pudiese ayudarla. Don Héctor se quedó pensativo.

—Puede ser —le contestó.

—Le estaré muy agradecida —dijo ella.

—Me gustaría que Victoria me lo agradeciera alguna vez.

Herminia se sintió de pronto ofendida.

—Esto sólo se lo pido por amistad.

— Claro —dijo él—, pero yo estoy enamorado de su hija.

No le gustó la cara que puso el tendero. La miraba de reojo. ¿Qué pretendía aquel hombre? Aquello le pareció una vejación.

—Esto es un chantaje —dijo ella con el rostro enrojecido.

Don Héctor movió la cabeza de un lado al otro.

—No piense mal, doña Herminia.

—He venido por una ayuda. Si algún día estuviera usted enfermo y no tuviera quién lo cuidara, nosotras podríamos auxiliarlo. Así es la amistad, la gente se apoya.

—Piénselo, doña Herminia. Le repito, no soy hombre de malas intenciones.

No contestó porque estaba furiosa. Salió rápidamente del negocio pensando que había cometido un tremendo error. Era como todos los hombres. Un interesado. Había estado cortejando a su hija con unas miserables latas de comida. Y lo peor de todo es que Herminia se había prestado a ello. Podía ser su abuelo. ¿Por qué un hombre tan mayor buscaba una mujer tan joven? Aquello a ella le parecía una conducta vergonzosa. Que Victoria le agradeciera sólo podía significar un arreglo amoroso de consecuencias impredecibles. Él no había hablado de matrimonio en ningún momento. Y eso estaba muy claro. La cabeza le daba vueltas. Tal vez su primo podría prestarle dinero. Pero recordó amargamente que una vez que recurrió a él, éste le contestó enfadado que sería la última oportunidad. Ella se había mordido los labios y recibió los billetes sin poder levantar la vista. No hubo generosidad ni compasión en aquel hombre.

Al llegar a la casa se encontró con Victoria recostada en el sofá de la sala leyendo unas revistas.

—Ya has terminado el colegio —le dijo—, hace dos meses que te he pedido que hables con la señora de la costura. Me dijo que si la ayudabas te podías ganar algo de dinero.

—No quiero ser una costurera.

—Tampoco has buscado una academia para estudiar.

—¿Tienes dinero para la matrícula?

Herminia se sintió desalentada.

—Puedes entrar a trabajar como auxiliar en el colegio. Sólo por unos meses, hasta que podamos pagarle al abogado.

—¿No te ha prestado don Héctor?

Negó con la cabeza. ¿Qué iba a hacer con esa muchacha? El día que las arrojaran a la calle, con todos los muebles sobre la

acera, recién se daría cuenta de la situación. Entró a la cocina y se puso a preparar algo de comida. Cuando veía esas imágenes por televisión, a la gente desahuciada llorando sobre las pertenencias en medio de la calle, muchas veces se había imaginado que terminaría así. Y ahora esa profecía se iba a cumplir. ¿Cómo dar la cara después? ¿Qué comentarían los alumnos o sus colegas? Tendría que irse a un asentamiento humano, en las afueras de la ciudad, en una choza cubierta por esteras. Mucha gente vivía así, sin agua ni luz eléctrica. También había pensado en ello. Ella sabía de colegas que habían empezado a construir así sus viviendas, pero era muy duro. Tenían que estar muchos meses en la mayor precariedad. Y en esas zonas habían delincuentes que robaban los enseres de la gente. También había violaciones y homicidios. ¿Qué diría su padre si viviese? Él también había sido maestro y su sueldo les había alcanzado para vivir cómodamente. Así ella había podido estudiar en la universidad. Entonces pensaba que también podría vivir igual que lo habían hecho sus padres, pero las cosas cambiaron mucho en el transcurso de los años. Escuchó que su hija bajaba las escaleras y se dirigió a la sala. Se había puesto una chompa escotada en el busto y un pantalón ajustado.

—Te he dicho que no te vistas así —le dijo ella.

—¿Por qué?

—No me gusta. Además eres muy chica para maquillarte tanto.

Victoria hizo un gesto de fastidio.

—¿Adónde vas a éstas horas?

Su hija bajó el tono de voz.

—A visitar a don Héctor. Estoy segura de que él nos puede prestar dinero.

Salió y cerró la puerta de la calle.

Homenaje

Tomé, rodeado de sus hombres sentados alrededor del fuego, escuchaba el crepitar de los troncos secos sobre los cuales todavía humeaban las pieles y los jirones de carne de los hombres vestidos como mujer. Ellos habían llegado tocando flautas y portando una piedra de oro en donde dijeron que estaba la sangre del Altísimo. Desembarcaron de tres canoas envueltos en trajes largos y oscuros atados con cordones. Les enseñaron la verdad del infierno y la condena, prometiéndoles la salvación eterna a través del bautizo. Les advirtieron que el camino sería prolongado y difícil. Un tiempo de preparación en la doctrina cristiana y participación en los ritos. Sólo los moribundos fueron afortunados al alcanzar, tempranamente, la salvación del averno. A los otros les quedó el mérito y la espera. Los hombres obedecieron a los recién llegados. Les proporcionaron frutas y pescado. Construyeron sus cabañas. Los guiaron en recorridos aledaños. Les sirvieron del agua pura de la montaña y les ofrecieron carnes asadas. Con las mismas hachas que recibieron como obsequio, los mataron. Ahora ya estaban muertos. Como muerto su Dios de oro, porque nada era tan sabio y generoso como el Gran Asarobeni, el creador de la serpiente y el río, sin infierno, sin cielo y sin condena, en el bienestar de la eternidad.

Dime sí

Cuando la vendedora de la tienda vio a la mujer salir a la calle vestida con una blusa que no había pagado, corrió hacia la puerta de salida, pero por alguna extraña razón no hizo nada para detenerla. Tal vez fue intimidada por la gente que cruzaba la acera, o quizá no sabía exactamente qué hacer. Si gritar o llamar al vigilante de seguridad del establecimiento. Esa noche la reprendieron y tuvo que pagar de su sueldo el precio de la prenda. Cuando regresó a su domicilio, todavía seguía confundida por lo que había ocurrido en su primera semana de trabajo. La mujer que huyó con la blusa se introdujo a un automóvil rumbo a su casa. Ella sabía perfectamente lo que había hecho, y no tenía el menor remordimiento. Aquella tarde tuvo el súbito impulso de cometer un acto temerario que la sacudiera de la rutina. Consideraba que su vida era aburrida. Estaba cansada de salir con sus amigas al cine y luego tomar un invariable trago en un lugar conocido y monótono.

Pero también sabía que lo que la hacía languidecer era una funesta soledad. Sus amigas hablaban de los novios, los maridos, o de lo solas que se sentían por no tenerlos. Una vez una de ellas dijo que ya no había hombres disponibles en la ciudad. La mayoría de las amigas tenía treinta años, y decían que los hombres apropiados de acuerdo a edad, ya estaban casados y tenían hijos. O eran divorciados o viudos, y en esos casos siempre existía la posibilidad de un trauma encubierto que aparecería en cualquier momento. O hijos insoportables, o un pasado desdichado, o una

historia de infidelidad. Cuando la charla llegaba a éste punto, las voces se apagaban, y un clima de tristeza las invadía.

Había tenido varias parejas, pero ni se había casado ni había tenido hijos. Como ya llegaba a los treinta y dos años, suponía que si no se apuraba, las posibilidades de encontrar un novio adecuado se volvían cada vez más lejanas. Se sentía defraudada. Cuatro años habían pasado desde que terminó con su último acompañante. Pensaba todo aquello en lo más íntimo de sí misma, aunque exteriormente no lo manifestara. Cada vez valoraba más su trabajo, como relacionista pública en una empresa de publicidad, pero aquello resultaba insuficiente. Consideraba que el trabajo, la familia o las amigas no tenían la misma importancia que una pareja.

A veces tenía ráfagas de mal humor y sus padres decían que su carácter se estaba agriando. Tenía dos hermanas casadas, con hijos, y los sobrinos ya la llamaban tía, y aquello le desagradaba. Le gustaba tomar vino en las veladas familiares, lo que hacía que su madre la observara con desconfianza porque pensaba que una mujer soltera que bebía por placer podía inclinarse hacia una peligrosa curva de conducta que terminaría en el desorden. Existía el antecedente de una tía soltera que se volvió alcohólica, y el recuerdo de sus últimos días en un hospital aparecía con cierta frecuencia en las pláticas familiares. Las salidas nocturnas de los fines de semana que se prolongaban hasta la madrugada, también despertaban sospechas. Pero ella tenía la certeza de que la mayoría de las fantasías de sus hermanas y padres desaparecería el día en que conocieran al novio oficial.

Una noche quedó en encontrarse con una amiga en el café Haití en Miraflores. Hacía calor, era verano, y le provocó sentarse en las mesitas exteriores al lado de la calle. Pidió una copa de vino y la tomó. Como su amiga no llegaba, pidió otra y también la tomó. Estaba ensimismada en la espera, cuando vio llegar a un grupo de gente en animada conversación. Eran sus hermanas con

sus esposos y unos amigos. Reparó soslayadamente que la miraban con compasión. Los ojos iban desde las copas vacías hasta ella y viceversa. Además era sábado por la noche, y podían suponer que ella estaba sola y que estaría sola en las horas siguientes. Después de saludarla, el grupo se sentó en una mesa no muy lejana. Sintió las miradas clavadas en su espalda y tuvo deseos que su amiga llegase cuanto antes a la cita. Pero aquello no ocurría, así que tuvo que pagar la cuenta y marcharse. En el camino de regreso a su casa, reflexionó sobre lo absurdo de la situación en que se veía prisionera. Sentarse sola a tomar vino un sábado por la noche en un lugar céntrico despertaba algunas interrogantes y comentarios. Casi los podía escuchar. Qué sola está. ¿Por qué tomará tanto? Pobre, pasar así un sábado por la noche. Es que ha tenido mala suerte. Y a continuación comenzarían los relatos sobre sus antiguas parejas, sus defectos, y claro, también se mencionarían los problemas de carácter que ella tenía. Alguna voz bondadosa sugeriría buscar un novio, y se entretendrían un breve período de tiempo eligiendo al candidato, y luego se olvidarían y pasarían a otro tema de plática.

Le gustaba el cine, y en ocasiones había ido a ver alguna película por la tarde. Había abandonado los horarios nocturnos porque temía encontrarse con conocidos. Veía a hombres solos eventualmente, pero muy rara vez vio a una mujer solitaria entre las butacas. Alguna vez pensó en irse del país a cualquier otra ciudad en donde no fuera extraño ver a una mujer sola en un cine los sábados por la noche. Pero no tenía ahorros para hacerlo y sus motivaciones no eran muy sólidas.

Aquella noche cuando llegó a su casa, no tenía sueño. Estuvo leyendo algunas revistas en inglés y encontró algo que le llamó la atención. Una página de correo del corazón. Los subscriptores eran de diferentes ocupaciones y edades. Algunos querían correspondencia con extranjeras, e incluso señalaban las nacionalidades posibles. Entre todos los propuestos, seleccionó tres que le pa-

recieron convenientes. Inmediatamente escribió una carta en inglés bastante escueta y tratando de ser lo más cautelosa posible en la información que brindaba.

Al otro día envió copias a las direcciones indicadas. Sospechaba que había hecho algo desatinado, pero en los días siguientes comenzó a entusiasmarse. Había escuchado historias de muy diversa índole sobre aquellos asuntos amorosos establecidos por carta. Desde trata de blancas hasta posibles psicópatas que buscaban mujeres con dinero para asesinarlas. Pero también conocía de uno que otro caso que había tenido un final feliz. El último que recordaba era el de una muchacha que se había carteado con un sueco interesado en coleccionar estampillas de todo el mundo. Un día el sueco llegó a Lima, conoció a la mujer con la que mantenía correspondencia, la invitó a Estocolmo, y ahora vivían casados con tres hijos en alguna ciudad de Europa. Aunque la historia había despertado ciertas interpretaciones escépticas entre sus amigas, algunas no dejaron de manifestar un encendido interés. Pero nunca se habló entre ellas si es que se habían atrevido a iniciar una correspondencia de tal naturaleza. Estaba segura, además, que sus amigas se burlarían apenas les contase el hecho, así que guardó el secreto.

A las pocas semanas recibió dos respuestas. Una de ellas era de un ingeniero de Boston, de cuarenta años, divorciado, dos hijos, con un empleo estable en una empresa envasadora de alimentos, al que le gustaba bailar, pescar, cazar y los deportes de aventura. Afirmaba que estaba buscando una esposa y deseaba tener una familia. El segundo era un hombre de cincuenta años, divorciado, sin hijos, que laboraba en una empresa de transportes, viajaba mucho por USA, le gustaba la música, el cine y conocía algunos países de América Latina. Señalaba que estaba interesado en cultivar una buena amistad básicamente.

Entre los dos, evaluó que el primero tenía pretensiones poco mesuradas. Además a ella no le gustaba ni pescar, ni cazar, ni los

deportes de aventura. Sobre el segundo, le llamó la atención que a los cincuenta años no hubiera tenido hijos, pero luego supuso que los hombres no tenían una idea de la paternidad tan concreta como lo era la maternidad para las mujeres. Le pareció, además, sensible, y su lenguaje parecía ser más educado que el primero. Contestó la carta del segundo y se explayó sobre sí misma. Relató la historia de su familia, sus actividades cotidianas, algunas reflexiones sobre la vida, el futuro, y agregó algo sobre sus habilidades personales como cocinar y el confeccionarse ella misma su ropa. Tuvo especial cuidado en no mencionar la palabra matrimonio por ningún lugar.

En el transcurso de las semanas siguientes, la correspondencia se hizo regular. Recibía una carta semanal y contestaba inmediatamente. El norteamericano desde las primeras cartas, le explicó que había llegado a una etapa de su vida en que sentía que había trabajado demasiado por acumular dinero, y ahora no lo disfrutaba. Deseaba volver a recuperar el gusto por aquellas actividades que hacían felices a los otros, como viajar, conocer gente, descansar en una cabaña en la montaña o recorrer una ciudad desconocida. Lamentaba haberse dado cuenta de esto bastante tarde, y añadía que si se hubiera casado un tiempo atrás, no se hubiera divorciado. Tenía algunas propiedades que había comprado con mucho esfuerzo porque su familia era de origen humilde, y en la actualidad estaba constituyendo una gran empresa semejante a aquella en la que había trabajado gran parte de los últimos años. Pero ya no quería organizar su existencia en función del trabajo, y el deseo de conocer gente distinta lo había llevado a inscribirse en el correo de la revista en cuestión. Le avergonzaba un poco haber tenido que recurrir a este medio, pero le divertía saber que a ella le había pasado lo mismo.

Creyó distinguir entre líneas que la soledad de él era una falta de afecto que se hacía evidente a cierta edad. Quizá se trataba de esos hombres que viven libremente durante mucho tiempo, hasta

que llega el momento en que desean descansar, tener una casa y una familia acogedora. Había escuchado muchas veces que la sociedad norteamericana era violenta y la gente vivía con mucho estrés. Además ella conocía a empresarios que después de una larga soltería empedernida terminaban añorando el hogar de la infancia. Ella estaba en circunstancias algo parecidas, así que le pareció que ambos se complementaban.

En todo aquel tiempo, él la había llamado numerosas veces por teléfono. Su voz era cálida y afectuosa y las conversaciones prolongadas estaban envueltas en una tenue atmósfera erótica. Su madre y sus hermanas no tardaron en identificar las llamadas misteriosas del extranjero. Aunque fue discreta desde el inicio, la impaciencia que demostraba ante cada timbre telefónico de larga distancia, y la correspondencia ininterrumpida, comenzaron a despertar conjeturas en la familia. Se barajaron ciertos comentarios sobre el peligro de salir con hombres desconocidos, sobre la facilidad con la que muchas personas mentían acerca de su vida, sobre las sorpresas que aguardaban a mujeres ingenuas. Estuvo entonces alerta respondiendo a cada frase malintencionada y aquello, lejos de desanimarla, la dotaba de renovado vigor para reiterar sus expectativas.

En el transcurso del intercambio postal, el tono de ambos se fue haciendo cada vez más íntimo. Se contaron sus respectivas historias afectivas, sus ilusiones y las decepciones de sus vidas. Aunque no hablaron del futuro, era implícito que el primer encuentro sería tal vez determinante. Seguían hablando de una buena amistad, del mutuo interés, del deseo de por fin conocerse, pero de ahí no pasaba ninguno de los dos. Ella hubiera preferido que él fuese más decidido, pero luego se alegraba de verlo tan prudente y cuidadoso.

A lo largo de aquellas semanas había ido meditando sobre los riesgos a los que podía estar expuesta comprometiéndose en una relación a larga distancia. Pero la tranquilizaba el hecho de que él

parecía muy sencillo y natural en sus hábitos cotidianos, y le daba confianza el ver que la conversación entre ambos fluía espontáneamente. También había cavilado sobre las dificultades del idioma —él nunca le había escrito en español—, de las diferentes culturas, de la decisión que tendrían que tomar alguna vez sobre si vivirían en EEUU o en Lima, si él se acostumbraría a ella, si congeniarían. Aunque nunca había vivido con nadie, había pasado alguna semana de vacaciones con sus novios, y opinaba que en la intimidad era donde mejor se conocían las personas.

Sus amigas notaron en ella una conducta inexplicablemente reservada, y sin necesidad de insistir mucho lograron que les contara la historia. Las opiniones fueron encontradas, desde algunas que consideraban el asunto como una locura, hasta otras, la mayoría, que apostaban porque el vínculo evolucionaría felizmente. Leyeron la correspondencia y vieron las fotos. Poco a poco llegaron a la conclusión de que cuando el amor llegaba, no debía ser despreciado. Consideraban que ese empeño que él había demostrado de mantener una correspondencia sistemática no podía ser gratuito. Un hombre de esa edad no perdía tiempo tan fácilmente. Una amiga contó que la secretaria de la empresa donde trabajaba había conocido a su esposo, de nacionalidad mexicana, a través de un sistema de correspondencia. Después de un breve noviazgo de tres meses habían terminado casándose profundamente enamorados. Él era un buen hombre y ganaba mucho dinero. Entonces algunas señalaron que el desarrollo de los acontecimientos podía ser exitoso, e insinuaron que tal vez el candidato elegido tendría otros amigos que pudieran conocer. Les gustó la idea de que ella fuera a residir a EEUU, pues así podrían ir a visitarla de vez en cuando. Le reprocharon que no hubiera averiguado cómo era la casa de él, y afirmaban que en las pequeñas ciudades norteamericanas las casas eran grandes, tenían sótano y desván, y tal vez piscina. A todas les preocupaba el problema del sida y también la importancia de descartar una vida sexual promiscua. Ella creyó notar cierta envidia en algunos comentarios, y aseguró que era más precavida de lo que se pudiera imaginar.

Tomó la decisión de ir a EEUU a conocerlo. Había madurado la idea de viajar a Miami, comprar ropa de ocasión y luego hacer negocio con ella en Lima. De paso, ambos se encontrarían y podrían pasear y hacer planes para su corta estadía. Se sometió a una rigurosa dieta y se cortó el cabello. Solicitó un préstamo de dinero al banco para devolverlo en mensualidades, hizo una lista de mercadería que pudiera comprar a buenos precios, y adquirió un buen juego de maletas de cuero. Se despidió de su familia sin explicar las razones del viaje, aunque supuso que ellos las presentían.

El avión salía por la noche, así que la acompañaron al aeropuerto su cuñado y su hermana, y aunque no se habló explícitamente del cortejante, en la despedida hubo risas y bromas sobre los noviazgos sorpresivos. Durante el vuelo estuvo releyendo las cartas y contemplando las fotos. En una de ellas, él estaba con una gorrita blanca vestido con ropa de tenis. Sin ser guapo, tenía el rostro delgado y una nariz larga y fina que le daba cierta apariencia de fragilidad y ternura. Ella no dejaba de pensar, sin embargo, que debía ser prudente en su conducta, y estar dispuesta a desaparecer ante el menor signo extraño que descubriera en él. Sin embargo, aquella posibilidad la sentía muy alejada, porque tal había sido el nivel de comunicación entre ambos, que creía conocerlo, si no bien, por lo menos lo suficiente como para confiar mínimamente en su sensatez. Él le había hablado de unos amigos que vivían en Miami a quien quería que visitaran juntos, así como también de algunos familiares, en cuya casa podrían hospedarse.

El avión aterrizó en medio de un pesado aguacero que produjo fuertes turbulencias. Aunque era la primera vez que ella iba a Miami, sus amigas le habían informado al detalle cómo tenía que desplazarse y qué trámites debía realizar. Apenas descendió hacia

los pasillos de espera del aeropuerto, distinguió la masa de gente que esperaba a los viajeros. Era imposible que ella lo reconociera en aquel tumulto, y era más fácil que él ya la hubiese ubicado. Ella le había dicho, además, que llevaría puesto un saco verde y unos pantalones azules. Para mayor seguridad, llevaba un pañuelo de colores en el bolsillo, señal distintiva que ambos habían acordado. Terminó de recoger su equipaje y pasar por los vistas de aduana, y se dirigió hacia el gentío que se distribuía entre los pasajeros.

Al cabo de una hora ya había paseado por los pasillos y las inmediaciones, y no lo encontraba. Esperó sentada al lado de sus maletas otra hora más y acudió a informaciones. Temía que él hubiera confundido los horarios de los vuelos. La azafata verificó los arribos y las llegadas programadas de los aviones, y comprobó que la mayoría habían aterrizado puntualmente, así que las posibilidades de equivocación eran remotas. Cuando ya habían pasado tres horas, decidió llamar al teléfono que él le había dado de la ciudad de Miami. Le contestó una voz soñolienta como llamada equivocada. Llamó también a Oklahoma, pero nadie respondió. Cansada por los ajetreos y emociones de las últimas veinticuatro horas, acudió a sentarse a un snack del aeropuerto. Pidió una copa de vino y se la tomó. A la cuarta copa notó, en medio de la algarabía de niños que correteaban entre las mesas, a un par de ancianas que la miraban con curiosidad. Intuyó entonces, con luminosa claridad, que la historia recién estaba comenzando.

Kentoripayeni

Los dos hombres se encontraron por la noche junto al río. Los dos estaban macilentos y cansados. Uno había perdido seis hombres en sesenta días de viaje al interior del monte buscando oro. El otro estaba herido en las piernas y había extraviado sus flechas y lanzas cazando animales al fondo de una quebrada. Al primero le quedaban un machete y un cuchillo. Al segundo, varias pavas de monte, enormes como tigrillos, que ahora asaba al fuego.

—Dame una de tus armas y te daré las pavas —dijo el herido.

El otro hombre se alejó sin contestar. Nada del salvaje le interesaba.

—No puedo morir sin luchar —suplicó el primero.

El hombre sabía de la maldición de la muerte sin descanso para el guerrero que se entrega. Pero ya no se volvió y siguió su ruta.

El herido abrió las pavas, las despellejó y comió las carnes. Colocó los buches a un costado. Cuando terminó, abrió los buches de los animales. Vio las pepas de oro, relucientes y grandes. Como no le servían, las arrojó al río.

Las chicas de la yogurtería

—En esta ciudad no se puede ser alegre y bonita —rezongó Lucha— porque la gente murmura.

La mujer pareció no entenderla.

—Olvídelo, estaba pensando en voz alta —continuó.

—¿Usted la conoce? —preguntó la mujer.

—Bueno, la he visto en la yogurtería.

—Ah, Luchita, mejor no se junte con ella —afirmó sentenciosa la mujer, que era una empleada de la municipalidad muy habladora y conocedora de los chismes de la localidad. Le gustaba comentárselos a Lucha cada vez que la veía. Lucha sonrió débilmente y se despidió. La mujer le hacía perder tiempo.

Desde que llegó a Ayacucho, hizo algunas amistades sin mucho esfuerzo. Tenía cinco meses en la ciudad y ya era conocida como administradora de un proyecto de desarrollo rural. Se había presentado ante las autoridades locales con las que tenía que coordinar por razones de trabajo: profesores de la universidad, directores de instituciones afines, y hasta con el obispo auxiliar. El proyecto era de cierta envergadura, y le habían aconsejado en Lima que estableciera buenas relaciones con el gobierno regional.

Un día, a las pocas semanas de su arribo, se encontró con una antigua conocida, una psicóloga que, le explicó, vivía hacía un año en Ayacucho. Era originaria del lugar, y, como ella, desde que la zona se estaba pacificando muchos habían regresado a establecerse de nuevo. El turismo se había incrementado, se abrían nuevos negocios y hostales.

—Mi marido ha puesto un restaurante en la Cámara de Comercio ¿Por qué no vienes? —le propuso la mujer.

Le daba pereza cocinar todos los días y se acostumbró a ir a almorzar al local de la Cámara de Comercio. Como el lugar estaba regularmente vacío a partir de las dos de la tarde, entonces ella se compraba el periódico e iba a comer tranquilamente. Por las tardes, cuando estaba libre, daba una vuelta por la ciudad. Luego hacía un paseo por las inmediaciones de la plaza central, tratando de conocer las tiendas, las farmacias y los restaurantes. Así fue que encontró un pequeño comercio donde se expedían productos lácteos y hierbas naturales, pero la especialidad de la casa era un yogurt natural que se preparaba con plantas aromáticas, a pedido de los clientes. La dueña, una mujer de unos treinta años, que atendía detrás del mostrador, tenía el cabello largo y ondulado teñido de rubio. Era de facciones finas, piel sonrosada y ojos sombreados con lápiz delineador de color negro, que le daban una apariencia oriental. Desde el principio fue muy amable.

—Tú no eres de aquí —le dijo con convicción. Lucha se presentó como estaba habituada a hacerlo. Pensaba que en una ciudad donde la mayor parte de gente se conocía, una debía ser cordial.

Se llamaba Charito y conocía bastante de productos naturales. Le habló del germen de trigo y le mostró con orgullo una colección de infusiones medicinales de las que se vendían en el mercado.

—La diferencia, es que yo selecciono las mejores hierbas —le explicó Charito—, y si no conoces su uso, es mejor que compres los productos ya escogidos.

Hablaron de dietas y de cómo conservar mejor la piel en el clima serrano. Lucha era de la costa, y tenía los labios y el cutis resecos. En ocasiones había sufrido de gastritis y reacciones alérgicas de causa desconocida.

—Lo mejor para tu estómago es el ajenjo —y le alcanzó una

bolsa de hojas secas—. Lo preparas en infusión y tomas unas dos tazas diarias.

Lucha agradeció.

—Si lo mezclas con cáscaras de naranja, es bueno para el mal aliento —añadió Charito con picardía.

Desde entonces, Lucha se convirtió en una compradora asidua. El yogurt natural era la único que tomaba durante el día cuando tenía apetito. La comida serrana le producía gases y la digestión se le hacía pesada.

Cuando caminaba por las calles, la gente la saludaba. Ella a veces no recordaba bien los rostros o los nombres, pero siempre respondía con una sonrisa. Poco a poco la fueron invitando a fiestas y reuniones. Conoció a músicos notables y participó en festejos y pachamancas. Alquiló una pequeña casita en Dos de Mayo, una calle colonial que serpenteaba cerca del río. Tenía un alto portón de madera, un pequeño jardín sembrado con jacarandás, tunas, girasoles y retamas. A veces llegaban bandadas de palomas que se posaban en los techos vecinos. Ella les dejaba pedacitos de pan que los animales picoteaban sin ninguna timidez. Como se sentía un poco sola, compró un televisor pequeño que mantenía generalmente encendido para escuchar el noticiero nocturno.

En la sala de entrada habilitó una oficina para recibir a la gente del trabajo. Colocó algunos taburetes sobre los cuales distribuyó publicaciones y documentos que el público podía consultar. Instaló un teléfono en el dormitorio y amplió las conexiones de luz. Cuando necesitaba a un carpintero o gasfitero, consultaba a los conocidos con los que se encontraba en las calles. No había agua todo el día, así que a partir de las once de la mañana juntaba el líquido en grandes recipientes para poder lavar y asearse. Ese era un problema antiguo de la ciudad. La gente decía que la población aumentaba tanto, que ya las cañerías no se abastecerían hasta que inauguraran una nueva central de irrigación que era el sueño de toda la región.

A veces se aburría, así que adquirió una bicicleta y por las tardes se dedicó a pasear a lo largo de la calle. Se ponía unas mallas de gimnasia y hacía invariablemente el mismo recorrido. Bajaba por la avenida hasta el río y volvía remontando la pendiente. Notó que al atardecer un grupo de vecinos solía sentarse en la vereda y conversar hasta caer la noche. Bebían cerveza y la miraban pasar. Uno de ellos, de unos cincuenta años, con nariz prominente y piel enrojecida, la contemplaba fijamente cada vez que ella regresaba exhausta de su recorrido.

—Qué rica hembrita, mueve tu culito —le decía cuando pasaba.

Lucha le devolvía una mirada furiosa.

—Muévete, muévete —le contestaba el tipo.

Los otros tipos se reían y Lucha trataba de evitarlos, pero se sentaban muy cerca de su portón y era imposible.

—¿No quieres chupármela? —le dijo un día el tipo.

Lucha se le acercó.

—¡Huevón! ¡Cállate! —le contestó.

El hombre se puso rígido.

—¡Déjala! ¡Déjala! —le gritaron los otros. Uno le cogió el brazo y lo jaló hacia ellos.

—Puta de mierda —masculló el hombre.

Desde entonces, Lucha redujo sus horas de deporte. Supo que el tipo vivía en la casa de al lado. No había reparado antes en él, pero ahora lo veía con frecuencia en la bodega y en el horno donde compraba el pan. El hombre parecía mirarla con rabia. Lucha dejó de saludar indistintamente a los vecinos, porque ya no sabía cuáles eran los groseros que podían tener amistad con aquél. Cuando lo veía, evitaba su rostro, y lo esquivaba cuando lo cruzaba por la calle.

Para entretenerse, acudía a la biblioteca de la universidad. Ahí se encontró con un profesor que era bastante gentil y tenía cierta autoridad fundada en sus largos años de docencia. Inter-

cambiaron libros y luego se encontraron en algunas reuniones. Conoció a su esposa, una mujer joven y pálida que la saludaba con cortesía. Una vez el profesor le prometió un libro que supuso sería muy útil para Lucha. Ella lo fue a buscar varias veces a su oficina, pero no lo encontró. Una noche, el profesor tocó la puerta de su casa. Ella lo recibió con alegría y lo hizo pasar a la sala. El hombre parecía algo nervioso. Lucha no supo qué hacer y le invitó un café.

—Te has acostumbrado bastante bien —le dijo él.

—Más o menos —contestó ella—. La falta de agua me molesta. Es penoso tener que recolectarla todos los días.

A Lucha le complacía tener relación con la gente de la universidad. Sentía que podía conversar de las reflexiones que le suscitaba su trabajo, las noticias locales y los libros que leía. La principal forma de enterarse de lo que pasaba en la ciudad era intercambiando opiniones con ellos. Ya que no había un periódico regional, la radio y los encuentros personales eran una forma de estar informada.

—¿Y qué te parecemos los ayacuchanos?

—Oh, han sido muy hospitalarios conmigo. Lo único que no me gusta es que beben mucho en las reuniones y si una no quiere hacerlo, se molestan. Lo toman como una afrenta.

—Ah, eso es en toda la sierra —exclamó él—. El campesino bebe en sus fiestas patronales durante días. Todos, hombres y mujeres, hasta perder el sentido.

—Sí, ya lo sé, pero es excesivo.

—Es un pretexto para poder llorar —comentó él— sin tener vergüenza.

Y a continuación contempló el techo alto de la sala.

—Esta casa es muy antigua, tiene techos de bóveda —señaló—.

—Es muy fresca cuando hace calor.

—¿Puedo ver la casa? —inquirió él.

—Sí, claro —respondió ella.

Él se levantó y se dirigió hacia la cocina, que daba al patio.

—Bonita casa —dijo y luego se acercó hacia el cuarto que estaba al lado de la sala. Era el dormitorio de Lucha.

—Tienes una cama matrimonial —le dijo.

Y la miró con curiosidad. Lucha se sintió incómoda.

—¿No tienes frío? —le dijo él y trató de rodearle los hombros. Lucha se apartó rápidamente.

—No —contestó irritada.

—Es una cama muy grande para ti —respondió él, tratando de abrazarla de nuevo.

Lucha salió inmediatamente del dormitorio.

—Ya es muy tarde —le dijo—, es mejor que te vayas.

El hombre salió detrás de ella y se puso la casaca que había dejado sobre la silla del comedor.

—Anda a buscarme a la universidad cuando quieras —le dijo mientras Lucha le abría la puerta.

Lo despidió de un portazo. Estúpido, pensó. ¿Qué se ha creído ese cirio? Se preparó un mate de coca y antes de acostarse puso el cerrojo en todas las puertas.

La época de lluvias había llegado y el clima se volvió húmedo. Por las mañanas tenía congestión nasal y comenzó a toser en forma intermitente. Se encontró con Charito que conversaba con dos amigas en uno de los portales de la plaza.

—Yo creo que debes tomar canchalagua —le recetó Charito—. Además de ser buena para el resfriado, facilita la digestión y la puedes tomar con limón como refresco.

La presentó a sus acompañantes. Eran dos chicas altas, algo gorditas, no pasaban de treinta años y eran bastante guapas. Llevaban el cabello largo, ondulado y suelto sobre los hombros.

—Son mis amigas —le dijo Charito—; cuando quieras, podemos hacer footing hasta el aeropuerto los domingos por la mañana.

Era una costumbre en la ciudad correr a lo largo de la carretera los fines de semana desde horas muy tempranas. El camino hacia el aeropuerto era la distancia preferida por los deportistas. Jóvenes y adultos de ambos sexos enfundados en buzos de colores practicaban el deporte todos los domingos. Lucha aceptó la invitación, pero no quedaron en nada concreto. Caminó hacia el mercado a comprar algunos quesos de cabra para enviar a Lima. En la calle distinguió al mayor de policía, un hombre canoso y fortachón que era muy conocido entre los ayacuchanos. Cruzaron algunas palabras de simpatía. Lucha le estaba agradecida porque siempre le resolvía algunos problemas que no faltaban en el trabajo, como los permisos que a veces tenía que recabar para que los promotores del proyecto pudiesen viajar a la zona de la selva ayacuchana con algunos productos, como el kerosene, que estaban restringidos por la presencia del narcotráfico en la región.

—Te he visto conversando en la plaza —le dijo el mayor.

—Ah, sí, con Charito y sus amigas.

—No es una buena compañía, Luchita —le contestó.

—¿Por qué? —inquirió sorprendida.

—Yo sé lo que te digo, Luchita —insistió el mayor.

—¿Pero no era tu amiga? Yo también te he visto conversando con ella.

—Por eso mismo, Luchita, yo la conozco —respondió él moviendo la cabeza con cierto tono de censura.

Lucha se quedó callada. Se despidió de él y continuó caminando. Sintió que le invadía la cólera. ¿Y ahora de qué se trata? Es porque son bonitas, y si son alegres, peor, se dijo. Estuvo reflexionando en ello los días siguientes, y rememoró algunas escenas. Recordaba haber visto a las chicas en la yogurtería en las tardes, platicando entretenidamente con algunos parroquianos a la hora en que la gente salía a pasear por la plaza. Era un trío que no dejaba de ser llamativo en la esquina de la tienda.

Aquella semana llovió intensamente, y el muro de adobes que

rodeaba parte del patio interior de su casa se desplomó con la lluvia torrencial. Tuvo que hablar con la dueña y contratar a un par de albañiles para que le reconstruyeran la pared. Una noche en que se encontraba cocinando, descubrió que se habían robado la ropa colgada en el cordel.

Asustada y provista de una linterna, revisó sus pertenencias y vio que además se habían llevado varias cajas con medicinas y alimentos. Como todavía no estaba terminada la pared derruida, tuvo miedo. Se dio cuenta de que era muy fácil introducirse a la casa desde la calle. Llamó a la policía.

Cuando llegaron los gendarmes recorrieron las calles laterales y los vecinos se alarmaron. Lucha les contó que le habían robado. Uno de los muchachos vecinos se ofreció a subirse a los techos a revisar si había huecos. Era el hijo del hombre grosero que le hacía comentarios vulgares cuando ella paseaba en bicicleta. Al poco tiempo llegó el tipo furioso.

—Esa mujer es una loca —les gritó a los policías señalando a Lucha—, se ha peleado con todos los vecinos.

Y llamó a su hijo dando alaridos.

—Oiga, ¡déjelo! —protestó Lucha— él me está ayudando.

El hombre cogió del brazo a su hijo y lo arrastró dándole empellones hacia su casa. Los policías tranquilizaron a Lucha.

—Ese tipo es un malcriado —les dijo indignada—, es un descarado.

Una vecina le explicó confidencialmente a Lucha que ese hombre era un antiguo policía que había sido dado de baja por comportamiento violento. Le pegaba a su mujer y a sus hijos y era un borracho. Lucha se despidió de todos y se encerró en su casa. Inspeccionó los seguros de las puertas y ventanas y decidió comprarse candados grandes para instalarlos al día siguiente. La imagen del tipo exaltado alardeando en medio de la calle le molestó. Resolvió tener más cuidado. Los vecinos no eran todos de fiar.

Al día siguiente al atardecer, cuando regresaba de hacer las

compras de la semana, vio a un grupo de chicos jugando en la acera de su casa. Entre ellos distinguió al hijo del vecino, el muchacho que había intentado ayudarla la noche anterior.

—Por culpa de ésa, mi papá me ha roto el poto anoche —exclamó el chico con rabia y le dirigió una mirada cargada de violencia. Los otros la miraron también. Lucha se sintió desnudada. Ingresó inmediatamente a la casa y cerró con fuerza el portón.

Tenía una reunión por la noche y pensó que le convenía salir para despejarse un poco. Casi no había podido trabajar en la oficina apurando a los albañiles para que terminaran la construcción y buscando a un cerrajero. Aunque era día de semana y prefería acostarse temprano, tenía cierta aprehensión y temía no poder dormir. Se preparó una infusión de azahar muy cargada y se fue a la fiesta. Era un grupito pequeño, gente que trabajaba en algunas instituciones que conocía y había también algunos desconocidos. A media noche todos danzaban huaynos y uno de los invitados la sacó a bailar.

—¿Qué hace una mujer solita en Ayacucho? —le preguntó mientras bailaban.

—¿Me conoces de algún sitio? —respondió inquieta.

—Aquí todos nos conocemos —contestó él desdeñosamente.

Alguien bromeó y dijo que Lucha no estaba sola sino que era amiga de todos los visitantes asiduos de la Cámara de Comercio. La gente estaba ya borracha y reía. ¿Cómo iba a estar sola Luchita? Siempre estaba bien acompañada, decían jocosamente. Lucha tuvo un súbito miedo. ¿Todos sabían dónde vivía? ¿Que estaba sola? El resto de la noche estuvo ensimismada y pidió a una de las mujeres que la acompañara a tomar un taxi en la plaza. Una pareja de esposos se ofreció a llevarla. Las calles estaban bastante oscuras y la iluminación era muy débil. Al llegar a su casa abrió el portón y cruzó raudamente el jardín. Cerró las puertas y las aseguró con candados. Tengo que poner más luces afuera, pensó. Revisó su linterna y notó que le faltaba una pila. No sirve para

nada, razonó, y la arrojó sobre la mesa. Recolectó velas y fósforos y los puso sobre la mesa de noche. Trató de dormir, pero escuchaba ruidos en el techo. Las paredes eran de quincha, al estilo de las construcciones antiguas, de barro y caña, y crujían permanentemente. Era imposible distinguir pasos humanos o pisadas de gatos. Al menor ruido, llamo a la policía, pensó. La puerta del patio era de listones de madera y de consistencia muy frágil. De una patada la pueden destrozar, se dijo. Pero ella escucharía los ruidos y correría hacia la calle. ¿Tendría tiempo de cruzar el jardín? Se dio vueltas en la cama durante la noche sin poder conciliar el sueño. Se levantó en la madrugada al escuchar las campanadas de la iglesia vecina. Por primera vez desde su llegada a la ciudad sintió que era una foránea. Aquel día decidió no comprar yogurt a pesar de que se le había acabado. No quería pasar por la tienda y que la vieran conversando con Charito y sus amigas.

Cuando iba a la municipalidad a recoger unos documentos, se encontró con una señora muy conocida, directora de una institución y que pertenecía a una vieja familia ayacuchana.

—Ay, Luchita —le dijo afligida—. No sé si ya sabes lo que ha pasado. Una desgracia, una verdadera tragedia.

—No, no sé nada —contestó Lucha.

—Quién lo iba a decir, aquí, en la ciudad, ya ha llegado la plaga.

—¿Qué ha pasado?

—La gente está comentando en todos los sitios, hijita. La semana pasada un paciente murió de sida.

—¿Cómo?

—Sí, de sida, imagínate.

—¿Cómo ha sabido usted?

—Me lo comentaron en el consultorio del doctor Capuñay. Era el dentista del hospital.

—Me lo ha dicho también la señora Rojas, la obstetriz —exclamó compungida la mujer—. Tenemos que hacer algo por nuestra juventud.

—Bueno, es una pena, pero así ocurre en todo el país, lamentablemente.

—Pero tenemos que detenerlo ahora, antes de que sea demasiado tarde. Tanta corrupción, tanto alcohol —continuaba la mujer— hay mucha vida indecente, demasiada inmoralidad.

Aquel día en la Cámara de Comercio, cuando Lucha fue a almorzar, la dueña se acercó a conversar con ella.

—Dicen que van a hacer campañas preventivas en los colegios —le explicó a Lucha—. Ha estado aquí el director de la Región de Salud con otros médicos y con el mayor de la policía. Van a hacer un despistaje.

—¿Un despistaje? Pero tendrían que hacérselo a toda la población.

—No, pues —alegó la mujer—, a todos los sospechosos.

—¿Y cómo van a saber quiénes son sospechosos? Es imposible.

—Luchita, se sabe, eso aquí se sabe —afirmó la mujer con seguridad.

Lucha rió.

—Están locos.

La mujer la miró desconcertada.

—Pero el mal recién ha comenzado. Además, aquí todos nos conocemos y eso facilita la intervención, dicen los médicos —continuó.

Ella se alzó de hombros y pidió un menú. Comió sin mucho apetito pensando en el trabajo que tenía atrasado. Aquí son unos chismosos, caviló mientras intentaba pasar algunas cucharadas de sopa de verduras. De segundo había un estofado de pollo que se veía muy grasiento, así que apenas pudo comerse el arroz con un poco de zanahorias guisadas.

A los tres días fue a una de las bodegas más surtidas de la ciudad, que quedaba bajo uno de los portales de la plaza. Se encontró con uno de los abogados que trabajaban en el juzgado.

—¿Ha sabido ya Luchita? —le preguntó él.

—¿Qué?

—Lo del sida.

—Sí, ya me han contado.

—Han detenido a varios sospechosos.

—¿Pero cómo van a hacer eso?

—Yo sé de nueve personas que se los han llevado al hospital a hacerles análisis.

—Pero no puede ser —exclamó Lucha asombrada.

El abogado continuó distraídamente.

—Que tal castigo. Es como la sífilis antiguamente, de noche con Venus y de día con arsénico. Porque se medicaba con arsénico. Muchos se morían con la cura, ¿sabía usted?

Lucha ya no escuchaba.

—Es una llamada de atención para los muchachos, para la gente de vida ligera, digan lo que digan, es como para enfrentar el abandono de las buenas costumbres. La sociedad ayacuchana de tanto sufrir con el terrorismo se ha relajado mucho —exclamó sombríamente.

Lucha se despidió precipitadamente y salió del local. Al dar la vuelta en una esquina se tropezó cara a cara con la empleada que trabajaba en la municipalidad.

—Luchita, Luchita, ¿adónde vas tan apurada? Hace tiempo que no te veo.

—Uf, he tenido mucho trabajo —contestó.

—Oye, se han llevado a las mujeres esas, a las de la yogurtería.

—¿Cómo?

—Sí, a varios los han llevado al hospital para ver si estaban contagiados de sida. A las tres mujeres también les han obligado a hacerse el examen.

—¿Pero por qué? ¿Cuándo?

La mujer abrió los ojos.

—¿Cómo que por qué? Por prevención, pues. Porque una de ellas trabajaba en el hospital y allá todo el mundo se ha entera-

do. Ayer las obligaron a ir. Imagínate. Con el mayor de policía y todo.

—Ah, bueno, qué sorpresa —contestó Lucha automáticamente.

Continuó caminando sin levantar la vista. Al llegar a la esquina vio a Charito que estaba parada en la puerta de la tienda, como siempre. Cruzó la vereda, pero no pudo evitar que sus ojos se encontraran con los de ella. Volvió entonces la cara sin saludarla y desapareció presurosa por otra calle.

Shabat

Aquellos hombres no eran lógicos ni responsables, pues cada año variaban su nombre de acuerdo a las sutiles resonancias de los parpadeos lunares, a los aleteos curiosos de las mariposas doradas, a las suaves turbulencias de los lechos fluviales, a cada aullido o graznido que sacudía la selva en las múltiples fases de la noche. Bien sabían que sólo lo nombrado es lo que existe, y gozaban transitando patronímicos porque gustaban cambiar de destino sin comprometedoras sujeciones. Hasta que un día llegó el registrador del municipio dispuesto a repartir Libretas Electorales para los siguientes comicios. Colocaron a todos los hombres y mujeres, salvajes y primitivos, en el signo inequívoco del progreso organizándolos para siempre en el orden de un mundo que no era el del universo. Llegó la posta, las sales de rehidratación oral, las inmunizaciones. Aparecieron los maestros y la escuela. Se armaron las pistas de aterrizaje, despegaron las avionetas, los botes fueron aligerados con motores fuera de borda. La civilización parecía interesante. Después arribaron los investigadores. Antropólogos, geógrafos, médicos, ingenieros, técnicos agropecuarios, administradores. Afirmaron que ellos no eran agricultores, sino recolectores y cazadores y que el ocio y la pereza campeaban en las aldeas. Delimitaron los terrenos, diseñaron los cultivos, trajeron semillas y herramientas. Les enseñaron el rigor del horario, y descartaron la medición de los meses a través del movimiento generador de los astros y las constelaciones sagradas. Los hombres y las mujeres que eran arcaicos descubrieron con gran placer, la

transparencia de la noche iluminada por la luz eléctrica de las linternas y la felicidad de la especulación a través del sentido oculto de las fórmulas que encerraba el reloj. Pero la verdadera transformación de la nueva sabiduría, fue la revelación del tiempo obligado del trabajo. El arado, la siembra, la cosecha de los frutos, la previsión, el ahorro. Las espaldas se inclinaron sobre los surcos de la tierra, y ya no se pudo contemplar el rojo palpitante del horizonte sumergiéndose en la extensión infinita, ni al vasto río con sus incesantes hervores despidiendo las saetas plateadas de los peces voladores. No hubo más miedo a los muertos, ni encantamiento, ni magia. Llegó la seguridad al sueño, la repetición perpetua, la fatiga del hábito y la civilizada rutina. El presente sin casualidad se fundió en el futuro anunciado. Conocieron la ley de las tareas y el aburrimiento. Y aquello fue, realmente, demasiado.

Pero como ellos no eran ni lúcidos, ni prudentes, ni serios, continuaron reposando en sus hamacas, alimentándose de frutos, devorando las semillas, ajenos a la cautela anticipada, balanceándose sorprendidos y desconcertados de ver tantas jornadas de trabajo, de esfuerzo, de sudor y agitación a su alrededor. Prefirieron la humildad de la ignorancia y el asombro, preguntándose, curiosos, cómo harían éstos nuevos hombres que parodiaban a los dioses y llegaban con sombreros, compases y cronómetros, amantes del agotamiento laborioso de los días, inconscientes de su ascensión y de su ocaso, para contener las crecidas eternas de los ríos. El alboroto de las lluvias del plenilunio y los flujos remotos de los cuatro vientos inmortales de los dioses, que desde los tiempos de las generaciones legendarias, todo lo borraban, infinitamente, en un soplo, en un instante.

Naranjos y limoneros

—Padre, ¿va a tener catequesis esta tarde? —preguntó el sacristán.

—Claro, como todos los sábados.

—Pero pensé que tal vez usted preferiría descansar hoy.

—No, no, a los pequeños no hay que descuidarlos.

—El padre Javier me dijo que podría sustituirlo.

El sacerdote carraspeó disgustado.

—¿Por qué? ¿Acaso me han consultado? —exclamó.

Le irritaba el sacristán. Era un hombre mayor, con más de diez años en el servicio y una cierta experiencia, pero tenía ocurrencias torpes.

—Usted no ha estado bien últimamente, padre.

—Mi salud la cuido yo —contestó ásperamente el sacerdote. E inmediatamente hizo un gesto con la mano dando por terminada la conversación. El sacristán sonrió de una manera que al padre Raúl le pareció impropia. De pronto pensó que la preocupación del sacristán por su salud no era ordinaria. Ahora el hombre retiraba cuidadosamente los platos del desayuno con esa mirada oblicua que en otras épocas al padre Raúl le parecía algo enigmática. Siempre ha tenido una conducta un poco extravagante, pensó. Cuando estiró la mano para coger el vaso de agua, observó que temblaba. Dios, me estoy poniendo nervioso, se dijo. Se levantó con dificultad de la silla y caminó lentamente hacia el despacho parroquial. Notó que el sacristán no dejaba de seguirlo con la vista. El padre caminó más aprisa, tratando de parecer ágil, pero sus

músculos se resistían. Le dolían las articulaciones y era difícil coordinar sus propios movimientos.

Ya en el despacho, cerró la puerta suavemente, sin hacer ruido. Su respiración se había agitado. Se dirigió hacia el escritorio y se sentó. Reposó unos segundos y respiró hondo varias veces. Habían pasado tantos años. El fantasma aparecía de nuevo. Justo en estos momentos, cuando estoy a punto de retirarme con honra, pensó. Maldito demonio. Introdujo su mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un papel arrugado. Leyó.

Viejo sucio:

No creas que me he olvidado de ti. No pienses que tus cochinadas están muertas. Yo estoy aquí para recordártelas. Cerdo.

Una semana atrás, al atardecer, cuando la señora que se encargaba de la limpieza de la casa, se despedía en la puerta, reparó en el sobre.

—Fíjese padre, esto es para usted —le dijo.

El sacerdote lo cogió y se lo metió en el bolsillo.

—No se olvide de llegar mañana a primera hora —le señaló a la mujer.

—Está bien, padre, usted acuéstese temprano, que ha hecho mucho frío esta semana —contestó ella.

Aunque era cariñosa, al padre Raúl le parecía un poco ociosa. Llegaba a veces tarde, y otros días no venía. Era viuda y tenía cinco hijos. Se quejaba constantemente de los chicos y de la cantidad de cosas que tenía que hacer en su casa. El padre Javier la quería bastante y la disculpaba aun con la oposición del padre Raúl, que no pocas veces había pensado en contratar a otra mujer.

Cuando llegó a su dormitorio y se quitó la ropa, recordó que tenía el sobre. Al leer su contenido quedó estupefacto. Sentado en su cama reflexionó. Podía tratarse de una broma. No le dio

mayor importancia al asunto, y sólo conservó una ligera inquietud que al día siguiente desapareció por completo. Pero a los dos días encontró otro sobre debajo de la puerta. También estaba dirigido a él y tenía el mismo tipo de máquina de escribir. Esta vez lo llevó presuroso al baño y lo leyó.

He tardado muchos años pero ya estoy aquí. ¿Te acuerdas de un jardín con naranjos y limoneros?

El padre se apoyó en el borde del lavatorio. Sintió que el pecho se le cerraba. Estuvo así unos segundos y salió precipitadamente. En el camino se encontró con Javier, el sacerdote que vivía con él en la parroquia. No tenía más de treinta años, era solícito e intentaba ser agradable.

—Padre ¿qué le pasa? —le dijo al verlo en el pasillo—. Está muy pálido ¿Se siente bien?

—Sí, ayúdame a llegar al despacho.

Javier lo cogió del brazo y caminaron lentamente.

—Hoy la iglesia ha estado rebosando de gente —exclamó con alegría en la voz—. Parece que el festejo de mañana va a ser un éxito.

—Me alegro —contestó Raúl.

—El grupito de chicos que trabaja en el club de catequesis está muy motivado, padre, vamos a tener un partido de fútbol esta tarde.

Raúl no respondió. Sólo quería sentarse.

—Déjeme aquí, en el sofá y váyase. Más tarde lo buscaré —le dijo.

El otro lo miró sorprendido.

—¿Tiene usted alguna preocupación? —le preguntó.

—No.

Javier pretendía que se jubilara. Aunque no se lo había dicho, él lo sabía.

—Tengo que meditar —dijo el padre Raúl.

Javier se retiró sin decir palabra. Entonces Raúl cerró la puerta, volvió a leer el papel y lo rompió en mil pedazos. Lo echó a la papelera. Desde que recibió el segundo mensaje, perdió la serenidad. Podía ser cualquier persona de la feligresía. Cualquiera. Pero quienquiera que fuese no pretendería atormentarlo desde lo desconocido. Tarde o temprano se manifestaría. ¿Para qué? ¿Qué quiere después de tantos años? En otro tiempo, estaba en guardia y preparado para enfrentar sus flaquezas. Pero Dios había sido misericordioso y le había permitido vivir con tranquilidad.

Alguien tocó la puerta. Raúl tuvo un sobresalto.

—¿Quién es? —gritó.

—Soy yo, padre —dijo Javier.

Raúl lo miró fijamente.

—Padre, quería hablar unos minutos con usted.

—Dígame.

—¿Puedo pasar?

Asintió a regañadientes.

—Padre, en realidad hace tiempo quería conversar. ¿Sabe? Pedro y yo hemos pensado que tal vez usted quisiera descansar algunos días.

—¡Otra vez! —exclamó molesto.

—No se disguste. Es por su salud.

—Ya he dicho que el día de mi descanso lo decido yo. Además, padre, no veo por qué tiene que comentar asuntos nuestros con Pedro.

Javier pareció sorprenderse.

—Sí, no me mire así. El sacristán es el sacristán —continuó desdeñosamente.

—El trabajo pastoral requiere cierta dosis de energía, padre Raúl. Tenemos varias ceremonias que hemos postergado. Por lo menos yo necesito saber si vamos a cumplir o no con las programaciones —la voz del padre Javier demostraba una firmeza inusitada.

—No le entiendo.

—Si usted no está bien de salud, necesitamos saber cuáles pueden ser las actividades que podrá cumplir.

Esta vez Javier aparecía retador.

—Padre Javier —dijo bajando el tono de voz—. No es necesario alterar lo acordado. Es mi última palabra.

Javier se quedó todavía un rato delante de él. Su rostro expresaba un evidente disgusto. Después, sin decir una palabra, salió.

Raúl dio un largo suspiro y se recostó en la butaca. Tenía que cuidarse las espaldas. Aquel joven sacerdote podría estropearle todo. Necesitaba mantener las cosas tal y como estaban hasta que tuviera la entrevista con el Arzobispo la siguiente semana. Había esperado demasiado tiempo, pero ya era el momento de cosechar los frutos. El Arzobispo se lo había prometido. Una vida consagrada al sacerdocio culminaría con el obispado. Era más de lo que hubiera soñado en aquellos años. A lo largo de todo su ejercicio sacerdotal había tenido muchas dudas. Pero había sabido cultivar buenas relaciones con los feligreses. Las señoras que acudían a la iglesia eran mujeres influyentes con acceso al poder político. Lo estimaban. Su palabra era consultada por los medios de prensa y televisión cuando se requería una opinión autorizada de la iglesia. Pero fueron años de renuncias y también humillaciones. Y ahora venía aquel muchacho arrogante a pretender imprimir nuevos rumbos en su trabajo. No le llamaba la atención su abierta afinidad con ciertas corrientes de la iglesia que cuestionaban el magisterio clásico. Incluso se había atrevido a comentar la ordenación sacerdotal de mujeres en la iglesia anglicana. Claro que no había expresado ninguna opinión que pudiera juzgarse como favorable, pero las palabras que había utilizado para hablar de las reformas anglicanas ante el grupo de jóvenes que acudían a ayudar al trabajo eclesial, había sido demasiado indulgente. Era una postura ambigua, sin enunciar principios. La mayoría de sacerdotes jóvenes tenía inclinaciones políticas que él no compartía. El compro-

miso con los pobres era natural para la doctrina de la iglesia católica, pero el énfasis que ponía Javier en los sermones dominicales, al padre Raúl le parecía excesivo. Notaba cierta incomodidad en sus feligreses. La iglesia pertenecía a un distrito residencial y las familias pudientes que acudían a ella necesitaban respuestas a inquietudes mundanas propias de su universo cotidiano. La sabiduría de la iglesia se había cimentado en el transcurso de los siglos, por la adecuación del discurso pastoral al mundo que la rodeaba. El muchacho era demasiado espontáneo e impulsivo para su gusto. ¿Por qué se lo habían mandado? El hombre estaba mejor en la parroquia de Caquetá, con gente pobre que demandaba otro tipo de ayuda. ¿Para qué se lo enviaron? Algo estaba ocurriendo y él no se daba cuenta claramente. Había ambivalencia en su relación con él. Al principio, el joven sacerdote había sido obediente. Después empezó a cuestionar los gastos de la casa parroquial, se apoderó de los grupos de adolescentes catequistas y dejó de lado el trabajo con las devotas de la Virgen del Rosario y los integrantes de la cofradía Caballeros de Cristo. Eso al padre Raúl le despertó sospechas. Era como si el joven no estuviera de acuerdo con las prioridades habituales de su trabajo. Si era así, ¿cómo creía que se podían mantener los gastos de la iglesia? Era un gran recinto que había sido cuidadosamente refaccionado con el concurso de arquitectos de primera calidad. Los feligreses eran personas de buen gusto y de hábitos refinados. Javier jamás los comprendería. Las donaciones, por otro lado, eran sustanciosas. Le permitían mantener su automóvil y no tener dificultades con la gasolina. Aunque hacía semanas que ya no manejaba por el dolor en las articulaciones, podía contemplar desde la amplia ventana de la secretaría el vehículo estacionado delante de los jardines de la iglesia que cultivaba con tanto esmero. Era un automóvil algo antiguo, pero sobrio y elegante y que se mantenía en perfectas condiciones. Una necesidad terrenal, apropiada para la imagen de una iglesia sólida y poderosa. Y ahora, en el cenit de su

larga vida entregada al sacerdocio, el demonio volvía a aparecer otra vez. ¿Quién podía haber depositado los sobres debajo de la puerta? Desde el primer momento había sospechado de Pedro. Era el único que tenía las llaves de las rejas que daban a la calle. El primer mensaje había llegado cuando las puertas exteriores debían estar cerradas. Salvo que Pedro se hubiese olvidado de hacer el recorrido usual al atardecer, cuando revisaba todas las entradas y colocaba los seguros. Había cosas valiosas en la sacristía y el temor a posibles robos había hecho que desde varios meses atrás, se estableciera un servicio de vigilancia a cargo del sacristán.

Salió hacia los jardines para respirar aire puro. Contempló la cantidad de rosales, margaritas, astromelias y petunias que perfumaban el ambiente. El día estaba gris pero luminoso. Examinó el edificio parroquial y las ventanas de madera que daban hacia la calle. Durante veinte años había paseado por el mismo lugar y cada cambio había sido producto de sus propios esfuerzos. Ampliar los ambientes, remozar las estructuras antiguas, elegir los nuevos vitrales, construir cisternas de agua para la irrigación de los jardines. Vio a Pedro agachado sobre un tiesto de flores. A veces hacía el oficio de jardinero. Era una labor que le producía placer.

—Hay que podar los rosales —le dijo.

—Tenemos un terreno abonado allá, padre —exclamó Pedro—. ¿Por qué no sembramos frutales? ¿Le gustan los frutales, padre?

—¿Por qué habrían de gustarme? —contestó rápidamente mientras recordaba el contenido del último mensaje.

—Porque dan buena sombra, padre. Justo al borde del camino —continuó Pedro.

¿Se está haciendo el idiota?, pensó Raúl.

—¿No le parece una buena idea? —insistió Pedro. Y esbozó una mueca que parecía de burla y que ya se estaba convirtiendo en una característica desagradable en el sacristán.

—Haz lo que quieras —refunfuñó Raúl—, me da igual.

Y echó a caminar por la arboleda. De pronto, el aire levemente dulzón del ambiente le rememoró el olor de los arreglos florales de los muertos y la luz intensa le hirió los ojos. Se volvió y observó que el sacristán no dejaba de mirarlo.

—¡Voy a sembrar frutales! —alcanzó a decirle antes de que el cura se perdiera en el patio de la casa parroquial.

Raúl comenzó a sentir otra vez la respiración acelerada. Una sensación súbita e imprecisa lo transportó al recuerdo de una vieja abadía. A un patio de baldosas ennegrecidas por la lluvia, a columnas coronadas con capiteles ondulantes, a bóvedas de ladrillo y arcos quebrados, a una alta torre y un campanario. A ramas retorcidas de árboles jóvenes y mustios agotados por la sequía. Al aire suave y blando de atardeceres que emergían perezosamente en un huerto poblado de naranjos y limoneros. Habían pasado más de cuarenta años desde entonces. En una lejana época, en un convento situado en medio del campo, le habían encomendado la instrucción de jóvenes provincianos. Algunos, hijos de familias importantes, solían acudir sólo en vacaciones. Los más pobres permanecían con él durante largos períodos. Muchos alcanzaban una rendimiento académico adecuado y ganaban un viaje a Lima a proseguir estudios escolares con la orden. Él llevaba un grupo nutrido de muchachos que se ejercitaban como monaguillos y ayudaban al trabajo pastoral. Recordaba la mayoría de nombres, las caras cetrinas, las siluetas de los cuerpos delgados enfundados en el sencillo uniforme escolar. Acostumbraba a pasear con algunos de ellos entre los árboles frutales, dialogando sobre los principios básicos del magisterio religioso. Ah, el olvido, suspiró con aflicción. Esa experiencia amable que sepultaba la imagen y el recuerdo en las profundas sombras de la memoria le había sido negada. Mientras caminaba por el pasillo, pensó que tal vez el sacristán había leído el último anónimo. Salvo que él mismo, pensó con aprehensión, lo hubiera escrito. El hombre había nacido

en Tarma, pero había viajado por la sierra. Era posible que hubiese escuchado algunas historias. Desde que llegó a trabajar a la iglesia había mantenido una actitud circunspecta con Raúl, aunque había demostrado mucha capacidad de trabajo. Pero tenía ciertas conductas inadecuadas. Mostraba un trato demasiado amigable con algunas mujeres que acudían a las actividades de proyección social que desarrollaba la parroquia. Además nunca había querido confesarse con él. Primero lo hizo con el padre Andrés, fallecido hacía pocos años, y luego con el padre Javier que llegó a reemplazarlo. A veces se mostraba servil, otras veces era francamente agresivo. Raúl no dudaba de que estuviera aliado al padre Javier. Después de todo, éste era su confesor.

Ya en el despacho llamó al arzobispado. Pidió comunicarse con el secretario.

—Lamentamos mucho que cancelara su entrevista con su Excelencia, padre. Él nos había manifestado deseos de verlo antes de viajar.

—Ah, sí, claro —contestó él, estupefacto.

—Su Excelencia regresa dentro de quince días.

—¿Quién se comunicó con ustedes para cancelar la cita?

—No recuerdo, padre.

—Está bien, muchas gracias.

¡Quince días! Era demasiado. Demasiado. No podía esperar tanto. No tenía ni la salud ni la fuerza necesarias. Javier pudo haber cancelado la entrevista. ¿Cómo se había atrevido? ¿Por qué? Tengo que tener la cabeza fría, se dijo. Recordó que había estado en cama la semana anterior. Una simple gripe, pero con fiebre. Quizás en esos días llamaron del arzobispado para confirmar la cita. Pero nadie le había informado de la cancelación. ¿Habría sido Pedro? No, él no se hubiera atrevido. Levantó el auricular del teléfono y llamó insistentemente al despacho del padre Javier.

—Padre, necesito verlo. Es urgente —le dijo.

Lo confrontaría. Pero tenía que ser cauteloso. Necesitaba saber si era un olvido involuntario.

El padre Javier apareció rápidamente.

—¿Ha recibido usted alguna llamada del arzobispado?

—No, padre.

Su voz era firme.

—¿Está seguro?

El hombre bajó los ojos.

—Tal vez cuando estuve en cama —insistió el padre Raúl.

—Déjeme recordar —exclamó de pronto Javier—. ¿La semana pasada?

—Justamente.

—Ah, tiene usted razón, creo que lo llamaron, sí, ¿Usted tenía una cita con el arzobispo?

—Así es.

—Es que usted estaba enfermo ese día, y yo expliqué que tenía fiebre.

—¿Por qué no me avisó?

—No le di importancia al asunto. Disculpe, padre, no pensé que fuera necesario preocuparle.

—¿Cómo? ¿Pero acaso no sabe que espero esa entrevista hace semanas?

El padre Javier no parecía verdaderamente apenado. Su expresión era indiferente.

—Gracias, padre, me ha hecho usted un gran favor —continuó el padre Raúl con sarcasmo.

—Le ruego me disculpe —contestó Javier.

Pidió permiso para retirarse y salió de la habitación. El padre Raúl sintió que la sangre le subía a la cara. Era un claro boicot. ¿Él también estaría enterado? ¿Estarían de acuerdo Pedro y Javier? ¿Sería Javier el de los anónimos? Esa pureza que el joven sacerdote exhalaba por los poros, rígida y fiscalizadora, lo convertía en sospechoso. Él había visto antes esos rostros, conocía esas expresiones que la ingenuidad espartana de la formación religiosa imprimía en aquellos que se sentían depositarios inconmovibles de una verdad. Sonrió con desprecio. ¿Qué pretendía cambiar aquel hombre? Si la sobrevivencia de la Santa Iglesia no era más que la persistencia inconmovible de la historia de su doctrina. Y en el camino, la lucha contra la carne tenía sus vicisitudes. Sólo los que habían recorrido la tribulación atroz del gozo conocían el unánime pecado y la redención. El padre Raúl murmuró una oración en latín. Yo también amé, se dijo internamente, como todos los otros.

Por la tarde, se preparó como hacía habitualmente para el grupo de catequesis. Participaban en él muchachos de diferentes colegios religiosos que se entrenaban para el apostolado mariano. Llevaban más de cuatro meses haciéndolo y el rendimiento era satisfactorio. Algunos faltaban a las sesiones, pero un pequeño número permanecía constante. Aquello era una de las escasas actividades que le producían placer. Ver los rostros curiosos, contestar las preguntas inquisidoras, descubrir de nuevo en cada uno de aquellos pequeños corazones el valor del mensaje cristiano. Que la paz llegue a todas las almas que han sido bendecidas por la fe, meditó con recogimiento.

Al entrar en el salón, vio que todos los muchachos ya estaban dispuestos alrededor del escritorio. Las risas se acallaron súbitamente, y él ingresó con cierta parsimonia. A medida que hablaba con los jóvenes, volvía a adquirir velocidad de pensamiento y su creatividad se sentía estimulada. En el transcurso de la sesión, observó una figura oscura que lo contemplaba desde el fondo del salón. Era el padre Javier, quien se fue acercando lentamente hasta sentarse en un costado del recinto. Al finalizar el trabajo de la tarde, se despidió de los jóvenes y se dirigió hacia Javier, que ya se había puesto de pie.

—Pensé que tenía reunión con la gente que nos está ayudando con la colecta de las misiones —le dijo.

—Me gusta escucharlo, padre —respondió Javier.

El padre Raúl tuvo de pronto una sensación incómoda.

—He trabajado tantos años con chicos —contestó distraídamente.

—Lo sé, padre.

Raúl no supo qué contestar. El padre Javier lo escrutaba con una mirada descarada.

—Deseo hacerme cargo de éste grupo, padre —exclamó Javier.

—Es el único grupo de jóvenes que está a mi cargo —respondió perplejo.

—Precisamente por ello, padre —continuó Javier.

Su rostro tenía una expresión endurecida.

—No le entiendo —contestó Raúl.

—Piénselo, padre —dijo Javier desafiante—. Deseo que se incorporen a los equipos de deportes y a las actividades que hacemos en los barrios —agregó con voz suave—. Es mejor que a los chicos me los deje a mí.

Raúl quedó pensativo. El padre Javier se despidió y se retiró. Mientras cerraba las ventanas del salón, el corazón de Raúl comenzó a galopar violentamente. Caminó apresurado hacia el despacho y cerró la puerta con pestillo. Las palabras volvieron a bailar ante sus ojos.

> *He tardado muchos años pero ya estoy aquí. ¿Te acuerdas de un jardín con limoneros y naranjos?*

¿Cómo olvidarlo? Dios mío, ¿cómo? Las tardes ocultas detrás de los árboles. Los encuentros silenciosos. La protesta en los ojos juveniles apenas acalladas por sus labios sobre el rostro aún púber. Los cuerpos tibios erizados por las caricias sobre el camastro de su celda. Los muchachos y las épocas se confundieron febrilmente en un torbellino de impresiones que sacudió su pensamiento.

El teléfono comenzó a repicar.

—Es del arzobispado. ¿Padre Raúl?

—Sí, él habla —su voz era casi inaudible.

—¿Deseaba usted una nueva cita con el Arzobispo?

¿Con el arzobispo? Dios mío. El escarnio público. La maledicencia. Exponerse ante los ojos del mundo.

—No, no.

—¿Usted no ha llamado esta mañana?

—Cancele la solicitud, por favor.

Colgó. Buscando sosiego volvió la vista hacia el ventanal, al vasto horizonte sembrado de árboles bajo el crepúsculo infinito. Entonces, vagamente, comenzó a comprender. Con creciente inquietud, con agobio, con horror, supo, que la expiación no llegaría para él en el reino de este mundo.

Apúrense, por favor

Eran casi las siete de la noche, cuando Milton Peña bajó la cortina de la sala y encendió el décimocuarto cigarrillo del día. Levantó el auricular del teléfono y vaciló unos segundos antes de volver a colgarlo. Se levantó inquieto y comenzó a pasear por el recinto.

—Papá, ¿por qué está todo oscuro? —preguntó su hija de siete años.

Milton echó una larga bocanada de humo.

—Vete a tu cuarto —contestó secamente.

—Tengo miedo. Todo está oscuro —dijo la niña.

Milton prendió una de las velas que estaban encima del aparador y se la entregó a la niña.

—Ahora ya no tendrás miedo —le dijo. Le acarició la cabeza y la empujó hacia el pasillo—. Anda, espérame en tu cuarto.

La niña cogió la vela y titubeó.

—¿Vendrás?

—Claro, espérame allá.

Su hija caminó lentamente por el pasillo e ingresó a una habitación del fondo. Milton cerró la puerta de la sala que comunicaba con los dormitorios y se dirigió de nuevo al teléfono. Marcó un número.

—¿Aló? —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Mamá, soy yo, ya terminé de cerrar las puertas.

—¿Terminaste qué? Hijo, no te entiendo, debe ser el teléfono, nunca te escucho bien.

—Todos vamos a estar tranquilos.

—Habla más alto. No sé por qué te empeñas en vivir en Cieneguilla. Todas las líneas telefónicas están pésimas.

—¿Recuerdas lo que te dije ayer?

—Estoy preocupada, hijo, no me gusta que estés allá, tan lejos y tan solo.

—Nadie nos va a molestar en el futuro.

—Hijo, ¿por qué no te vienes? ¿Dónde está Enriqueta?

—En su dormitorio.

—¿Y la empleada?

—Se fue, mamá.

—Pero, ¿por qué no me has avisado? ¿Estás solo con Enriqueta?

—Sí, mamá, ya te dije.

—Vente inmediatamente.

—No, mamá, estoy donde debo de estar y nadie me va a sacar de aquí.

—Yo no digo eso, hijo, es que debes venir a vivir aquí conmigo.

—Estás equivocada.

—Pero si ya te han cortado la luz y el agua, es peligroso que estés allá. Hijo, por favor, escúchame, obedéceme. Tienes que venir.

—Adiós, mamá, quería despedirme de ti.

—Hijo, ¿aló? ¿aló? —La mujer escuchó el click del teléfono. Entonces ella marcó otro número.

—¿Aló? ¿Marina?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Edelmira —dijo la mujer—. Estoy preocupada. No sé qué hacer. Milton ha despedido a la empleada y se ha quedado en la casa con Enriqueta.

—Bueno, ¿pero qué tiene eso de malo?

—Después del episodio de los cuadros me parece que no está

bien. ¿Cómo va a vivir a oscuras, solo, con una niña de siete años? Además, se ha comido todas las uñas de las manos.

—¿Quién?

—Milton.

—¿Tienes el teléfono del médico que lo ve?

—Sí, tengo miedo, Marina, ¿se estará volviendo loco?

—¿Sabes si lleva el arma?

—Claro, nunca la abandona.

—Llama al doctor y cuéntale. Él te puede decir qué hacer. Me llamas después.

—¿No puedes ir tú en el carro?

—¿Ahora? ¿A Cieneguilla?

—Sí, por favor, Marina, puede pasar una desgracia.

—Pero me va a echar de ahí. ¿Con qué pretexto me aparezco?

—Dile que yo te mandé.

—Mejor primero llama al médico. Tal vez te estás precipitando.

La mujer comenzó a buscar en una agenda el número del médico. Recordaba haberlo anotado en un papel suelto.

—No encuentro el teléfono —dijo.

—Cálmate —contestó la otra—, ahora cuelgo. Busca el teléfono, llámalo e inmediatamente me vuelves a llamar.

Colgaron. La mujer no encontraba el papel. Sufría de artritis desde hacía más de quince años y estaba sentada en una silla de ruedas. Sus piernas estaban adelgazadas y encogidas. Hizo rodar la silla diestramente hacia un anaquel en el centro de la sala y revisó algunos cuadernos. Encontró el número y regresó al teléfono.

—¿Aló? ¿El doctor Ruiz?

—Un momentito, por favor.

Esperó unos segundos y rogó que el doctor se encontrara en el consultorio. Sabía que atendía hasta tarde porque una vez su hijo había tenido una cita a las nueve de la noche.

—¿Aló? —una voz masculina le contestó.

—Doctor Ruiz. Soy la madre de su paciente, Milton Peña.

Doctor, disculpe que lo llame para molestarlo, pero creo que mi hijo está mal. Se ha comido todas las uñas de las manos. Ahora se ha quedado solo en su casa de Cieneguilla con mi nieta y están a oscuras. Después de lo que hizo la semana pasada, tengo miedo de que se esté volviendo loco.

—¿Qué hizo la semana pasada?

—Lo de los cuadros, doctor.

—Ah, eso. Sí, claro. No, no es conveniente que esté solo.

—¿Qué hago doctor?

—¿Lo ha llamado por teléfono?

—Sí, me dice que todo va a estar bien. Pero me parece raro que me llame para eso.

—¿Qué más le dijo?

—Que quería despedirse de mí.

—¿Cuándo lo ha visto usted por última vez?

—Hace una semana, doctor, estoy desesperada, ¿Llamo a la policía?

—Espere. Yo lo voy a llamar por teléfono.

—¿Se puede volver loco, doctor? Él tiene un arma, doctor.

—Hablaré con él y después la llamo, señora.

La mujer colgó. Empezó a dar vueltas alrededor de la sala con su silla de ruedas. Miró su reloj. Eran las siete y veinte de la noche. Había pasado ya demasiado tiempo. La campana del teléfono repicó. Se dirigió velozmente hacia él y levantó el auricular.

—Soy el doctor Ruiz, señora. Acabo de hablar con su hijo. Dígame, ¿tiene usted algún pariente que pueda ir a verlo?

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada, nada. Pero es mejor que no esté solo allá, no lo digo por hoy, sino que, en realidad, me parece que no debe vivir en esa soledad por el momento. Y menos si está armado.

—¿Está loco? Por Dios, dígamelo.

—Señora, insisto, ¿tiene usted algún pariente con el que podamos contar?

—Una amiga va a ir. Pero, ¿no será mejor llamar a la policía?

—¿Su amiga no puede ir acompañada?

—Voy a llamar a la policía.

—Yo acompañaré a su amiga. Déme su teléfono.

La mujer se lo dio.

—Usted espere. Yo iré con ella dentro de media hora.

—Pero va a ser demasiado tarde.

—Lo haré lo antes posible.

Colgó. El teléfono volvió a repicar.

—¿Edelmira?

—Marina, cuelga por favor. Acabo de hablar con el doctor. Yo creo que Milton está loco. Cuelga porque el doctor te va a llamar enseguida.

—Ya. Pero Milton está armado. Nos va a disparar.

—Marina, cuelga. Anda con el doctor allá.

—Creo que hay que llamar a la policía.

—¡Marina, son casi las ocho!

—Edelmira, llama primero a radio patrulla. Después a Milton y entretenlo. Convérsale. Dile cualquier cosa para hacer tiempo.

—Está bien.

Edelmira colgó el teléfono y volvió a marcar el número de Milton. Nadie contestaba. Quizá me he equivocado de número, pensó. Volvió a marcar de nuevo.

—¿Aló?

—Enriqueta, hijita, ¿estás bien? ¿Dónde está tu papá?

—En mi cuarto.

—¿Qué está haciendo?

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Cómo está?

—Sentado. Me lee un cuento.

—Enriqueta, llámalo rápido.

La mujer esperó. Estuvo así un buen rato, pero luego escuchó

el click del teléfono. Se ha cortado la línea o él ha colgado, se dijo. Malditas líneas, siempre pasa lo mismo, se corta la comunicación, pensó. Volvió a llamar, pero sonaba ocupado. Colgó. El timbre del teléfono volvió a sonar.

—¿Aló?

—Edelmira, el doctor no me ha llamado todavía. Dame su teléfono, yo lo llamo.

—Espérate, un segundo, aquí está. Por favor, vayan inmediatamente.

—¿Has llamado a la policía?

—Voy a llamar en este instante. Aunque tengo miedo. ¿Y si se pone mal si ve a los policías?

—¿Y si nos dispara a nosotros?

—No creo, acabo de hablar con Enriqueta. Dice que su papá le está leyendo un cuento. Voy a volverlo a llamar en este instante.

—Edelmira, llama a la policía, por favor.

—Pero creo que es mejor que ustedes lleguen primero.

—Cieneguilla está muy lejos y ni siquiera sé cuánto tiempo se va a demorar el doctor en venir. ¿Por qué no va él solo?

—Es que él no sabe cómo llegar a la casa; tú, en cambio, sí.

—Bueno, voy a llamar al doctor.

Marina colgó. Edelmira volvió a marcar el teléfono. Seguía sonando ocupado. ¿Lo había dejado descolgado?. Insistió y volvió a escuchar el irritante sonido. Abrió la guía telefónica y buscó. Patrulla de Emergencias.

—¿Aló?, por favor, se trata de una emergencia, es urgente.

—¿Sí? Dígame qué pasa.

—Mi hijo está loco, señorita, está encerrado en una casa a oscuras con una niña y está armado. Por favor, tienen que ir inmediatamente. Puede ocurrir una desgracia.

—Espérese, señora ¿cómo se llama usted?

—Edelmira Quintana.

—¿Dónde vive?

—Señorita, mi hijo vive en Cieneguilla, por favor, no se demoren. Es de vida o muerte.

—Señora, tiene que llamar a la comisaría de Cieneguilla. Ellos pueden ir más rápido.

—¿Cuál es el teléfono?

—Espérese un ratito.

Edelmira miró el reloj. Ocho y cuarto. Qué estúpidos, siempre es lo mismo, se dijo furiosa.

—Tome nota, señora.

La mujer le dio dos teléfonos. Edelmira colgó y llamó inmediatamente. Estaban ocupados. ¿Y ahora qué hago? Marina debe haber hablado con el doctor. Ya estarán en camino. Por lo menos tardarán media hora en llegar hasta allá, pensó. Volvió a insistir con la línea telefónica.

—¿Aló?

—¿Sí?

—Señor, llamo por una emergencia. Mi hijo está loco, está armado y va a matar a su hija, a mi nieta.

—¿Quién es usted?

—Escúcheme, si no van inmediatamente, va a ocurrir una tragedia.

—Pero no le entiendo, señora. ¿Me puede explicar de qué se trata?

La mujer dio un largo suspiro.

—¿Señora?

—Mi hijo vive en La Floresta segunda cuadra, número trescientos quince. Vayan allá, por favor.

—¿Pero por qué?

—Porque está encerrado con un arma.

—Está bien, señora. Pero explíqueme, ¿por qué dice que está loco?

—Porque me lo ha dicho su médico. Y además está armado y

yo acabo de hablar con él y me ha dicho que va a matar a su hija y él se va a matar también.

—Repita la dirección.

Edelmira volvió a darle las indicaciones.

—¿Van a ir ahorita?

—No tenemos ninguna patrulla en este momento, pero nos comunicaremos con radio y en pocos minutos estamos ahí.

—Ya, gracias.

Colgó. El reloj daba las ocho y media. Volvió a llamar por teléfono. Esta vez escuchó el timbre habitual.

—¿Aló?

—Enriqueta, hijita. ¿Dónde está tu papá?

—Se ha quedado dormido abuelita.

—¿Estás segura?

—Está roncando.

—Qué raro —la mujer se quedó pensativa.

—¿Abuelita?

—Hijita, escucha. Es muy importante lo que te voy a decir.

—Sí, abuelita.

—No tengas miedo. Pero vas a hacer exactamente lo que yo te digo, ¿ya?

—Bueno.

—Tu papá tiene una pistola, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde la tiene?

—Ya no la tiene abuelita.

—¿Cómo?

—Sí. La semana pasada me dijo que la iba a vender porque ya no tenía plata. La sacó de la caja y la vendió al señor Martínez, el que vive al lado.

—¿Tú viste que se la entregó?

—Sí, yo fui con él.

—Ah, ya.

—¿Por qué abuelita?

—Por nada, hijita, por nada. Escucha, van a ir a visitar a tu papá. Así que cuando lleguen, les abres la puerta, ¿ya?

—Ya.

—Chau, hijita.

La niña colgó. Se dirigió a su dormitorio. Su papá estaba sentado sobre un sofá. Ya no roncaba. Tenía la boca abierta. Al lado de él, sobre la cómoda, había dejado un vaso de gaseosa para ella. La niña terminó de tomar el líquido mientras contemplaba el frasco vacío de pastillas que su padre había echado en los vasos. La niña se echó en la cama. Su papá le había dicho que se acostara después de tomar la gaseosa. Iba a tener mucho sueño.

Ave de la noche

Estoy como un búho en la oscuridad al que aún no le llega la hora del canto. Entonces es agradable observar la tranquilidad de un hogar en el silencio de la noche. Ver los restos de la cena sobre la mesa del comedor, el vaso con algo de refresco, la servilleta arrojada con displicencia sobre la alfombra, la ropa de la jornada abandonada entre los muebles, como quien ya se cansó de ordenar los trastos del día y deja la tarea para mañana. Sentirse parte de este mundo de cuadros, espejos, ceniceros, cojines, sin aparente conexión, colocados sólo para vestir un espacio desnudo, pero a los que el desorden transforma, haciéndolos íntimos, familiares. Es cómodo estar sentado en esta penumbra de la sala, quietamente, dominando el paisaje humano y escuchando la música tenue en el dormitorio de al lado. Habitualmente en días como éste, estoy aburrido y suelo alquilar películas de video. Busco cuatro o cinco del mismo género, si cabe llamarlas así, especialmente, las policiales de intriga y suspenso. Y a despecho de quienes piensan que no es igual que verlas en el ritual del cine, de la gran pantalla, con sus butacas rígidas y la vigilia solitaria de los espectadores, yo me olvido de ello y me concentro en las imágenes, que ciertamente, no siempre son nítidas, pero a fin de cuentas lo que me interesa es el argumento. Vivimos demasiado aprisa para imaginarnos el proceder de los hombres. No hay tiempo para ese estado de contemplación, que hacía que los antiguos pudieran representar su propio cosmos interior y también el de los otros, adquiriendo los conocimientos necesarios a través del

ensayo y el error. Ahora nos dan el entretenimiento y la información directamente, sin cavilación ni esfuerzo. Una de las últimas películas que he visto, está basada en una historia real que ocurriera en una pequeña ciudad de Rusia llamada Rostov.

Un joven médico forense, recién destinado a su puesto de trabajo, recibe el cadáver de una mujer asesinada y hallada bajo tierra en un campo de cultivo. Animado por una intuición especial, le pide a su ayudante que rastree el lugar. Al poco tiempo encuentran cinco cadáveres más, muertos en iguales circunstancias. Todos tienen signos inequívocos: golpes en la nuca, numerosas cuchilladas de trazo oblicuo en pecho, abdomen, y extrañas mutilaciones. Algunos de los muertos son niños. Ante el horror que despierta en la población el sorprendente hallazgo, el médico forense es convocado por el Consejo del gobierno local y expone el caso. Por el estado de putrefacción de los cuerpos, los asesinatos se han producido en diferentes períodos comprendidos en cinco meses. La disposición de los cadáveres en un perímetro espacial circunscrito, hace sospechar que el homicida conoce la ruta y los linderos solitarios del pueblo. El procedimiento de la muerte coincide con una técnica metódica utilizándose al parecer, el mismo instrumento en el conjunto de casos. El criminal no es improvisado ni impulsivo. Diríase más bien que se trata de un personaje controlado, que no actúa por provocación. El médico forense solicita contactarse con archivos internacionales de criminalística, computadoras para organizar la información y hombres para iniciar una pesquisa general, porque está convencido de que se trata de un asesino en serie. El secretario del partido comunista le indica que nada de eso es pertinente y mucho menos, posible. Termina la sesión y el declarante se retira. El jefe de la guarnición militar sin embargo, cree en él y lo apoya. Lo nombra eufemísticamente, Director de Investigación de la Unidad de Asesinatos.

En los siguientes meses se suceden varios crímenes, con idénticas características. Sin auxilio técnico, sin recursos, con apenas algunos hombres que lo ayuden, el médico forense inicia una paciente búsqueda. Examina los lugares en donde se han enterrado los cuerpos, interroga a familiares, imagina trayectorias y recorridos. Las notorias diferencias de edad y sexo, le hacen sospechar que el criminal no tiene preferencias especiales, al estilo de Peter Kürten, el Vampiro de Düsseldorf, quien cometió su primer crimen a los doce años, empujando a dos amigos suyos a las aguas del Rhin. Hombres, mujeres y niñas se sucedieron indistintamente en su prontuario policial. Su procedimiento sin embargo, fue irregular. Alternó modalidades de estrangulación, degollamiento, cuchilladas mortales e incluso la agresión a martillazos en más de catorce asesinatos. La mayoría de víctimas habían sido maltratadas físicamente antes de ser muertas. El médico forense deduce que el homicida que investiga es diferente al desordenado Peter Kürten. Debe tener inicialmente una conducta amable, capaz de conducir a la gente hasta el paraje adecuado, con la técnica de Petiot, el cirujano que actuó durante la segunda guerra mundial como agente de la resistencia francesa. Atrajo gentilmente a numerosas personas que huían de la persecución nazi, prometiéndoles pasajes hacia la frontera. Utilizó para sus sesenta y tres víctimas, el mismo método: las adormecía con una inyección letal, y las colocaba en una habitación observando su agonía a través de una mirilla. Posteriormente cremaba los cadáveres. El médico forense, poco a poco llega a tener algunas certidumbres. Por razonamiento inductivo, yendo desde las pequeñas pruebas e indicios hasta imaginarse al sujeto sin rostro, está convencido que el asesino no actúa bajo presión. Al igual que Petiot, sus actos son coherentes, la repetición, su característica. El agresor busca a sus presas en la estación del tren, lugar poblado de jóvenes que están de paso, niñas viajeras, muchachos en busca de empleo o mujeres prostitutas. El médico forense realiza un registro personal y cuidadoso de la estación. El mismo tiene que entrenar a los pocos

gendarmes que le han asignado, rogándoles que no usen el uniforme tradicional, alertándolos para que aprendan a observar y descubrir cualquier comportamiento sospechoso. Los asesinatos continúan y las noticias llegan hasta Moscú. El criminal actúa con libertad, se debe sentir dueño de la situación. Es entonces, cada vez más peligroso. El cuartel general de la KGB envía emisarios, pero lejos de ayudar en la investigación, obstaculizan el derrotero seguido hasta el momento, identificando pistas que resultan posteriormente falsas. Numerosos sospechosos son detenidos, pero los cargos no son probados. Después de nueve años de infructuosa búsqueda, la situación política en la Unión Soviética cambia. Cae el antiguo estado y se constituye la república de Rusia. Muchos viejos líderes son removidos de sus cargos, y el antiguo jefe de la guarnición militar es ascendido a general.

Con energía, promueve al médico forense y le proporciona personal y apoyo administrativo para iniciar la búsqueda más grande de un criminal en los anales de Rusia. Ambos dirigen personalmente el caso. Las muertes se elevan a cincuenta y dos. Comienzan a vigilar ostensiblemente la estación principal, y dejan intencionalmente, con una custodia disimulada, pequeñas estaciones en la campiña. Un día, se identifica a un sospechoso. El hombre ha sido visto en una estación pequeña con las ropas manchadas de barro y un maletín de mano. Interrogado por el policía camuflado de civil, confiesa haber ido al pueblo cercano a pie. El vigilante duda, la aldea está demasiado lejos, así que anota sus datos. El médico forense revisa la información como lo ha hecho pacientemente con docenas de sujetos. Algunas caras se han borrado con el tiempo, otras permanencen en su memoria. Conoce al tipo que fue detenido como sospechoso muchos años atrás, pero liberado por presión del gobierno local por ser miembro del partido. Pocas horas después, doscientos hombres peinan el bosque y hallan el cuerpo desfigurado de una pequeña niña. El asesino ha aprendido de la experiencia. Desde hace algún tiempo, se

preocupa de alterar la configuración anatómica de la estructura facial y en ocasiones elimina las huellas dactilares dejando las manos desolladas. El acusado, obrero de una usina cercana, casado, padre de familia, es capturado y confiesa sus crímenes sin resistencia. Antes de conducirlo al cadalso lo interrogan exhaustivamente. El médico forense ha entregado mucho tiempo de su vida en la persecución de éste hombre. Durante años se ha hecho una sola pregunta. ¿Por qué?, ha imaginado a un psicópata de reacciones tranquilas, sin escrúpulos, sin sufrimiento ni indulgencia, viviendo lo que a mediados del siglo se llamaba la incapacidad moral.

El hombre de Rostov no es diferente a las descripciones habituales que la literatura señala. Los criminales en serie parecen poseer determinados patrones de conducta. Está el muchachito de un elegante barrio de Ohio, siempre simpático y emprendedor con sus vecinos, cuyo rostro esquivo rodeado de cabello graso, sería identificado años más tarde por la televisión mundial, como Jeffrey Dahmer de Milkwaukee. Asesinó a diecisiete jóvenes y adolescentes, guardando pulcramente sus restos en la nevera de la casa. John Gacy de Chicago, era más bien un gordito de edad madura que se vestía de payaso y animaba entretenidas fiestas infantiles donde probablemente recolectó a sus treinta tres víctimas. En muchas oportunidades son simples padres de familia, como Albert De Salvo, más conocido como el estrangulador de Boston, quien después de estrangular y violar a su duodécima víctima, llegó a su casa, jugó con sus pequeños niños, preparó una sopa de verduras con apio y zanahorias, y después de acostarlos, se puso a ver TV. Por lo general, los indicios están hábilmente ocultos y las coartadas sustentadas en una vida social apacible. Puede tratarse de nuestro compañero de carpeta en la escuela, o el vecino que se despide todas las mañanas de sus hijos con un beso en las mejillas. En un momento determinado actúan como si tuvieran un demonio en su interior. Por eso tal vez necesitan vivir de

manera contraria a lo que realmente sienten, mostrándose extremadamente agradables y simpáticos. ¿Los móviles?, he leído tanta información al respecto, que puedo afirmar que los investigadores no están claros si se trata de conductas antisociales con rasgos genéticos, o alteraciones del desarrollo en contextos culturales de gran violencia. Ni siquiera los estudios retrospectivos con gemelos idénticos y criados en medios sociales diferentes, han podido ilustrar mayores precisiones. En fin, ¿cómo saberlo? no tiene importancia. Porque cuando se descubre a una de éstas mentalidades ya es demasiado tarde. Ted Bundy fue ejecutado en la silla eléctrica, sin determinarse si sus víctimas fueron treinta y seis o cien mujeres como las evidencias parecían demostrar. Se piensa cada vez más sin embargo, que se trata de una adicción. No a una sustancia, sino a una vivencia singular buscada reiteradamente como una droga. Una experiencia del mal. Estos sujetos son extraordinariamente hábiles para soslayar riesgos, desarrollando una gran sensibilidad para no dejar el menor rastro. Ello oscila, extrañamente, con cierta omnipotencia paradójica que los conduce muchas veces a errores fatales. En algunos casos dejan intencionalmente, pequeños datos o pruebas, construyendo un rompecabezas impulsados por el placer sádico del riesgo de ser descubiertos, o bien, simplemente, cuentan algunas de sus historias especialmente a los incrédulos. Tienen calibrada, en cierta forma, la fina relación entre mal y goce, ese estremecimiento fascinante que provoca en sus oyentes, la afición por la historia del crimen y el relato policial. Si el médico forense de Rostov hubiera sido un hombre de espíritu más libre, podría comprender, vívidamente, porqué estoy esperando que esa mujer apague su luz.

Tomando sol en el club

Estaban tirados sobre la arena de la playa. Hacía calor y Liliana no quería broncearse demasiado. Tenía la piel muy blanca.

—Alfredito, ponme un poco de aceite en la espalda.

—¿Más?

—Sí, si no, me salen pecas. ¿Has visto? Allá está Susana y se nos va a acercar. No le digas de dónde vienes.

—¿Por qué?

—No seas bobo, ya te he dicho mil veces que no me gustan tus comentarios macabros. Cada vez que regresas del servicio hablas tonterías y eso es lo que Susana está esperando.

—No voy a decir nada, Liliana.

—Está con la vieja de su tía, esa entrometida que anda diciendo por ahí que nunca nos vamos a casar. ¿Sabes?, se va a caer de espaldas cuando reciba la invitación.

Él le había untado aceite en los brazos y ahora le frotaba la espalda.

—Cuidado, no tan fuerte, no seas bruto. Trata de comportarte ahora, ya se están acercando. La tía se va, qué bien. Dile que vienes de las Palmas. Que luego te destinan a Piura, dile cualquier cosa. No te atrevas a contar nada de la selva ni de la zona de emergencia.

—Pero ya deben saber de dónde vengo.

—No importa. No abras la boca, por favor. Tu trabajo es tu trabajo, please. Ahí viene Susana. No te imaginas cómo está de envidiosa desde que supo lo de la boda. Bueno, todo el mundo ya

lo sabe en el club porque mi madre se lo contó a las señoras. Le enseñé a la mamá de Susana el brillante que me regalaste y se quedó boquiabierta.

Él continuó dándole suaves masajes aceitosos en la espalda.

—Ya viene, claro, no se lo iba a perder. Susana estaría feliz si nos hubiéramos peleado. A ella cada enamorado le dura seis meses. Nunca ha estado con nadie de la Fuerza Aérea. Dice que los prefiere civiles porque los militares están locos. Imagínate. Si su papá la escuchara le haría callar. ¿Conoces a su papá? ¿Al coronel?

—Ha sido mi jefe.

—¿Por qué nunca vendrá al club? Debe tener mucho trabajo. Mira, allá está la suegra del general Márquez, ¿has visto? Su hijo murió, ¿no? Qué horrible. Déjame, me haces daño ¿Qué tienes? Ya te he dicho que no me mires así, pareces idiota.

Alfredo se recostó en la arena y cerró los ojos.

—Hola, Susana.

—Hola, Alfredito, ¿de dónde vienes ahora? ¿De la selva?

Él abrió los ojos y pestañeó.

—No, de la base —contestó rápidamente Liliana.

—Liliana, qué quemada estás. Pareces un cangrejo.

—Ya nos íbamos —contestó Liliana, y comenzó a recoger su toalla.

Susana se sentó al lado de ella.

—¿Cuándo te casas?

—Dentro de un mes.

—Me voy a dar una zambullida —dijo Alfredo irguiéndose.

—No te tardes —exclamó Liliana.

Alfredo se puso de pie y corrió hacia el mar.

—Qué flaco está —exclamó Susana contemplando la silueta de Alfredo—. Es repulsivo el trabajo que hacen. Qué peligroso ¿no?

—No hay remedio —contestó malhumorada Liliana—. ¿Y tú cuánto tiempo vas a estar aquí, en el club?

—Hemos venido con mi tía, por una semana. Hay una fiesta con todos los oficiales el viernes. ¿Van a ir?

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Claro. Oye, ¿y cómo lo ves a Alfredo?

Liliana miró hacia el mar y vio que la playa estaba vacía. Alfredo nadaba detrás de las olas.

—Muy bien —contestó.

—Pero ya lleva seis meses en la zona de emergencia. ¿No le ha afectado?

—Está regio, y lo han ascendido.

—Mi primo está con pesadillas. No te imaginas. Con tratamiento psiquiátrico y ya lo van a dar de baja. Creo que debe haber sido insoportable.

Liliana hizo un hoyo jugueteando con la arena.

—No puedo creer que vivan normalmente después de haber estado matando gente —continuó Susana—. ¿Él no te ha contado?

—No hablamos de eso —respondió Liliana con una sonrisita congelada.

—¿Pero acaso no sabes cuál es su trabajo?

—No, no lo sé —afirmó con desdén.

—¿Nunca le preguntas?

Liliana hizo un mohín de disgusto.

—¿Para qué? Me basta con verlo tan contento, tan bien.

—Mi primo tenía temblor en las manos. Después se puso muy violento y terminó pegándoles a sus hermanas. Luego hablaba tonterías.

—A veces les pasa a algunos.

—Liliana, yo quería hablarte desde la vez pasada. Me encontré con Alfredo y se puso a conversar conmigo y luego me dijo que tenía la mente en blanco y que ya no se iba a ir al cielo. Que a un hombre como él sólo le esperaba el infierno.

Liliana rió.

—Te estaba tomando el pelo —exclamó.

—¿Estás segura? ¿No te acuerdas que él era más conversador antes? Cuando ingresó a la escuela era muy alegre y hacía bromas. ¿Y la fiesta de promoción cuando fuimos con todos los cadetes? Era el que más se divertía. En cambio ahora lo veo demasiado serio y ya no habla. Está cambiadísimo.

—Te parece. Yo lo veo igual.

—Creo que eres valiente al casarte con él.

—Pero él es normalísimo, hija.

—Mi tía entró una noche al dormitorio de mi primo. La luz estaba apagada y él estaba sentado mirando fijamente a la pared. Parecía en estado de trance, como esos hipnotizados de las películas, ¿has visto? Bueno, ella le habló y él no contestó.

—Alfredito duerme muy, pero muy bien y encima le faltan horas de sueño.

—El psiquiatra les dijo que apenas tuviera insomnio lo llamaran porque si no duermen se pueden volver violentos. Parece que es lo primero que les pasa. Mi papá les pregunta siempre a sus oficiales si duermen bien, ¿sabes? Ya es una regla.

—¿Ah sí? —preguntó distraídamente Liliana. Alfredo nadaba bastante lejos de la playa. Su cabeza se veía como un punto negro sobre las olas.

—Dice mi papá que los oficiales no deberían estar más de veinte días en zonas de emergencia, como la gente de la marina. Debe ser para que no se loqueen.

Liliana sacó de su cartera un pequeño estuche. Lo abrió y extrajo un espejo redondo.

—Qué secos tengo los labios —dijo. Se colocó el sombrero sobre la cabeza y a continuación se limpió la piel del rostro con un pedazo de papel higiénico.

—Pero en el ejército llegan a estar hasta seis meses. Es demasiado, yo creo. Es infernal. Los amigos de mi papá, cuando se reúnen y toman sus tragos, cuentan unas historias espantosas. Él

no quiere que nosotras escuchemos, por algo será, y se encierran en el bar.

Liliana se echó un poco de lápiz de labios.

—¿Te gusta este color? —preguntó.

—Es muy fuerte.

—Está de moda, se llama bronce. Mira mis polvos transparentes. Son especiales para la piel irritada. Son antialérgicos —explicó Liliana. Y le mostró un estuche de carey marrón.

—Ahora que mi primo está loco, hasta mi tía tiene miedo de quedarse sola con él en la casa. Dice que sube y baja escaleras sin ningún sentido. Una vez estaba en la cocina y de pronto él apareció a su espalda, y la miraba de una forma tan anormal, que ella temió que él cogiera un cuchillo y se lo clavase.

—Ya me voy, ahora sí que me voy. Y Alfredo no regresa, qué pesado —dijo Liliana recogiendo su cajita de maquillaje.

—Ocurre de la manera más imprevista. Todo parece normal y de pronto ¡zas! aparece la locura.

—Oye, ¿por qué no estudias psicología? —preguntó Liliana volviéndose bruscamente hacia Susana—. Te encanta pensar en todas esas cosas. Qué aburrido.

—Es que me preocupa mi hermano, que quiere postular a la escuela. Ni siquiera mi mamá quiere, pero mi papá lleva lo de la Fuerza Aérea en la sangre. Qué desgracia ¿no? Ser militar para que te maten los terroristas. Y si no, te vuelves loco.

—Qué imbécil, ahora se ha vuelto a zambullir —exclamó Liliana haciéndole señas a Alfredo.

—Mi papá ha estado trabajando con Alfredo. ¿Ya te contó? A él le preocupa. ¿No te ha dicho nada?

—¿Alfredo? Él me cuenta todo —contestó Liliana incómoda. Y se puso de pie.

—Dice que se niega ver al psiquiatra.

—¿Ah sí? No, no puede ser, porque los obligan a verlo. Siempre los evalúan. Permanentemente.

—No, dice mi papá que Alfredo no ha ido. Quería hablar con el coronel que lo tiene a su cargo. Dice que ha estado demasiado tiempo allá en la selva.

—Bueno, si él no viene, yo me voy a meter al agua a sacarlo. Ya es tarde —dijo Liliana fastidiada.

Susana se puso de pie.

—Chau —dijo Liliana y caminó hacia la playa. El agua estaba fría y titiritó un poco. Dio unos saltitos para esquivar las olas y corrió hacia el fondo. Se dio una zambullida y emergió inmediatamente. Vio que Susana se retiraba hacia las casetas.

—Siempre tan estúpida —murmuró.

Nadó hacia Alfredo.

—¡Vámonos, ya es tarde! —le gritó.

No quería perder piso. Sintió la arena mullida en la planta de los pies. Alfredo nadaba desde un extremo a otro de la playa. Parecía no escucharla. Ella se volvió. Susana ya había desaparecido. Apenas quedaba una mujer, tendida de espaldas debajo de una sombrilla.

—¡Alfredo! ¡Alfredo! —gritó de nuevo.

Él le hizo una seña con las manos para que se aproximara. Ella se alzó de hombros. Nadó suavemente hacia él. El agua ahora estaba tibia.

—Alfredo, te he dicho que ya es tarde, deben ser más de las cinco. Ya se ha ido todo el mundo.

—Ven, aquí está delicioso.

—Estás muy adentro, ven, sal un poco.

—No, acércate.

—No me gusta nadar tan lejos. Ya sabes, hay corriente a éstas horas. Además ya se ha ido el salvavidas.

—¿Tienes miedo?

—Por supuesto que no. Pero nos puede dar un calambre, ¿no?

Se acercó hacia él. Ya no tenía piso. A lo lejos, la sombrilla de la playa era un puntito rojo y amarillo.

—¿Sabes lo que dice la necia de Susana?

—No.

—Es una viborita. Debió haber estudiado psicología.

—¿Qué te dijo?

—Es pura envidia, ya sabes. No soporta que alguien se case. Como ella ya tiene treinta y cinco, se siente vieja. Anda buscando chismes con todo el mundo. Me contó lo de su primo.

—Ah, ¿Ramón?

—Sí, ¿lo conoces?

—Hemos estado en la misma patrulla.

Vino una ola y Alfredo se sumergió bajo ella. Liliana trató de mantenerse a flote.

—Bueno, dice que se loqueó. No dormía.

—Sí, a varios les ha pasado —contestó él—. ¿Qué más te dijo?

—Toma pastillas, lo van a dar de baja.

—Tal vez a mí también.

—¿Qué? —preguntó Liliana— ¿Qué te pasa?

Él rió.

—Basta de bromas —dijo ella.

Alfredo la miró fijamente.

—No me gusta que me mires así, ya te he dicho, pareces idiota.

Él no apartó la vista. Ella volvió la cabeza hacia la playa. Estaban demasiado lejos.

—Alfredo, háblame, dime algo, oye, ¿qué tienes?

Él no contestó. Estaba serio. Tenía una arruga en la frente que se hacía cada vez más profunda. Se acercaba lentamente hacia ella.

Entonces ella nadó y nadó. No paró hasta que llegó a la orilla de la playa. Se sentó en la arena y lloró.

El cazador

Darwin sabía que aquel ruido sordo e incesante que había escuchado durante toda la noche pertenecía al río grande. El torrente de agua más profundo y extenso que jamás hubiera visto. Detrás de la hilera de árboles de setico se encontraba el origen de toda la inquietud que lo invadía desde que Rolando, mando militar, lo destinó a buscar rastros cerca de la quebrada luego que dos combatientes de la Fuerza Principal informaran que la patrulla del ejército había llegado. En un claro cercano se habían encontrado hojas de plátano, bien dispuestas como suelen usar los hombres que duermen sobre la tierra húmeda en las noches de campamento. La gente se había puesto en estado de alerta y toda la Fuerza Principal huyó a la espesura aguardando la aparición súbita del enemigo. Pero ahora que Darwin había cruzado la quebrada, sólo quería atravesar la barrera de los árboles de setico.

Descendió rodando por la pendiente, camuflado entre las lianas y hojas de la maleza, sintiendo el frío húmedo de la madrugada. Se detuvo, atento, descubriendo los sonidos entre los árboles, sin aflojar el cuchillo que empuñaba. Lo de la patrulla era una falsa alarma, lo sabía. El rastro era antiguo y hacía muchos días que los soldados debían de haber pernoctado en el claro. Pero cuando los mandos dieron las directivas, él calló. Lo que deseaba era acercarse al río grande.

Avanzó hundiendo las piernas entre las piedras y lodazales, y el rumor de la crecida se hizo más nítido, como el de un manantial cayendo desde gran altura. Entonces lo vio. La gran superficie

plana de aguas verdes apareció ante sus ojos. Más amplio de lo que había imaginado, sin límites en los confines de su mirada, custodiado en las riberas por los troncos blancos y espigados del setico. Ahí estaba el camino que antiguamente habían utilizado los hombres para visitar a la gente que vivía en las orillas.

Luego de hacer un reconocimiento cuidadoso de la ruta que había seguido, regresó hasta donde estaba la columna. Los centinelas aguardaban. Le explicó al camarada Rolando sus dudas respecto a las huellas recientes que habían encontrado. El mando militar daba órdenes secas y directas. Nunca hacía comentarios, nunca dudaba. Se paraba callado con el fusil al hombro, pensaba un poco y luego daba la directiva. Esta vez se demoró más del tiempo usual. Darwin quería regresar cuanto antes, porque después de haber visto el río grande lo único en que pensaba era en hablar con su padre.

En otros tiempos, antes de que el partido iniciara la guerra, su padre le había contado cómo se navegaba por el río grande. Se visitaban pueblos y aldeas, se comerciaba con la cosecha de papas y de yucas. Los botes eran grandes y transportaban cocos y plátanos arracimados. Arroz, maíz, café, cacao, sal, gallinas y ganado. Así sería el reino de la abundancia que llegaría algún día y del que hablaba el partido. Por él era que las masas esperaban.

Aunque Darwin ocultaba sus emociones, esta vez su dinamismo apenas podía encubrir los deseos que tenía de regresar al campamento. Impaciente y ágil, trepaba más rápidamente que cualquiera. Aquello no escapó a la observación de Rolando, que conocía a cada uno de sus hombres. Darwin sabía que, si reía, lo acusarían de estar alegre porque presentía que vendría la patrulla. Si mostraba tristeza, lo tildarían de futuro traidor que tenía en mente escaparse. No ajeno a la mirada curiosa de Rolando, trató de medir sus gestos y recuperó la prudencia.

La caminata de regreso fue larga y agotadora porque se habían acabado las provisiones. Lo peor de todo era que regresaban sin

caza ni pesca. Uno de los hombres sugirió detenerse en un riachuelo para conseguir cangrejos. Apenas lograron pescar algunos boquichicos, que comieron inmediatamente. Aquello les permitió recobrar energías para llegar al campamento.

El presidente del comité de organización de la masa no permitía que la gente hablara en grupos de más de dos personas. No era correcto conversar cosas al margen del partido. Los comentarios y pensamientos siempre se expresaban en las reuniones de formación, y tampoco era adecuado que los padres e hijos confraternizaran cuando estos últimos ya estaban integrados a la Fuerza Principal. Esta era una columna militar que tenía sus propias directivas y organización. Cuando los padres cometían alguna infracción, los hijos ya no podían intervenir. No había relaciones familiares en el partido. Pero esta vez Darwin se las arregló para acercarse a su padre a la hora de la comida. Apenas cruzó algunas palabras, pero acordaron encontrarse al día siguiente en un claro cerca al puquio que los surtía de agua. Lo harían cuando la luna estuviese todavía en lo alto, cuando Darwin saliera a hacer el cambio de guardia con los centinelas.

Había cumplido cinco años el día que su padre llegó con él al campamento del partido. Entonces vivían en Primavera, una comunidad en donde tenían una chacra, patos y gallinas. Un día abandonaron las tierras y caminaron una semana monte adentro. Llegaron al campamento y Darwin se incorporó con los otros niños a la Escuela de Cuadros. Desde entonces su padre se separó de él y los mandos le enseñaron los libros y las directivas del partido. Aprendió a cantar los himnos y a entrenarse para el combate. La vida era una guerra hasta que todas las cabezas negras cayeran y llegara la nueva sociedad. La Fuerza Principal era la columna de combatientes destinada a conducir las masas a la victoria. Cuando él cumpliera los doce años, pasaría a ser parte de la Fuerza Principal. Su padre era miembro de la masa como la mayoría de hombres y mujeres adultos del campamento. Los mandos

entrenaban a los cuadros jóvenes para convertirlos en soldados. Él había aprendido a manejar fusiles ligeros, armar y desarmar las granadas que hurtaban a los enemigos, husmear los rastros en el monte a través de las ramas quebradas y las huellas en el barro.

Durante las horas siguientes, apenas durmió esperando que clareara el día. Sabía que de todas maneras podría morir, si no en la huida, tal vez cuando se entregase a la base militar. Quizás lo golpearían y torturarían. Pero si se quedaba, también moriría tarde o temprano. Desde que la idea de escapar había sido mencionada por su padre, Darwin había experimentado una sensación extraña de vergüenza y temor, pero luego, poco a poco, había terminado por aceptar que era un traidor. Ya había traicionado al partido con sólo desear huir. Pensaba en Shoreni y todavía la rabia lo invadía. Recordaba que los hombres se equivocaban y juzgaba que los mandos estaban en un camino incorrecto. Ya no sabía exactamente qué era lo correcto o lo incorrecto. Tampoco si hacía bien en escuchar a su padre, que era de la masa, cuando él sabía desde mucho tiempo atrás, que la masa no era combatiente. Pero comprendía que sin radio y sin comida pronto serían asediados por las patrullas del ejército, y los débiles y enfermos serían rematados por los mandos. Nunca se había enfermado, pero ya había experimentado el miedo, y la promesa del río grande había terminado por convencerlo. Ver aquella infinita superficie de agua lo condujo a pensamientos antiguos, imágenes de muchos hombres y mujeres caminando en carreteras, cruzando valles, arreando ganado. Estampas que recordaba de su infancia y que ahora aparecían con sorprendente intensidad.

Al día siguiente, formó la hilera acostumbrada, entonó los himnos y acudió a la guardia de vigilancia, que era el puesto al que estaba destinado. Lo hizo con gusto porque sabía que sería la última vez. Ya no volvió a ver a su padre, pero estaba preparado para encontrarse con él.

Todas las madrugadas, cuando aún no había clareado el día, la

masa se formaba en columnas disciplinadas entonando los cantos del partido. Luego los hombres y las mujeres se dedicaban a sembrar, pescar y a la preparación de los alimentos. Los niños acudían a la escuela hasta el momento en que todos se reunían para compartir la comida. Ahí se leían en voz alta las cinco tesis filosóficas del camarada Mao mientras se comía en silencio. La disciplina era la principal enseñanza del pueblo, y cualquier infracción habría sido corregida. Ellos tenían la sabiduría de las masas que el enemigo desconocía. A veces, de noche, cuando todo era negro, los centinelas daban la voz de alerta y, a una orden del mando militar, eran despertados y abandonaban el campamento. Era el peligro de la patrulla.

Al final de la jornada regresó a su cabaña y durmió profundamente. Confiaba que la guardia de relevo lo despertaría como ocurría cuando le tocaba la vigilancia nocturna. Pero esta vez los rayos del amanecer le abrieron los ojos. No lo habían ido a buscar. Se levantó sigilosamente entre los compañeros que aún dormían y salió con su atado. No sabía qué había pasado, pero ya no tenía tiempo para averiguarlo. Su padre lo estaría esperando en el manantial, y apenas fuera descubierto, ambos serían muertos. Por la intensidad de la luz, calculó que muy pronto saldría el sol.

Cuando llegó al puquio, su padre no estaba. Buscó en el lodazal y encontró las huellas. Cansado de esperarle, había partido. Darwin inició una larga caminata hasta la cima de una meseta que conocía bien. Ahí esperó hasta que el sol brillara en lo alto. Su padre no daba señales por ninguna parte. Supo que no podía esperar más. Tampoco podría regresar jamás al campamento. Ya era un traidor. Así que inició rápidamente su marcha, comiendo poco a poco la yuca seca que llevaba en el atado. No descansó en ningún riachuelo y evadió los comederos de los animales del monte. Aquellos también eran lugares de emboscada.

Después de mucho tiempo de andar, llegó al río grande. Desde ahí sería más fácil dirigirse hacia algún poblado. No sabía cuánto

tiempo demoraría, pero podría pescar en la madrugada y resistir más días en el monte. Luego de explorar arduamente, se dispuso a reposar bajo las copas de los árboles que albergaban numerosos guacamayos.

En la madrugada lo despertaron los alaridos inusitados de los pájaros. La agitación de las aves lo alertó inmediatamente. Algo había cerca de la orilla. Sin moverse, casi conteniendo la respiración, escuchó. Se oía claramente el chapoteo en el agua de algunos pies que luchaban contra las ciénagas. De pronto todo se hizo silencio de nuevo. No podía desplazarse para no descubrir su presencia. Podría ser alguien del Comando de Aniquilamiento. Alguien enviado por el partido. Cualquier cosa que fuese, ya lo habían detectado. Shoreni le había enseñado a distinguir el graznido de retozo del guacamayo, de aquel que indicaba una presencia extraña en su territorio. Aquellas aves lentas, de pecho verde y rojo, acostumbradas a permanecer inmóviles durante largas horas hasta que refrescara el sofocante calor del día, sólo gritaban así ante la presencia del depredador humano que los cazaba por su colorido plumaje.

Decidió erguirse lentamente y avanzar hacia el río. Oculto entre las ramas, pisó la arena blanda con cuidado hasta llegar a un pequeño desnivel cubierto de caña.

Al levantar la cabeza, lo vio. En un instante sus ojos se encontraron con otros ojos. Ambos estaban separados por un pequeño recodo del río.

Echó a correr enloquecido, saltando entre los arbustos espinosos y sin saber hacia dónde dirigirse, internándose cada vez más en lo profundo de la espesura.

Al llegar a una cuesta empinada se detuvo a escuchar. Oculto tras un grueso tronco, esperó un tiempo hasta acostumbrarse al bullicio desordenado de la selva. Buscó en el ambiente algún signo familiar. Se deslizó hacia un rectángulo de tierra cubierto de excrementos de cotomonos.

Llevaba el sentido de alerta en la piel. Siempre había estado preparado para huir, acostumbrado a dormir ligeramente, listo para hacer un atado con frazadas y botellas de agua que rápidamente cargaba al hombro, para desaparecer entre las malezas cuando los mandos disponían el abandono del campamento. Toda la aldea, ordenadamente, recorría los túneles y caminos disimulados entre los arbustos, sorteando las numerosas trampas. Aquellas fosas tapizadas de lanzas afiladas de chonta, dispuestas estratégicamente alrededor de las trincheras y a lo largo de los senderos. Caminaban en filas y en silencio. Al llegar a un claro, deliberaban las normas de seguridad y todo era empezar de nuevo. Se machetaban las cañas y se construían las cabañas con techos de palma. Se desbrozaban los terrenos de cultivo y los centinelas se apostaban en los lugares altos acechando el horizonte. Por la noche se repasaban las cinco instrucciones de resguardo militar que todos repetían de memoria y en grupos. Estar atentos a las órdenes del mando político. Vigilar los cinco puntos cardinales. Resguardar a la masa. Constituirse en columnas de retirada. Replegarse organizadamente.

Eligió un lugar blando para cavar. Hizo un hoyo de mediana profundidad contra el árbol y se hundió en él cubriéndose con ramajes. Podría descansar ahí toda la noche, su refugio sería seguro contra las bestias. El aullido nocturno del cotomono sería el mejor guardián de su sueño, y el olor a orines de las hojas de tumbo, alejaría a los tigrillos y a las serpientes.

Era Mardonio. Fuerza Principal como él. Mardonio había sido enviado a liquidarlo. No había podido distinguir bien si llevaba flechas o retrocarga. Lo más seguro es que no tendría ni lo uno ni lo otro.

Los del Comando de Aniquilamiento no usaban municiones. Se llamaban los cazadores porque aniquilaban con machete y cuchillo.

Lo estaba siguiendo. Mardonio era más corpulento, pero tam-

bién más lento que Darwin. Siendo un par de años mayor, desde que ingresó a la Fuerza Principal, fue destinado al Comando de Aniquilamiento. Pero desde hacía mucho tiempo atrás los aniquiladores casi no actuaban porque el campamento se había internado monte adentro. Cuando las patrullas del ejército no asolaban la región, y podían desplazarse libremente, los cazadores ultimaban a los soplones y sospechosos que trataban con los cabezas negras. Pero luego el partido se debilitó y tuvieron que retirarse de las aldeas, ya que los colonos comenzaron a mostrar recelo ante la presencia de los foráneos. Entonces el comando se convirtió en fuerza de avanzada para explorar las comunidades. Ahora el partido había ordenado liquidar a los traidores.

No podía estar alerta porque el cansancio lo vencía. Luchó contra el sueño, pero al final se abandonó a él. Por momentos abría los ojos, pero todo estaba confuso y ya no veía ni escuchaba nada. Cuando despertó, la noche estaba cerrada y obscura. No había luna y el día vendría de golpe.

Darwin había cumplido. O por lo menos lo había imaginado cuando pensaba que llegando a la edad necesaria se incorporaría a la Fuerza Principal. Veía cómo los chicos mayores abandonaban orgullosos la cabaña para recibir la escopeta de retrocarga, y de ahí ya no se les veía en los días que duraba la vigilancia del monte o la intervención militar para el apoyo logístico. Luego aparecían con gallinas, sajinos o venados. Traían pescados y cargas de yuca que la columna había podido expropiar fuera. A veces los colonos o los nativos cooperaban. Otras veces lo hacían a regañadientes porque no eran masas que conocieran el proyecto del partido.

Esperó pacientemente que apareciera la luz. Mardonio debía seguir la misma ruta que él. El río. Estaban en la misma orilla. Cuando amaneció, reanudó la caminata. Bajó lentamente por la pendiente pedregosa, soslayando los claros descubiertos. Había trepado una buena distancia porque no había signos de humedad

por ninguna parte. Descendió hasta descubrir la gran superficie. Agazapado entre los matorrales, intentó vislumbrar algún indicio de presencia extraña, pero el silencio era total. Sólo un martín pescador descansaba quietamente sobre un madero cercano a la ribera.

No había pensado en otra cosa desde niño que incorporarse a la Fuerza Principal. Le aburría repetir los párrafos enteros de las obras completas de Marx que el profesor de la Escuela de Cuadros le obligaba a memorizar. Darwin y sus compañeros a veces no entendían, pero el maestro afirmaba que cuanto más repitieran, todo se iría aclarando.

Mardonio conocía el camino a las comunidades. Lo estaba acechando precisamente en aquella ruta. No tenía más alternativa que seguirlo y cazarlo antes de ser descubierto por él. Pero tampoco tenía víveres ni agua, y no podía demorarse mucho.

Pensó cómo en los primeros años, la vida en el campamento era distinta. Había yuca y plátanos para el desayuno, carne para el almuerzo, y sopas de arroz y hierbas por la noche. Pero en los últimos tiempos la comida había comenzado a escasear. Pronto las columnas de reconocimiento para el apoyo logístico, que realizaban el abastecimiento del campamento, regresaban enflaquecidas, sin animales de caza ni aves de corral ni sacos de legumbres ni peces del río.

Tenía que encontrar a Mardonio, y tenía que hacerlo pronto. Armado sólo con un cuchillo, tendría que estar muy cerca de él para cazarlo. Sintió que toda su sangre palpitaba imaginándose la figura humana de su enemigo arrastrándose sobre la arena. Giró suavemente, peinando el terreno con la vista. El paisaje tenía suficientes claros como para percibir el más ligero movimiento entre el follaje.

Cruzó sus piernas con sigilo y esperó, protegido por las lianas que hacían un refugio seguro alrededor de él. En aquella soledad, su mente se poblaba de imágenes. Recordaba la vida sin descanso. Los hombres y mujeres huyendo. Los chicos adelgazando y empalideciendo. Darwin se acostaba por las noches con el estómago contraído, mientras se repetía: los combatientes estamos dispuestos a ser invencibles. Al principio aquello lo dotaba de fuerzas y le hacía resistir el hambre. Luego las palabras fueron perdiendo su poder mágico. Soñaba con lonjas de carne asadas en el fuego, con yucas rociadas con sal, con jugo de coco resbalándole por el cuello y mojándole toda la ropa. Los sueños de comida eran inacabables y él se sentía avergonzado. Contar ello a cualquier camarada hubiera sido expresar un signo evidente de debilidad y aquello lo hacía sentirse mal. Se levantaba más temprano que el resto y formaba fila rápidamente. Se concentraba esmeradamente en las tareas que el comité del partido asignaba a la Escuela de Cuadros, no se quejaba cuando las horas pasaban y no había comida, pero cada vez se sentía con menos fuerzas. Su padre realizaba calladamente las labores que le correspondían. A veces conversaban, pero las oportunidades eran reducidas. En tiempos de guerra no había mucho lugar para charlar, y aquello era una regla que todos respetaban.

Estuvo largo tiempo ensimismado hasta que escuchó un deslizamiento lento y característico sobre el terreno blando, hacia su izquierda. Empuñó el cuchillo dispuesto a saltar al menor movimiento. Pero el ruido continuó desplazándose cada vez más hasta alejarse hacia la orilla. Luego se hizo silencio.

Mardonio avanzaba lentamente y se detenía también. Convenía divisarlo primero, y luego seguirlo. El bufido de un animal grande sorprendió la quietud. Era una respiración jadeante, con resoplidos entrecortados, como el de un puerco de monte. Trotaba rápidamente y se dirigía también hacia la orilla. La respiración se detuvo durante unos segundos. Luego se escuchó un chillido agudo, ruido de cañas al ser quebradas y el bramido se volvió un gorgoteo intermitente como si el animal se estuviera defendiendo. Luego la bestia gruñó y se revolcó en la arena.

Aprovechó para levantar ligeramente la cabeza, y distinguió la espalda y el cabello ensortijado de Mardonio en el lugar de la lucha. Se levantaba y agachaba sucesivamente, hasta que por fin el animal calló.

Luego Mardonio arrastró el cuerpo del animal. Aunque era el momento ideal para abalanzarse sobre él por la espalda y degollarlo, estaba demasiado lejos y había tiempo suficiente para que lo escuchara deslizarse antes de que lo alcanzase. Corría el riesgo de perder la oportunidad que ya había ganado. Seguirlo. Ahora Mardonio era su presa. Pensó que podría atacarlo si se daba la vuelta completa y lo acechaba hasta el momento en que terminara de despellejar al cerdo y se dispusiera a comerlo. Ascendió cautelosamente hacia la parte alta de la cuesta.

Se detuvo al lado de un tronco de pacay tratando de acallar su respiración entrecortada. Fue entonces cuando escuchó un siseo rápido. Volvió la cabeza y vio a la shushupe de ojos achinados y lengua afuera. Se arrastraba ondulante sobre la tierra. El reptil pareció no verlo. Estaba apenas a unos pasos de él, pero seguía impasible su ruta.

Darwin contrajo la mano sobre el mango del cuchillo.

De pronto la serpiente se detuvo y se enrolló lentamente sobre sí misma. Aunque no tendría más de dos metros de largo, estaba en el radio de su alcance de acción. Contuvo la respiración, pero supo que el reptil captaría las más tenues vibraciones del aire y su olor lo delataría inevitablemente. Cogió una piedrecita y la arrojó al lado opuesto de donde se hallaba. El animal levantó la cabeza suavemente, ladeando su cuerpo en distintas direcciones, tratando de identificar al intruso que aún no era visible. Con un rápido reflejo, Darwin se irguió violentamente y dio un gran salto hacia lo alto, antes que el animal lanzara airadamente la cabeza hacia adelante, mostrando sus afilados colmillos. Cayó de nuevo sobre la tierra y corrió con toda la rapidez que aún le era posible. Arañándose y desgarrándose entre los arbustos espinosos, trató de alcanzar la protección de los árboles altos y apretados de la cima.

Su desesperada huida no le permitió distinguir cuán cerca se encontraba Mardonio. Cuando su cuerpo se negó a obedecerle y las piernas se acalambraron, se arrojó detrás de un matorral. Agitado y aterrado esperó lo peor.

El canto continuo y alegre de unas pavas lo tranquilizó. Aunque no podía verlas, escuchaba que cotorreaban y saltaban muy cerca de él.

No se atrevía a moverse y permaneció encogido y tieso en la misma posición hasta que la cháchara de las aves se fue haciendo cada vez más lejana.

Tenía la seguridad de haber despistado momentáneamente a Mardonio. Empezó a caer un goteo de agua que fue haciéndose copioso y rápidamente se convirtió en lluvia. Empapado, se sacó la camisa y la estrujó, bebiendo el chorro con avidez.

Le intimidaba estar sin flechas en territorio de fieras. El cerco del ejército y los sucesivos enfrentamientos armados habían obligado el éxodo definitivo de los animales, reduciendo cada vez más las tierras de caza. Por ello, una tarde, cuando la columna de combatientes regresó del monte con un gran ronsoco de más de treinta kilos, todos lanzaron gritos de júbilo que fueron rápidamente acallados por el mando político, que inició una arenga enfurecida. Manifestar júbilo era una expresión de flaqueza. Demostraba que los hombres y las mujeres no estaban satisfechos con la alimentación que recibían, y aquello doblegaba la voluntad que todos debían tener para continuar en la lucha por la victoria. Una debilidad así era casi una traición. Colocaba al campamento entero en una situación de vulnerabilidad frente al enemigo. Vendrían tiempos mejores, pero ahora era necesario ocupar toda la voluntad en el objetivo principal, valorando los alimentos que se podían obtener. Darwin recordó que aquella misma noche los obligaron a todos a formarse en el centro del

campamento. Ahí se acusó a Gaspar, un chico de siete años que pertenecía a la Escuela de Cuadros, de robar un pedazo de ronsoco y haberlo devorado a escondidas. Gaspar era reincidente porque ya otras veces se había escapado de la escuela y lo habían encontrado en el monte. El mando político acusó a Gaspar de ladrón, indicando que con su conducta estaba arriesgando la vida de todos. Señaló que aquello era alta traición y procedió a dictaminar su condena. Un hombre del Comando de Aniquilamiento estranguló a Gaspar con una soguilla. La madre de Gaspar lloraba en un rincón del destacamento y pedía que lo perdonasen. La hicieron callar y luego disolvieron la formación de la gente, señalándose que debían regresar a las cabañas.

Aquella noche y en las siguientes, la madre de Gaspar caminó de un lugar a otro, como loquita, llorando. Luego se calló y no volvió a llorar más. Darwin entonces comenzó a sentir miedo. Miedo de lo que le podría pasar si violaba alguna de las enseñanzas del partido. Hasta entonces se había sentido invulnerable. El profesor de la Escuela de Cuadros discutió con todos el caso de Gaspar. Llegaron a la conclusión de que había sido un mal elemento y que después de tantas reincidencias ya no se podría corregir. En tiempos de guerra no se debía proteger a ladrones o a mentirosos. Desde entonces, el miedo no lo volvió a abandonar.

El aguacero caía incontenible, por lo que se acurrucó bajo un gran árbol de palma. Esperaría hasta que parara la lluvia y volvería a descender otra vez hacia abajo, hacia la orilla. No podía escaparse por el monte porque con toda seguridad se perdería y sería muerto por Mardonio. Estaba seguro de que el río era la única ruta que podía utilizar para desplazarse, aunque ahora ahí lo estuviera esperando Mardonio. Había perdido una oportunidad, pero ya no desperdiciaría otra.

Mucho tiempo atrás, durante un invierno que cubrió la selva de neblina espesa, varios helicópteros del ejército sobrevolaron el campamento dejando caer una lluvia de rectángulos plastificados de color blanco y rojo. El comité político requisó todos los que cayeron en las cercanías. Algo de esto hablaría la gente, porque en una asamblea el mando habló de los arrepentidos como traidores e inconsecuentes, perros de cabeza negra, shushupes y muchos insultos más. A continuación, leyó uno de los plastificados: *Hace más de un año que está vigente la ley del arrepentimiento. No hagas caso a los engaños y mentiras de Sendero Luminoso. Escapa y ven a la base militar o a la comunidad de ronderos más cercana. Los ronderos asháninkas y tus familiares te esperamos con cariño. Todos los que han escapado hasta el momento, viven libres y felices con nosotros. Reciben apoyo inmediato de nosotros y el estado. Es mentira que te vamos a matar. La ley de arrepentimiento te ampara.* Luego de leer el plastificado el mando explicó la mentira que los cabezas negras estaban haciendo con las masas que no estaban suficientemente vigorizadas con las enseñanzas del partido. Los militares torturaban a los capitulados para sacarles toda la información, quemaban viva a la gente que se entregaba. Había que tener mucho cuidado con aquellos que traicionaban al partido porque hacían peligrar a todos. Explicó que en otros campamentos, sectores ingenuos de la masa estaban creyendo en esas artimañas. Los escapados recibirían todo el peso de la justicia del partido por su rebeldía. Luego de la arenga, las filas fueron disueltas y Darwin regresó a la cabaña donde dormía con sus compañeros de la Escuela de Cuadros. Shoreni era su amigo desde que ambos habían llegado al campamento. Era asháninka, cazaba mejor que él y sabía nadar. Los asháninkas eran altivos y orgullosos, y a pesar de las miradas reprobadoras de los mandos, se reían y hablaban entre ellos en su lengua. Ambos se habían formado juntos en la Escuela de Cuadros. Shoreni era parco, pero trabajaba bien en el huerto, hacía flechas de chonta y le había enseñado a Darwin a desarmar la vieja radio del campamento. Esperaba, como él, llegar a la edad necesaria para incorporarse a la Fuerza Principal.

La lluvia arreciaba todavía y ya estaba oscureciendo, así que arrancó hojas de plátano para protegerse. Pensó que Mardonio no iba a abandonar el cerdo a los gallinazos. Pudo haberlo alcanzado cuando lo vio saltar entre los árboles, pero prefirió regresar hacia su animal muerto.

Una noche, mientras preparaban los alimentos, su padre se había acercado. Los mandos se equivocan, murmuró. Darwin tuvo miedo. Miedo de que su padre hablara. No digas eso, le contestó. El mando Rolando se equivoca, insistió su padre. La gente tiene hambre y sólo la Fuerza Principal come. ¿Acaso así ellos están resguardando a la masa como dicen? Todos nos vamos a morir de hambre.

Darwin se había apartado pensando que no podía decir nada porque habría sido una debilidad expresar sus temores. Tampoco podía acusarlo porque los matarían a ambos. El tono de voz del padre mostraba rebeldía y Darwin se había sentido incómodo. Su padre era de la masa y toda la gente de la masa era débil.

Aún lloviendo, inició de nuevo la caminata sobre el barro sin dejar de estrujar la camisa cada cierto tiempo para beber agua. Seguiría manteniendo la misma distancia del río, pero apenas cesara el aguacero tendría que descender de todas maneras. Si se encontraba con una patrulla del ejército, se acercaría y se entregaría, aunque sabía que tal vez podría ser asesinado si descubrían que era Fuerza Principal.

La primera vez que fue convocado para una incursión militar, varias columnas de combatientes de otros campamentos se reunieron durante toda una noche revoloteando entre las fogatas. Darwin, Shoreni y otros chicos de la Escuela de Cuadros fueron formados en la madrugada y caminaron delante de las columnas dirigidas por dos guías asháninkas que marchaban velozmente. Hicieron la ruta durante tres días. Luego la columna se dividió en dos partes. Una de ellas salió a cazar mientras otra fue apostada en un trecho cercano como resguardo. Estuvieron así varias horas, pero la columna de cazadores no regresó. Durante todo un día y toda una noche, continuaron de pie, protegidos tras los arbustos. Por fin, entre las sombras de la oscuridad, como luces de luciérnagas, se divisaron destellos brillantes en el monte cercano.

Darwin dio la primera voz de alerta, y los hombres se distribuyeron en posiciones alejadas. El canto monótono de las chicharras fue interrumpido por aleteos de pájaros y grajeos de cuervos. Se escuchó el ruido de cañas quebradas en una loma cercana. Hacia ahí se dirigieron lentamente.

Desde lo alto, vieron a hombres vestidos de verde, camuflados con ramas de árboles. Era una patrulla del ejército que se arrastraba a pequeños trechos entre las piedras del río. Sus pesadas botas apenas les permitían avanzar. A una orden del mando militar, alistaron sus flechas envenenadas con jugo de sashbi y dispararon. Aunque la luna estaba en cuarto creciente y la visibilidad era clara, no era propicio utilizar municiones. Los disparos fueron certeros. Gritos y balas de respuesta anunciaron que la patrulla había sido tocada. Los combatientes se replegaron raudamente y no se detuvieron hasta que el cansancio los reunió en un claro en lo más profundo de la colina. La patrulla no los seguiría en la noche si tenían heridos. El mando ordenó volver al campamento. La columna de cazadores tendría que regresar por su cuenta.

La caminata fue trabajosa porque no podían machetear las malezas para no dejar rastros. Ahora sí, no era posible bajar hacia los riachuelos a refrescarse la cabeza. Tampoco había comida y la extenuación los agotaba. Al séptimo día de camino llegaron al campamento. Los mandos militares conferenciaron con los mandos políticos y decidieron levantar el campamento y huir. La patrulla podría llegar en cualquier momento. Esa noche los hombres y mujeres de la masa, antes de que desapareciera la luna, ya estaba desfilando por el monte. A las pocas horas de marcha, los mandos militares detectaron a dos mujeres que querían escapar de las columnas. Habían ido apartándose poco a poco hasta casi

alejarse de la formación. Se las arrastró hacia un costado y se ordenó romper las columnas de avanzada. Después de una brevísima arenga de escarmiento, ellas y sus tres hijos fueron estrangulados y acuchillados. Los gritos fueron apagados por el murmullo de la masa reorganizándose otra vez en columnas. Darwin y Shoreni avanzaban en la retaguardia con arcos y flechas al hombro, por primera vez, convertidos en Fuerza Principal.

Cuando el cielo se fue despejando y la lluvia se detuvo, buscó un árbol grande, cavó un hoyo y se cubrió con ramajes dispuesto a descansar. El cansancio lo obligaba a cerrar los ojos, pero algo le advertía que no debía dormir. Sólo cabeceaba por momentos, precaviendo cualquier peligro. Se sentía demasiado débil para proseguir. Tuvo rabia pensando que habría sido para él muy fácil cazar a las pavas que antes había descubierto, pero se hubiera expuesto demasiado. Sólo su perseguidor se había arriesgado a cazar. Su perseguidor no tenía ninguna prisa. Estaba aguardándole.

Tenía que matarlo. Matarlo antes de ser encontrado por él.

El día lo sorprendió aún despierto, escuchando el tamborileo intermitente de los pájaros carpinteros que picoteaban, gozosos, la corteza de los troncos. Ni aunque hubiera tenido flechas los hubiera alcanzado, no porque no quisiera, sino porque Shoreni decía que eran pájaros sabios que se comían a los insectos y gusanos que enfermaban y podrían los árboles. Ningún nativo mataba pájaros carpinteros, aunque el hambre apretara el estómago.

Contemplándolos, recordó la época en que podía sentarse con Shoreni bajo los árboles, y conversaban con los paujiles negros de pico rojo que se posaban en las ramas.

Pero ninguno tan bello como el pájaro violinista, de plumaje azul metálico que, solitario y desesperado, llamaba a su pareja a través de una melodía tristísima. Hubiera querido, en aquel momento, encontrar ese canto tan largo y dulce como jamás hubiese escuchado. Ahora él era como los pájaros que volaban de rama en rama, huyendo. Estaba sólo y podría morirse ahí mismo, que-

darse sentado bajo el árbol y dejar que las hormigas lo invadieran y devoraran, hasta que la cara y todo su cuerpo reventara y luego vinieran los buitres y pelaran sus huesos. Esa era la suerte de los traidores.

Comenzó a traicionar al partido la tarde en que se malogró la radio del campamento y perdieron la comunicación con el exterior. Ese día hubo un gran alboroto y los mandos se alteraron. Formaron a la gente y los arengaron durante horas. Tendrían que esperar la partida de una columna de combatientes que hiciera contacto con otro campamento para el apoyo logístico. Necesitaban órdenes e instrucciones del partido que no llegaban.

Darwin no encontró a Shoreni. Pensó que estaba destinado a la formación de los centinelas que resguardaban el camino, pero no lo halló cuando llegaron los relevos. Intrigado, preguntó por él al mando militar. A Shoreni y a su madre los habían ajusticiado porque su padre se había fugado. Los asháninkas fueron los primeros que empezaron a huir. El partido ordenaba no distraer ya a la masa con juicios públicos de traidores. Darwin no supo qué contestar. El mando militar lo llevó fuera del campamento, haciéndole recorrer un largo trecho. Le enseñó un cuadrado de tierra removida. Ahí estaban enterrados. Los habían liquidado como medida de seguridad para impedir que los capitulados regresaran a rescatar a sus familiares. Eso ya se había visto. Los cuerpos no habían sido arrojados a la quebrada, sino enterrados, así que Darwin sospechó que la patrulla debía estar muy cerca, y por ello los combatientes no querían dejar rastros humanos en el camino.

Regresó en silencio al lado del mando. Este le dijo a Darwin que, siendo Fuerza Principal reciente, todavía podía ser débil. Pero las leyes militares tenían que ser cumplidas y se debía vigilar bien a la masa.

Por la noche, apretado contra la manta, lloró de rabia. Shoreni era su amigo y era combatiente de la Fuerza Principal como

él. Recordó lo que le había dicho su padre: los mandos se equivocan.

Al día siguiente, en la comida, se acercó a su padre y le habló. Quiero vengarme, le dijo. No, le contestó su padre. Ahora no. Tenemos que escaparnos. Nos iremos hasta el río grande. De ahí caminando llegamos a una base y nos entregamos. No importa si nos matan. Si nos quedamos aquí, también vamos a morir de hambre. Darwin aceptó. Decidieron esperar fecha propicia para establecer la huida.

Se levantó con el cuerpo aún entumecido y caminó despacio. No se dejaría vencer por Mardonio. No dejaría que le clavara el cuchillo en el cuello. Se defendería y lo heriría hasta hacerlo sangrar. Y aunque Mardonio lo matase, estaban tan lejos del campamento, que moriría en el camino si él lo sabía herir.

Descendió por la ladera sintiéndose cada vez más calmado y tranquilo como no lo había estado el día anterior. Observó desde lo alto la trayectoria del río y hacia él se dirigió. Avanzó cada vez más confiado, hasta que descubrió al fondo de la ribera, en la misma margen en que se hallaba, los techos de algunas cabañas.

Había llegado. Aquella debía ser una comunidad. Dio rodeos por los claros, sin descuidar sus espaldas al menor movimiento. A lo lejos vio balsas y canoas conducidas por niños vestidos con las largas cushmas que usaban los nativos. Se acercó arrastrándose hacia las cabañas. Trepó una cuesta hasta llegar al costado de la choza más alejada del pueblo, se recostó sobre las cañas y descansó.

¿Dónde estaría la gente? Estaba adormecido, cuando una mujer se le acercó. Apenas escuchó lo que decía y no contestó a sus preguntas porque no lograba entender. Ella trató de levantarlo, pero su cuerpo estaba pesado y no le obedecía. La mujer lo soltó y se fue corriendo. Regresó con dos hombres que trataron de hablarle, pero tampoco pudo contestar.

—Agua, agua —pidió y sintió que se le ahogaba la voz.

—Es un niño, es un niño —decía la mujer.

—He venido a entregarme —dijo, y la cabeza le cayó hacia el pecho.

Escuchó voces y gritos a su alrededor. Lo levantaban. Lo llevaban y él no veía nada ni podía hablar. Lo sacudieron de arriba a abajo, lo estiraron y recostaron sobre el piso. Cuando abrió los ojos, varios hombres armados lo rodeaban. La mujer que lo había visto primero tenía el rostro muy cerca de él.

—Tenemos que llevarlo a la base militar —dijo uno de los hombres—, hay que registrarlo.

Dejó que le arrebataran su cerbatana y su cuchillo.

—Denle de comer y luego nos lo llevamos —continuó el hombre que había hablado.

Lo alzaron en vilo de nuevo, hacia una cabaña. Ahí lo rodearon otras mujeres y unas niñas. Lo colocaron sobre una tarima y lo taparon con una frazada. Alguien le alcanzó un cazo de sopa humeante con fideos, que Darwin apenas pudo probar. La mujer le dio unas cucharadas.

—¿Cuánto tiempo has estado caminando en el monte?

—Muchos días —balbuceó.

—No te puedes mover todavía. Te quedarás hasta mañana. Cuando ya puedas caminar, tienes que ir a la base. ¿Cuántos años tienes?

No sabía exactamente, pero debía tener doce o trece años.

—No te preocupes, aquí nadie te va a hacer nada.

—¿Y en la base? —murmuró.

—Tampoco. El teniente David es buena gente. No te preocupes. Nadie te va a hacer daño.

Darwin se arrebujó en la frazada y comenzó a llorar.

—Van a venir a buscarme —dijo—, me van a matar.

—Aquí hay ronderos. Aquí nadie te va a poder atacar, la base está muy cerca y el Comité de Autodefensa ya está informado. Por ser menor de edad, no eres arrepentido, sino presentado. Te-

nemos otro niño como tú, cuando estén mejor, los llevamos a la base.

Presentado, pensó Darwin. Presentado, repitió en voz alta, y se quedó dormido.

Al día siguiente pasó todo el día recostado. La mujer le trajo estofado de gallina. Por la tarde lo visitaron algunos niños que lo observaron por la puerta de la cabaña. Al anochecer llegó un hombre bajo, de bigotes, armado con una retrocarga. Se presentó como el comando de la comunidad, autoridad militar. Le hizo algunas preguntas. De dónde venía, con quiénes había vivido, dónde estaba el campamento del partido, si él se había escapado sólo o no. Darwin contestó todo lo que sabía. El comando le dijo que estaba en observación y que sería conducido inmediatamente a la base militar. Le aseguró que nadie le haría daño, pero que no confiaban en él todavía. Dependería de su comportamiento y su colaboración para que pudieran incorporarlo a una comunidad. El teniente de la base determinaría su destino. Se dio media vuelta, y al llegar a la puerta se volvió y lo miró por unos segundos. Luego salió.

Cuando cayó la noche, lo condujeron hacia el río. Otras personas lo esperaban en un gran bote. Lo sentaron en la popa, detrás de un rondero armado.

A su lado, medio encogido, estaba Mardonio. Quiso levantarse, gritar, correr, pero siguió sentado, mirándolo. Mardonio tenía la vista clavada en el piso, Luego levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de él. En el rostro de Mardonio vio al miedo.

—¿Sabes a qué base vamos? —preguntó Mardonio.

—A Valle Esmeralda —contestó Darwin.

—No somos arrepentidos, sino presentados.

—Sí, ya lo sé —dijo él, y sonrió.

Índice

Lector in fabula 11

Orbe Novo 21

Conciliación 24

Parábola de Cervantes y Lope 47

Futuro prometido 49

Homenaje 59

Dime sí 60

Kentopariyeni 69

Las chicas de la yogurtería 70

Shabat 83

Naranjos y limoneros 85

Apúrense por favor 98

Ave de la noche 107

Tomando sol en el club 113

El cazador 120

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Escuela Nueva
el 12 de diciembre de 1996.
Libro impreso y editado
por Editorial Escuela Nueva S.A.

Serie del río hablador
Otros títulos de esta colección:

José B. Adolph
- *Diario del sótano*

Jaime Bayly
- *Fue ayer y no me acuerdo*
- *Los últimos días de La Prensa*

Alfredo Bryce Echenique
- *Dos señoras conversan*
- *No me esperen en abril*
- *Un mundo para Julius*

Peter Elmore
- *Enigma de los cuerpos*

Carlos Garayar
- *Una noche, un sueño*

Luis Nieto Degregori
- *Señores destos Reynos*

Oswaldo Reynoso
- *En busca de Aladino*
- *En octubre no hay milagros*
- *Los eunucos inmortales*

Edgardo Rivera Martínez
- *País de Jauja*
- *A la hora de la tarde y de los juegos*

Abelardo Sánchez León
- *La soledad del nadador*

Goran Tocilovac
- *Trilogía parisina*

Mario Vargas Llosa
- *Conversación en La Catedral*
- *La casa verde*
- *La ciudad y los perros*
- *La tía Julia y el escribidor*
- *Pantaleón y las visitadoras*
- *¿Quién mató a Palomino Molero?*

Compacto, no obstante su versatilidad, el conjunto de relatos que constituye *Ave de la noche* se resiste a ser encasillado en las temáticas o procedimientos tradicionales, pues tan pronto emplea la secuencia argumental del cuento corto como la de las estampas o leyendas que brillan con la fugacidad del instante privilegiado.

Guiados por propósitos aparentemente banales, sus personajes de pronto nos revelan la faceta singular en que los ha sorprendido la indagación psicológica y la acción. Entonces surgen la ambigüedad de los sentimientos y sus paradojas y las profundidades en que nos sumen los mitos del imaginario social, y sólo los más afortunados logran coincidir con el momento exacto, aquel en que la revelación de una verdad posible y nunca única es capaz de dotar de un sentido ritual y mágico al tiempo corto y rutinario de nuestra vida.

Con esta obra —que mereció el premio del III Concurso de Cuento convocado por la Asociación Peruano-Japonesa del Perú en 1995— Pilar Dughi confirma sus grandes dotes como narradora. *Ave de la noche* es un libro que sin lugar a dudas fascinará al lector más exigente.

ASOCIACION PERUANO JAPONESA DEL PERU
PEISA / SERIE DEL RÍO HABLADOR